

International Best Seller

MENTEN *del Ayer*

Un libro de la colección

*Dina
Drake*

Un libro de
Dina Drake

Rehén del Ayer

Basado en hechos reales

2020

© Globex Editorial

MailBox 0475

Argleton, Lancashire, Angleterre.

.24 X 19 cm — 97B — 55543266e — 5678ASD — 2

Profesional Daway 371 42S | 22 / C335p LC BK1470

0 — 78565 — 233 — 1

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma, sin el permiso de los editores.

5ª edición

Para proteger la privacidad y seguridad de las personas involucradas, se han modificado los nombres de los personajes y lugares. Si bien esta historia se basa en hechos reales, algunos eventos han sido dramatizados o modificados con fines narrativos.

Nuestra intención es presentar una obra de ficción inspirada en la realidad, sin pretender representar con completa exactitud todos los detalles de los eventos originales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Prologo

Matthew Bennett, con sus palabras duras y directas, reflejaba una verdad cruel: la vida tiene la capacidad de detenerse abruptamente en los momentos más inoportunos. Este comentario, tan despiadado como preciso, encapsulaba el tormento que Sophia enfrentaba en ese preciso instante. Las circunstancias la habían llevado a una encrucijada desgarradora en la que se veía obligada a renunciar a su verdadero amor para asegurar la vida de su madre, cuya salud pendía de un hilo.

En medio de esta difícil prueba, Sophia llegó a una conclusión dolorosa pero que le parecía inevitable: necesitaba que Matthew la despreciara. Su plan era sencillo en su mente: debía convencer a Matthew de que su único deseo era casarse con un hombre rico y obtener riqueza sin importar los medios. Estaba convencida de que esta estrategia lo alejaría, aunque le costara el corazón, pues era la única forma de proteger a su madre y asegurar su bienestar.

No obstante, en lugar de distanciar a Matthew, esta desesperada maniobra encendió en él una furia y un resentimiento profundos. Herido y traicionado, Matthew vio en esta situación una oportunidad para vengarse. En su mente, la venganza se transformó en una oferta: proporcionarle a Sophia el dinero necesario para salvar a su madre a cambio de que ella se convirtiera en su amante.

Este giro inesperado sumió a Sophia en una encrucijada de dilemas morales y emocionales. La tentadora oferta de Matthew, dada la crítica condición médica de su madre, la enfrentaba a una decisión que le causaba una inmensa angustia y conflicto interno. Se vio obligada a reflexionar sobre hasta dónde había llegado en su desesperado intento por salvar a su ser querido.

El destino había tejido una complicada red de amor, sacrificio y manipulación, situando a Sophia en un momento crucial de su vida en el que debía tomar decisiones con profundas y duraderas repercusiones, no solo para ella, sino también para quienes la rodeaban. La travesía emocional y moral que le esperaba se presentaba como un desafío monumental, sin soluciones fáciles a la vista.

Capítulo 1

Era tarde. La fiesta había empezado a amainar.

Sophia Watts, repentinamente sola, dejó su copa y se dirigió hacia la puerta que daba al jardín de la terraza del ático. Fuera, el aire era fresco y sin humo. Abajo, la ciudad brillaba. Nueva York. Una sonrisa curvó sus labios. La ciudad estaba a sus pies en más de un sentido; en este caso, ¿por qué no se sentía feliz? Se estremeció y se frotó los brazos. Demasiada preocupación, demasiada angustia. El tiempo se agotaba.

— ¡Estabas aquí!

Sophia se dio la vuelta, sonriendo al hombre que acababa de unirse a ella.

Jaeden Townsend IV era considerado un excelente partido. Veintiocho años, alto, bronceado, pelo dorado y ojos azules. Había heredado no sólo una conocida cadena hotelera, sino también un piso en Manhattan, otro en Los Ángeles, uno en París y otro en Roma. También poseía una serie de caballos de polo y un enorme yate. Sin embargo, Sophia le consideraba desde hacía tiempo un buen hombre cuyo único defecto era una generosidad excesiva. Libraba una batalla constante con él para convencerle de que dejara de hacerle regalos constantemente.

Además, para vergüenza de Sophia, Jaeden creía estar enamorado de ella. Sophia no le correspondió. Podía haber dejado de verle, pero le parecía demasiado drástico, ya que le consideraba un buen amigo y disfrutaba de su compañía. Sólo le quedaba esperar que él se diera cuenta de que sólo estaba enamorado de ella y que, con el tiempo, se le pasaría.

— Había tanto humo ahí dentro que necesitaba tomar el aire — explicó Sophia, y volvió a estremecerse.

Aunque era verano, por las tardes refrescaba.

— No sólo respirarás aire fresco, también pasarás frío — dijo Jaeden, quitándose la chaqueta y poniéndosela sobre los hombros — . Estarás mejor.

Sophia asintió, y él le pasó el brazo por los hombros.

Ella no protestó. Nunca se había sentido amenazada por Jaeden.

— Siempre el caballero — bromeó Sophia.

— ¿Cuándo te casarás conmigo, Sophia?

— ¿Casarse?

Era algo totalmente nuevo e inesperado. Sin embargo, debería haberse dado cuenta de que este momento llegaría.

— ¿Por qué estás tan sorprendido? Sabes que te quiero, ¿verdad?

No soportaba herir a la gente y trataba de formular su respuesta, con la mayor delicadeza posible.

— Sí, pero... ¿Estás seguro, Jaeden? Sabes que los hombres se encaprichan de las modelos.

Jaeden negó con la cabeza.

— No es un capricho. Te quiero, Sophia. Quiero cuidarte y hacerte feliz.

Por favor, dime que te casarás conmigo.

Sophia se apartó de él y le miró con expresión seria.

— Oh, Jaeden... Te quiero mucho, pero no estoy enamorada de ti. La afirmación no afecta a la confianza de Jaeden.

— Te convertirás en uno si te dejas llevar por tus sentimientos. Sophia no pudo evitar reír, aunque nerviosa.

— Eres imposible, ¿lo sabías?

— Sé que estoy enamorado de ti y que seríamos felices juntos — insistió, mirándola con ojos de adoración — . Pero estás cansada, ¿verdad? Y no estás de humor para hablar en serio, ya lo veo. Ven, coge la maleta y te llevo a casa.

Sophia no protestó, la verdad era que estaba muy cansada y la inesperada propuesta no la había ayudado. Se alegró de que Jaeden hubiera dejado el tema, aunque sabía que era sólo por el momento. Se despidieron rápidamente y en pocos minutos se pusieron en camino. El piso de Sophia tenía ventanas que daban a Central Park. Jaeden la acompañó hasta la puerta, la abrió y le devolvió la llave. Aquella noche no la saludó con un beso y su expresión era sobria.

— Escucha, Sophia, lo que te he dicho no es una broma. Quiero que consideres seriamente casarte conmigo. Nunca se lo había pedido a nadie. Te quiero, cariño. Seríamos muy felices juntos. Piénsalo, ¿vale?

Se dio cuenta de que no era ninguna broma. Jaeden iba en serio y lo menos que podía hacer era tratarle con la misma seriedad, su amigo se lo merecía.

— Está bien, Jaeden, lo pensaré.

— ¿Me darás la respuesta cuando vuelvas de tu viaje?

Sophia se marcharía al Caribe al día siguiente para trabajar durante varias semanas; por supuesto, tendría tiempo para pensárselo.

— De acuerdo, contestaré cuando vuelva. Pero... Jaeden, lo más probable es que la respuesta sea negativa.

— Soy un optimista nato, — se inclinó y la besó. Buenas noches, cariño. Nos vemos en un par de semanas.

Cuando Sophia entró en el piso, se sintió incómoda. Nerviosa e irritable, se dirigió al dormitorio sin molestarse en encender las luces. Tiró el bolso sobre la cómoda, se quitó los peines que le sujetaban el pelo y sacudió la cabeza. Pronto se encontró mirándose en el espejo.

Aquella noche le mostró el mismo aspecto de siempre, pero ahora con mayor refinamiento. Era una morena alta y bien formada; sin embargo, la preparación y el maquillaje necesarios habían mostrado al mundo una nueva Sophia, cuya belleza era tan llamativa como exótica. Lo que más llamaba la atención de ella eran sus ojos, grandes y dorados, ojos de gata rodeados de espesas pestañas negras que le daban una mirada apasionada.

Tenía la cara y el físico de una súper modelo, pero no se planteó esta carrera hasta después de dejar la universidad, cuando la adversidad golpeó a su familia. Su madre había contraído una enfermedad degenerativa para la que sólo había una cura posible: una nueva operación en Estados Unidos. El problema era que se trataba de una operación extremadamente cara que la familia no podía permitirse, una familia sin su padre, que murió cuando Sophia era aún muy joven.

Una amiga de Sophia le propuso hacer fortuna como modelo y Sophia entró en el mundo de la moda. Al principio fue una lucha terrible en la que ahorró hasta el último

céntimo. Con su duro trabajo, llegó a lo más alto. Pero había sido una lucha lenta y ahora, dos años después, viajaba por el mundo cobrando enormes sumas por una sola sesión de fotos.

A Sophia no le quedaba mucho tiempo para reunir el dinero para la operación antes de que fuera demasiado tarde. A menos que... De repente comprendió por qué estaba tan nerviosa. Era la propuesta de Jaeden. Se le había ocurrido que aceptar casarse con él ayudaría a su familia. Sin embargo, esa no era la base de un matrimonio. No habría sido bueno para ninguno de los dos.

Jaeden había dicho que la quería, pero ella no le quería. Le tenía cariño y eran buenos amigos. Los besos de Jaeden eran agradables y sus caricias tiernas, pero no había pasión. Sophia tenía veintitrés años y siempre había pensado que nunca se casaría a menos que sintiera algo especial por un hombre. Estaba segura de que su príncipe azul la estaba esperando.

Sin embargo, mientras esperaba a su príncipe azul, su madre moría lentamente y el precio de la operación subía. Y estaba Jaeden, que quería casarse con ella. Sabía que podrían tener un matrimonio feliz, aunque aburrido, pero ¿no debería haberlo pensado por el bien de su madre?

Una semana después, Sophia se preparaba para el rodaje del día, consciente de que no estaba más cerca de una solución.

Salió de la habitación del lujoso hotel que la agencia había contratado y se dirigió al vestíbulo, donde la esperaba el grupo. En contra de lo que mucha gente espera de una modelo, Sophia no solía vestir como tal. Aquel día se había puesto unos pantalones cortos vaqueros y una camisa grande de flores. Ya hablarían de la ropa y el maquillaje cuando llegara al lugar del rodaje.

Aquel día las iban a filmar en ropa de playa e informal, y el director había decidido que el rodaje tuviera lugar en un yate. A Sophia le encantaban el agua y los barcos, aunque últimamente no había tenido mucho tiempo libre para navegar.

— Siento llegar tarde — se disculpó Sophia, al darse cuenta de que había sido la última en llegar.

Otra modelo, una rubia nórdica llamada Demi, la miró con una mueca.

— Si adquieres fama de llegar siempre tarde, nadie te dará trabajo.

— Es lo que tú quieres — dijo Elsie, la maquilladora.

Tras el comentario, Demi se alejó y Elsie miró a Sophia, sonriendo.

— No la escuches, está celosa de ti. Has tardado mucho menos que ella en llegar a la cima. Además, tú viajas y ella no. No te enfades, no dejará de hacer comentarios así.

Sophia sonrió agradecida. Siempre intentaba ser amable con sus compañeras, aunque Demi le pusiera las cosas difíciles.

— Lo intentaré, pero este tiempo no me ayuda a mantener la calma. Es temprano por la mañana y hace un calor de mil demonios.

— Uno de los camareros dijo que es porque va a haber tormenta. Lo único que necesitamos es que no nos golpee cuando estemos en el mar.

En ese momento, Mario, el director, llama la atención de todos con una palmada.

— Muy bien, todo el mundo, vamos.

Subieron a un minibús que les llevó del hotel a la ciudad principal de la isla, donde estaba el puerto. Sophia se echó la bolsa al hombro y aspiró el aroma del mar.

Mario los condujo a uno de los muelles, en dirección a un enorme yate blanco donde

un hombre parecía muy ocupado con unas cuerdas. Cuando oyó que se acercaban, levantó la vista y se enderezó; Sophia empezó a caminar más despacio, hasta quedar muy rezagada. Oyó que Mario decía algo, pero su voz parecía venir de muy lejos mientras miraba fijamente al desconocido.

Era alto, rubio y bronceado, pero no era eso lo que le ponía los pelos de punta. Era pura fuerza masculina. Su pelo rubio era indomable y sus ojos azules eran salvajes. Hermosos en extremo. Vestía ropa limpia, pero muy usada; su camiseta blanca de tirantes se ceñía a su torso y sus vaqueros, rotos por la rodilla, mostraban unos poderosos músculos. Sophia reaccionó a la presencia del hombre a un nivel primario. Como si se diera cuenta de que le estaba mirando, giró la cabeza y sus ojos se encontraron con los dorados de ella.

— Conozco a este hombre — , pensó. — No es un extraño. Creo que le conozco de toda la vida — .

Era extremadamente extraño e incluso él pareció notarlo, porque permaneció muy quieto. Sin mediar palabra, hubo un mensaje y ambos lo entendieron. El mundo pareció cambiar de repente.

Mario le estaba hablando, pero se interrumpió al darse cuenta de que no le había prestado atención. Inmediatamente giró la cabeza y vio a Sophia como en trance. Sophia, al darse cuenta de que de repente se había convertido en el centro de atención de todos, se sonrojó y se le aceleró el pulso: ¿qué demonios había pasado?

— ¡Qué maravilla, Sophia se acaba de enamorar de ese chico! — exclamó Demi. A Sophia se le revolvió el estómago: ¿enamorarse? ¿Eso era amor?

— Será mejor que te despiertes, Sophia. A Mario le va a dar un ataque — le susurró Elsie al oído.

En ese momento Sophia se dio cuenta de que el resto del grupo ya había subido al yate, excepto Elsie y ella, y que todo el mundo las observaba con impaciencia.

— Lo siento — se disculpó Sophia.

Le ofrecieron una mano para subir y ella la aceptó automáticamente, pero contuvo la respiración cuando sintió que una especie de corriente eléctrica recorría su cuerpo en el momento en que volvió a encontrarse con aquellos ojos increíblemente azules.

— Bienvenidos a bordo — dijo con voz algo ronca.

— Gracias — murmuró antes de apartarse del hombre, aunque le resultaba increíblemente difícil.

— Hola, soy Elsie. Y por si te interesa, esta es Sophia.

La risa del hombre era gutural y a Sophia se le revolvió el estómago.

— Gracias, Elsie. Soy Matthew Bennett.

Matthew. Le gustaba ese nombre. Le quedaba bien. Matthew...

Se pasaba el día soñando y, por primera vez en su vida, no podía concentrarse en lo que estaba haciendo. El hombre llamado Matthew no le hablaba, pero ella siempre era consciente de su presencia.

A pesar de su falta de concentración, debió de hacer bien su trabajo porque Mario no tuvo ningún ataque. Al final del día, le resultó muy difícil abandonar el yate, sentía como si tuviera que desprenderse de una parte de sí mismo. Nunca había sentido nada parecido. Y cuando se miró en el espejo, en la intimidad de su habitación de hotel, no se reconoció. Su fisonomía era la misma, pero no lo era.

Se preparó para cenar. Después de ducharse, se puso un vestido largo de verano y

unas cómodas alpargatas. Sin embargo, no fue al restaurante; su estómago no parecía necesitar comida. Algo la llamaba, algo más fuerte que cualquier otra cosa.

El sol se estaba poniendo y Sophia cogió su bolso y un chal y se marchó, siguiendo sus instintos.

El puerto estaba en ebullición. De repente se dio cuenta de que Matthew podría no estar en el yate. Sin embargo, cuando se acercó lo suficiente, vio una luz en el camarote e inmediatamente le vio salir a cubierta. Sin decir palabra, le ofreció la mano para ayudarla a subir.

Durante unos instantes se miraron; luego Matthew sonrió y con la mano libre le apartó un mechón de pelo de la frente.

— Sabía que vendrías — dijo con voz tranquila pero segura.

— Sí, — Sophia no podía negar.

— Tienes unos ojos preciosos — dijo Matthew, mirándola fijamente.

— Y tú.

— No actúas como una modelo. Sophia sonrió.

— Trabajo como modelo, me gano la vida, pero yo no soy así. Una extraña luz brilló en los ojos de Matthew.

— ¿Quién eres, Sophia?

— Una mujer, — respondió ella mientras, fascinada, observaba la maravillosa sonrisa en sus labios.

— Estoy totalmente de acuerdo. Eres una mujer de verdad. ¿Has cenado? La pregunta le hizo darse cuenta de que tenía mucha hambre.

— No.

— Esto es genial. Espero que te guste el pescado. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, detrás de Matthew, había una mesa puesta para dos.

— Me encanta.

— Lo sabía — dijo, sacudiendo la cabeza mientras sonreía de nuevo — . Vamos, siéntate y ponte cómodo. Cenaremos dentro de un rato.

Sophia contuvo la respiración, él sentía lo mismo que ella.

— ¿Quieres que te eche una mano?

— No, tengo todo listo. No huyas, ¿eh? — dijo mientras se dirigía a las escaleras de la cabaña.

Imposible. No podía escapar, su corazón estaba allí. Parecía ridículo, pero no lo era. Era real. Era real, se sentía en casa.

Este sentimiento creció durante la maravillosa cena que Matthew había preparado. Hablaron de muchas cosas. Matthew parecía querer saberlo todo sobre ella y Sophia se encontró contándole cosas en las que no había pensado en años. Después de cenar, bebieron vino mientras él le acariciaba la mano sobre la mesa.

Sophia suspiró.

— ¿Te das cuenta de que aún no hemos dejado de hablar y que ni siquiera sé si tienes madre?

— Tuve uno, pero mis padres han muerto. Tengo treinta y tres años, no tengo hermanos ni hermanas y vivo de los barcos. Ahora te toca a ti.

— Soy modelo y tengo 23 años. Tengo madre, aunque mi padre ha muerto, y también tengo una hermana y un hermano, ambos menores que yo.

— ¿Así que tu madre tuvo que trabajar para mantenerte?

Sophia asintió. — hasta que enfermó. Ahora está medio inválida, pero tiene mucho valor.

Sophia esperaba que no le hicieran más preguntas, porque Alicia Watts era una mujer de gran orgullo. Se negaba a que la compadecieran y no quería que sus hijos contaran a nadie su enfermedad a menos que la consultaran primero.

Matthew no dio más detalles al respecto.

— Me gustaría conocerla algún día, — fue todo lo que dijo al respecto.

— Le gustarás.

— ¿Te suelen gustar tus novios?

— Si quieres preguntarme si tengo novio, la respuesta es no.

— Genial — dijo Sophia bostezando y Matthew miró su reloj — . ¿Sabes que es más de la una? Será mejor que te lleve al hotel.

Matthew le soltó la mano, se levantó y se acercó a ella para ayudarla a levantarse. Luego le entregó la bolsa y le puso el chal sobre los hombros.

— No me siento cansada en absoluto — dijo Sophia, bostezando inmediatamente después.

Matthew la ayudó a bajar del yate.

— No sé por qué tengo la sensación de que a Mario no le va a gustar verte mañana con ojeras. No quiero que decida usar otro barco porque entonces no te verá.

Matthew le pasó el brazo por los hombros y empezaron a caminar, y Sophia pensó que nunca se había sentido tan segura.

— ¿Quieres volver a verme? — preguntó, medio en serio, medio en broma.

— Siempre — , admite Matthew.

— Lo que voy a decirte puede sonar absurdo, pero siento como si te conociera de toda la vida.

Matthew interrumpió sus pasos y le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

— No es una locura, Sophia, a mí me pasa lo mismo. Desde el primer momento en que te vi, supe que eras diferente.

Fue entonces cuando Matthew bajó la cabeza y cubrió la boca de ella con la suya. Fue un beso tierno, infinitamente tierno. Fue una promesa para el futuro.

Cuando él separó sus labios de los de ella, ella dejó escapar un suspiro entrecortado.

— Es muy extraño. Esta mañana era un hombre normal y equilibrado. Ahora no sé dónde tengo la mano derecha o la izquierda.

Sí, Sophia lo entendía. Ella tampoco estaba preparada para lo que había ocurrido.

— ¿Estás preocupado?

— Te he estado esperando toda mi vida.

A Sophia se le salía el corazón del pecho. No importaba que acabaran de conocerse. En el fondo de su alma, sabía que estaban destinados el uno al otro.

Matthew la dejó a la entrada del hotel tras dejarla en un viejo Jeep. Sophia se giró justo cuando Matthew se disponía a abrazarla y, esta vez, el beso fue diferente, buscando una respuesta a la pasión reprimida. Matthew la saboreó, la exploró y la sacó de sus pensamientos. Sophia no pudo contener un gemido cuando él puso fin al beso.

— Mi madre debería haberme avisado de que algo así podía pasar. Y otra cosa: ¿por qué no me preguntó por mis hijas? Sin saber por qué, a Sophia no le molestó.

— ¿Cuántos has tenido?

Su risa le aceleró el pulso.

— Muchos... en el pasado. Ahora eres sólo tú y quiero que seas sólo para mí. ¿Te importa? — Matthew era posesivo y Sophia lo adoraba.

— No — , no quería compartirlo con nadie. Lo quería todo para él.

— No dejes el yate mañana con los demás. Después del rodaje, iremos a navegar. ¿Qué te parece?

Sophia sonrió. — Sí.

Finalmente, tras el rodaje, el equipo y las modelos se marcharon.

— Ya se han ido — declaró Matthew a su espalda.

Sophia giró sobre sus talones, no le había oído bajar a la cabina que habían utilizado como vestuario.

Se le hizo un nudo en la garganta cuando por fin se encontró cara a cara con él. El brillo de los ojos de Matthew y su sonrisa la llenaron de placer.

— ¡Parecía que no se iban a ir nunca! exclamó Sophia, sin darse cuenta de lo vulnerable que estaba en vaqueros y camiseta.

— Ven y dame un beso antes de que me vuelva loco, Sophia, — ordenó Matthew con voz áspera, y Sophia se dio cuenta de que él había sufrido tanto como ella en todo el día.

Se arrojó a sus brazos. Llevaba todo el día deseando ese beso. Nunca había imaginado que un placer así fuera posible, nunca se había sentido tan viva. Matthew la abrazó tan fuerte que apenas podía respirar, pero era maravilloso.

A regañadientes, Matthew levantó la cara antes de que ambos sucumbieran a la asfixia.

— Lo necesitaba — gimió, mientras apoyaba la cabeza en su hombro.

Sophia sintió latir su corazón.

— Te he echado de menos.

Se rió.

— Esto es una locura. ¡Estamos actuando como dos adolescentes!

Sophia se rió con él.

— ¿Sabes qué? No me importa.

— Yo tampoco. Venga, vamos.

Juntos prepararon el barco para navegar. Cuando izaron las velas, salieron de puerto y ella se unió a Matthew al timón.

— Te ves muy cómoda aquí — dijo, dándole un beso en la mejilla.

— Me encanta navegar, pero nunca he estado en un barco tan bonito como éste. Está muy bien, me encantaría llevarlo.

Matthew sonrió con picardía y retrocedió un paso.

— En este caso, es todo tuyo.

Echaron el ancla en una pequeña bahía deshabitada, no lejos de la costa. La cena fue sencilla: pollo, pan, queso, fruta y vino blanco. Después, se tumbaron en cubierta para terminarse el vino.

— ¿Dónde aprendiste a navegar? — preguntó Matthew, que sostenía la cabeza de Sophia sobre su hombro.

— Mi padre era marinero. Me animó a aprender y luego me apunté al club náutico local

— contestó Sophia, esforzándose por no ser tan consciente del cuerpo masculino que tenía al lado.

Pero le resultó imposible.

— ¿Por qué te hiciste modelo? — preguntó Matthew, acariciándole el brazo. Sophia recordó con dolor el motivo de su profesión.

— No quería hacerlo, pero un amigo me dijo que podía ganar mucho dinero, así que me hice modelo; en cierto modo, era verdad.

Matthew le puso la mano en la barbilla y la obligó a levantar la cara para mirarle a los ojos.

— ¿Tan importante es el dinero para ti?

Se encogió de hombros.

— Sí, lo es si no lo tienes. Sólo los ricos pueden decir que el dinero no es importante porque tienen mucho más de lo que necesitan. A veces nuestras necesidades son mucho mayores que nuestros bolsillos.

— Mmmmm. Quizá tengas razón — , admitió.

Entonces, cambiando de humor, Matthew dejó su vaso, se levantó y le ofreció la mano.

— Bailamos.

Dejó que la ayudara a levantarse.

— No tenemos música, — protestó Sophia cuando Matthew empezó a moverse.

— Claro que sí. Cierra los ojos y escucha.

Pronto el mundo dejó de existir. Sólo estaban ellos dos y aquella sensación exquisita. Mientras se movían, se besaron. Sophia le acarició los labios con la lengua y la sensación fue eléctrica. Ella jadeó, apretándose contra él, deseando más y más a medida que el beso se hacía más y más exigente. Buscaban saturarse el uno en el otro.

Sophia nunca había sentido nada parecido. Nadie había despertado su pasión de aquella manera. Cuando Matthew deslizó la mano bajo su camisa, Sophia casi perdió el equilibrio: ¡estaba ardiendo! Y quería arder. Quería sentir sus manos por todo su cuerpo y acariciarle de la misma manera. Gimió de placer al sentir los pulgares de Matthew en sus pechos y, cuando por fin los cogió con la mano y le acarició los pezones, ella se estremeció y se arqueó contra él.

— Matthew... — pronunció ese nombre con una añoranza que casi le dolió.

Sophia no tenía dudas ni miedo. Se ofreció a él con absoluta confianza. Quería todo lo que Matthew deseaba. Era el amante con el que siempre había soñado. Lo amaba.

— ¡No! — Matthew apartó sus manos temblorosas. No, Sophia. Esto es demasiado precipitado. Te deseo con locura, pero primero quiero conocerte mejor. Quiero que hagamos las cosas despacio, que lo saboreemos todo sin prisas como si no hubiera un mañana. Cuando por fin hagamos el amor, la espera habrá sido aún mejor.

Sophia no daba crédito a lo que oía. Toda su vida había sido acosada por hombres que sólo querían una cosa de ella; y ahora Matthew, el hombre al que se entregaría con gusto, le decía que tendrían que esperar. Se sentía querida, mimada.

Los ojos de Sophia se llenaron de lágrimas de felicidad.

— Está bien — suspiró y sintió que Matthew la rodeaba con sus brazos — . Después de todo, tenemos todo el tiempo del mundo.

Capítulo 2

Sophia nunca olvidaría los diez días que siguieron, que poseyeron una calidez y un brillo que nunca se desvanecerían. Fue una época de descubrimientos para ella y para Matthew. Supo lo que significaba ser verdaderamente feliz y no le preocupó que esa felicidad dependiera de estar con otra persona, porque sabía que lo que sentían el uno por el otro era verdad.

Fuera del trabajo, se hicieron inseparables. Además de su afición común a la vela, deporte que practicaban casi a diario, también descubrieron un amor mutuo por la naturaleza. Hablaban largo y tendido sobre cómo se estaban destruyendo los hábitats naturales y qué se podía hacer al respecto. Otras veces, daban largos paseos por las playas de plata o paseaban por el campo, donde Matthew le enseñaba las delicias de la observación de aves.

Sophia sabía que le quería y también que él la quería. No necesitaba decírselo con palabras, se lo hacía saber con la más pequeña de sus caricias, con su sonrisa.

El control de Matthew sobre sí mismo era impresionante, sobre todo a medida que pasaban los días. Los sueños de Sophia eran cada vez más eróticos y fantaseaba con lo que pasaría cuando Matthew perdiera el control.

Se enteró al final del último día de rodaje en el yate. A partir de entonces trabajarían en el campo, cerca de una cascada. El siguiente rodaje duraría una semana y luego a casa. Por primera vez, Sophia se sintió insegura. Esperaba pasar los próximos días en el yate de Matthew, pero el silencio de éste la hacía sentirse insegura a la hora de pedirselo.

Con un vestido comprado en un mercadillo, pensó que esa noche podría hablar de ello. Como de costumbre, se había quedado en el yate después de que los demás se marcharan. De repente, mientras guardaba sus cosas en el bolso, oyó la puerta del camarote detrás de ella. Se volvió y vio a Matthew caminando hacia ella con expresión turbulenta.

— ¡Así que te vas! ¿Y cuándo ibas a decírmelo, Sophia? — preguntó con voz amenazadora.

Sophia, sorprendida, jadeó.

— ¿Qué?

— ¡Acaban de pagarme por mis servicios y me han saludado!

Fue entonces cuando se dio cuenta y se mordió el labio para no reírse.

— Matthew, por favor, cálmate.

— ¿Tengo alguna razón para calmarme? — preguntó alzando la voz.

— ¡Yo no voy a ninguna parte! — replicó con voz igualmente firme.

— ¿No te vas?

Sophia se tapó la boca con la mano para no sonreír.

— Vamos a rodar en otro lugar, pero no vamos a salir de la isla. Al menos no todavía.

Ella lo miró fascinada mientras se sonrojaba. Luego, por supuesto, se echó a reír, no pudo evitarlo.

En los ojos de Matthew brilló un destello de picardía mientras avanzaba hacia ella.

— ¿Te parece gracioso? A ver qué te parece esto...

Con un grito, Sophia intentó esquivarle, pero Matthew fue más rápido. Se la echó al hombro y, a pesar del forcejeo fingido, la llevó al dormitorio. Cerró la puerta con un pie, la arrojó sobre la cama y se tumbó a su lado, cubriendo su cuerpo con el suyo.

Todo cambió de repente. Los ojos de Sophia se abrieron de par en par, fijos en él, viendo cómo su rostro se suavizaba y sus labios se volvían más sensuales.

— ¿Es esto un castigo? — murmuró con fuerza, sintiendo la sangre correr por sus venas.

— No, es la recompensa. Debo haber hecho algo grande y tú eres mi recompensa. Nunca te dejaré ir.

Bajó la cabeza y cubrió sus labios con los suyos; por su parte, Sophia le dio la bienvenida sabiendo que se trataba de un viaje sin retorno.

La pasión se desató al instante. Se desnudaron mutuamente sin saber cómo. Sophia sólo era consciente de que su piel tocaba la de él sin la constricción de la ropa. El amor le decía lo que tenía que hacer mientras él recorría este nuevo camino para ella. Le daba mucho placer acariciar sus hombros sudorosos, su espalda, su calor... oír sus gemidos. Le pareció maravilloso descubrir que Matthew sentía el mismo placer al acariciar sus pechos, al escuchar sus gemidos.

Matthew se tumbó boca arriba, exponiendo su magnífico cuerpo a su mirada, y Sophia comenzó un viaje de exploración y descubrimiento. Donde sus manos lo acariciaban, entonces sus labios lo acariciaban, saboreándolo. Le oyó suspirar y jadear; pero cuando sus manos fueron a reclamar la cima de su conquista, él se lo impidió, tirando de ella hacia arriba y luego de nuevo sobre Sophia.

— Eres una bruja. Haces que me resulte casi imposible contenerme.

— No quiero que te contengas — jadeó mientras Matthew le besaba la garganta.

— Todavía no, ojos de tigre, todavía no.

Pero no tardaron en llegar sus caricias con la mano y la boca. Pronto Sophia rechinaba contra él, incapaz de soportar la dulce tortura, gritando de placer.

Entonces Matthew llevó sus manos a su húmedo centro, acariciándolo hasta que ella se arqueó y estalló. Mientras Sophia flotaba en otra realidad, Matthew se colocó en posición, le abrió las piernas y la penetró lentamente, rompiendo la última barrera de su identidad anterior. La transportó a un mundo en el que la tensión aumentaba inexorablemente con cada embestida, con cada golpe de su poderoso cuerpo, hasta que rompió los límites del mundo real para alcanzar un placer inimaginable.

El universo volvió lentamente a su lugar. Fue entonces cuando Sophia consiguió levantar sus pesados párpados y se encontró en brazos de Matthew en el camarote del yate tras la más exquisita unión sexual. No recordaba haber sido nunca tan feliz.

— ¿Cómo te sientes? — preguntó en tono preocupado porque, a pesar de la pasión, se daba cuenta de que era la primera vez para Sophia.

— Maravillosamente bien — respondió.

— ¿No te he hecho daño? Sophia levantó la cabeza y sonrió con picardía.

— No me acuerdo.

Matthew le devolvió la sonrisa.

— ¿Era tan bueno?

Apoyó la barbilla en su hombro.

— No te dejes llevar, no olvides que no tengo con qué compararlo.
— Pero yo sí. En una escala del uno al diez, diría que fue... — interrumpió cuando Sophia le pellizcó. — Interrumpió cuando Sophia le pellizcó. ¿Celoso?
— ¿Debería?
— No — confesó Matthew mientras se incorporaba ligeramente y se apoyaba en un codo — . Tenemos que hacer planes, ojos de tigre.
— ¿Qué planes? — preguntó sonriendo.
Matthew le cogió la mano y le besó cada dedo.
— Primero me dijiste que tenías que irte.
— Podría quedarme unos días más después del rodaje... si me dejas quedarme en tu yate.
— Pero tendrás que ir de todos modos, ¿no? — insistió con una expresión un poco más severa.
Sophia se humedeció los labios.
— Tengo que trabajar, Matthew, no me queda más remedio. Sus ojos azules estaban fijos en Sophia.
— Podrías casarte conmigo — sugirió Matthew, y fueron las palabras más hermosas que Sophia había oído nunca.
— Oh, Matthew, me encantaría casarme contigo. ¡Cuando quieras! — exclamó, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Pero tendré que seguir trabajando.
Matthew, mirando aquellas preciosas lágrimas, sonrió.
— No, no es necesario. Deja que yo me preocupe por el dinero. Me gano la vida como puedo con los barcos, pero me gano la vida. Puedo mantener a mi mujer.
Claro que podía, pero él no conocía la situación. Sophia sabía que lo entendería cuando él se lo explicara, pero antes tendría que pedir permiso a su madre para hacerlo. Para Alicia Watts era esencial sentirse dueña de su propia vida. En cualquier caso, se lo contaría todo al día siguiente; llamaría por teléfono a su madre para pedirle permiso. Luego encontrarían una solución al problema.
— De acuerdo, Matthew, lo que tú digas. Matthew emitió un gruñido.
Me gustaría saber que siempre serás tan dócil y de ojos saltones.
tigre.
— No te preocupes, siempre puedes convencerme de lo que quieras.

Era tarde cuando Matthew llevó a Sophia al hotel. Quería que pasara la noche en el barco, pero Sophia tenía que madrugar mucho al día siguiente. Se despidieron con un beso en la entrada del hotel. Sophia fue a la recepción a por las llaves de su habitación y le entregaron una hoja de llaves.

— Se ha dejado un mensaje para usted, señorita Watts. Alguien intentó ponerse en contacto con usted, pero no sabíamos dónde localizarla.

Sophia sintió un escalofrío. Sólo había una razón por la que querían ponerse en contacto con ella urgentemente. No había duda: el mensaje tenía que ser de su hermana pidiéndole que llamara a casa inmediatamente.

— Gracias.

En su habitación, se dirigió inmediatamente al teléfono.

— ¿Paulina? Soy Sophia.

— ¿Dónde has estado? Llevamos horas intentando hablar contigo.

Sophia cerró los ojos y respiró hondo. No podía revelar lo que había hecho, ni siquiera

a su hermana.

— Acabo de recibir tu mensaje. Cálmate, Paulina. Venga, cuéntame qué ha pasado.

— Mamá es peor. Oh, Sophia... ¡Necesita ser hospitalizada de nuevo! El doctor me pidió que te contactara por si acaso... ¡Por si acaso!

— Muy bien, ya veo. ¿Es estable?

— Sí, pero estuvo inconsciente mucho tiempo. Tenía mucho miedo, Sophia — dijo Paulina, al borde de las lágrimas .

— Es natural, cariño. Vamos, no te preocupes, estaré en casa tan pronto como pueda. Tengo que... arreglar algunas cosas primero. Te llamaré para decirte en qué vuelo estoy. Si mamá está estable, no le pasará nada de momento, así que intenta no preocuparte demasiado. Estaré allí pronto, lo prometo.

Cuando colgó, suspiró. Había intentado tranquilizar a su hermana, pero lo cierto era que ella también necesitaba que alguien la tranquilizara. De repente, estaba al borde de la desesperación. Cada vez que su madre tenía una recaída, disminuían las posibilidades de que la operación se hiciera a tiempo, lo que significaba que había que hacerla ya. No podían esperar más.

¿Por qué ahora, cuando había conocido al hombre más guapo del mundo, un hombre que la amaba tanto como ella a él, y que quería convertirla en su esposa? Lo terrible era que Matthew no podía ayudarla a resolver el problema de su madre. Necesitaba dinero y la única forma de conseguirlo era aceptar la propuesta de matrimonio de Jaeden. Sabía que Jaeden no rechazaría su ayuda. Probablemente se habría ofrecido a pagar la operación sin que ella se lo pidiera, por la sencilla razón de que estaba enamorado de ella. Sin embargo, por esa misma razón, porque la amaba, Sophia no podía pedirle ayuda sin aceptar su propuesta.

La conclusión a la que llegó la llenó de tristeza. Se debatía entre el amor y el deber: ¡no estaba bien! Pero si se hubiera negado a ayudar a su madre, nunca se lo habría perdonado, porque habría sido como matarla. Sin embargo, casarse con Jaeden cuando amaba a otro hombre.... ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo pudo hacerlo, cómo pudo renunciar a Matthew?

Al amanecer, aceptó la conclusión a la que había llegado: no tenía elección. Quería a su madre y a Matthew, pero su madre habría muerto si la hubiera sacrificado, y Matthew no. En cierto modo, habría sobrevivido si hubiera conseguido que Matthew la odiara. Habría tenido que encontrar la manera de convertir el amor de Matthew por ella en odio, porque no podía decirle que, aunque le quería, se casaría con otro.

Ojalá Matthew hubiera sido tan rico como Jaeden. Pero era inútil pensar en eso. Matthew no era rico y no podía herir su orgullo diciéndole que no tenía suficiente dinero para ayudarla. Tenía que dejarlo, pero con su orgullo intacto.

Tras tomar esta decisión, se duchó y se puso el traje de lino que solía llevar cuando viajaba. Luego organizó el billete de avión por teléfono y llamó a la habitación de Mario.

— ¿Sí? — respondió el director, molesto por haberle despertado tan temprano.

— Soy Sophia, Mario. Siento llamarte a estas horas, pero acabo de recibir una llamada urgente de casa. Ha habido una emergencia y tengo que irme.

Esperó a que su jefe explotara, y lo hizo.

— ¿Qué? De ninguna manera, cariño, ¡no te irás de aquí! La furia de Mario no la alarmó, estaba demasiado aturdida.

— Me voy en el primer vuelo — dijo con voz tranquila.

— ¡Si haces eso, me aseguraré de que no vuelvas a trabajar en tu vida! — la amenazó Mario antes de colgar.

Sophia dudaba de que Mario tuviera la osadía de cumplir su amenaza; sin embargo, pensó que no trabajaría mucho más. Suspirando, se dirigió a la puerta. Ya había hecho la parte fácil, ahora tenía que hacer la difícil.

Cuando el taxi la dejó en el muelle, aún no sabía si podría engañarlo. Matthew estaba allí, trabajando en la cubierta del barco. Levantó la vista y, al verla, se le iluminó la cara.

Saltó de la barca y esperó a que ella se acercara.

— Vaya, qué sorpresa. Pensé que estabas filmando desde kilómetros de distancia.

Sophia, gracias a su formación como modelo, consigue sonreír a pesar del dolor que siente.

— Hubo un problema técnico y tenemos la mañana libre — , fue la primera mentira.

Matthew le rodeó la cintura con los brazos y tiró de ella hacia sí.

— Lástima para ellos y suerte para mí, ojos de tigre — dijo bajando la cabeza.

Sophia le besó con pasión desesperada, consciente de que probablemente sería la última vez que compartiría algo tan maravilloso con él. Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero consiguió contenerlas. Luego, incapaz de continuar, abandonó su boca y escondió la cara en el hombro de Matthew.

— ¿Qué haces en el barco? — preguntó al ver un montón de cosas amontonadas en la cubierta.

Matthew giró la cabeza.

— Scott Evans, el propietario, va a recoger el yate en Trinidad. Así que se lo llevaré.

Sophia contuvo la respiración, tenía la excusa perfecta. No habría sido agradable, pero era su oportunidad. Sabía que la agencia había alquilado el yate a un millonario, y Matthew no era ese millonario; sin embargo, si fingía que se creía él.... ¿Y si hubiera fingido ser una cazafortunas? En ese caso, Matthew la habría odiado y acabado por olvidarla.

— ¿Que éste es el yate de Scott Evans? — preguntó, fingiendo sorpresa.

— Sí, es el dueño de la empresa propietaria de la casa de moda para la que te anuncias. Así es como se eligió este yate para el rodaje.

— Pero... yo creía que este barco era tuyo — dijo, llorando por dentro.

Finalmente, el tono de voz de Sophia consiguió alarmar a Matthew. Hubo un tenso silencio hasta que él interrumpió.

— ¿De verdad?

— Dios mío, Matthew, te quiero. Perdóname por lo que estoy a punto de hacerte — .

— ¡Actuaste como si fuera tuyo!

Matthew se congeló. Sus ojos azules se volvieron fríos como el hielo.

— Entiendo. Creías que era un hombre rico, ¿verdad? ¡Dios, cómo me engañaste, y yo que creía que me querías!

¿Lo amaba? Lo amaba con todo su corazón, temía morir de dolor. Pero no tenía elección, la vida de su madre estaba en juego.

— Claro que te quiero, pero...

— ¿Pero sólo porque pensabas que era rico?

— Pensé que el barco era suyo, por supuesto.

— Y tú también pensaste que te había tocado la lotería cuando te pedí que te casaras

conmigo, ¿verdad?

Sophia estaba destrozada. Aquel hombre era su sueño hecho realidad, pero nunca podría ser suyo. Seguir mintiendo era lo más difícil que había hecho en su vida.

— Ya te he dicho que el dinero es importante para mí. Hace muchos años decidí que cuando me casara sería con un hombre rico.

El amor en sus ojos había desaparecido por completo.

— ¿Estás enamorada de él o no?

Sophia se encogió de hombros.

— Por supuesto, prefiero estar enamorado. Cuando te conocí...

— ¡Creías haber encontrado un mirlo blanco! — interrumpió Matthew, alejándose bruscamente de ella. Lo siento, querida, pero no has tenido suerte.

Sophia sonrió ante su pequeña victoria. El plan había funcionado, Matthew ya la odiaba. Una desesperación que nunca antes había conocido la asaltó, pero resistió.

— A veces se gana, a veces se pierde.

— ¿Ésa es tu filosofía? — preguntó con expresión gélida. Desgraciadamente, Sophia no encontró respuesta.

— ¿Qué vas a hacer ahora?

— ¿Te importa? Me iré. Pero mi lugar nunca estará entre los ricos. Me emborracharé y daré gracias a Dios por no ser rico, porque precisamente por eso acabo de escapar de las garras de la cazafortunas más avariciosa que he tenido la desgracia de conocer en mi vida.

Sophia contuvo un sollozo.

— Te quiero... a mi manera, Matthew — consiguió decir. Matthew esbozó una sonrisa irónica.

— Cariño, no sabes lo que es el amor. Si lo supieras, no lo arruinarías. No sé a quién compadezco más, si a ti o al hombre que consigues atrapar. Algún día descubrirás que el dinero no lo es todo, Sophia.

Y tras estas palabras, Matthew se dio la vuelta, saltó al yate y desapareció en la cabina.

Sophia volvió sobre sus pasos, aunque las piernas amenazaban con fallarle en cualquier momento. Finalmente tomó un taxi y regresó al hotel. En su habitación, se tiró en la cama y lloró hasta que se le acabaron las lágrimas. Quería a Matthew y había hecho todo lo posible por él, pero había conseguido que la odiara.

Emocionalmente agotada, sabía que en los días siguientes tendría que interpretar su segundo papel, más difícil. Jaeden no esperaba mucha pasión de ella, pero tenía que demostrarle que estaba contenta con la elección. Aún no sabía cuándo le pediría ayuda, dependía de cómo se sintiera su madre.

Llegó a Inglaterra al día siguiente, decidida a parecer alegre y feliz. La casa estaba vacía, pero Paulina había dejado una nota diciendo que estaba en el hospital y había dejado una ensalada en la nevera.

Sophia fue inmediatamente al hospital y lo primero que hizo fue ver al médico.

— Como sabes, cada ataque empeora la salud de su madre. Es una mujer muy fuerte y está luchando contra la enfermedad, pero no puede seguir así mucho más tiempo. Hay que operarla cuanto antes porque puede llegar un momento en que su estado se haya deteriorado tanto que no se la pueda operar porque ni siquiera puede viajar.

Esto era lo que Sophia había temido oír.

— ¿Llegaríamos a tiempo si se operara dentro de dos o tres meses? — preguntó Sophia, consciente de que no podía aceptar la propuesta de Jaeden y pedir dinero al mismo tiempo.

El médico apretó los labios.

— Cuanto antes mejor. Debemos evitar que su madre tenga otro ataque. Al parecer, tenía que ser antes de la boda.

— De acuerdo, tendré ese dinero la semana que viene. Por favor, haga los preparativos necesarios para la operación.

— Me alegro de que me lo hayas dicho. Te avisaré cuando todo esté listo para la operación.

— Gracias, doctor.

Sophia salió de la consulta del médico y fue a ver a su madre; la encontró en una sala con otras tres camas, que en ese momento estaban vacías.

— ¡Sophia!

Paulina saltó de la silla en cuanto vio a su hermana. Era más bajita que Sophia, tenía el pelo más oscuro y los ojos más marrones, pero era igual de guapa.

— Gracias a Dios que has llegado.

Se abrazaron tiernamente y luego Sophia miró hacia la cama.

— ¿Cómo te sientes?

— Mejor. El médico dijo que pronto podrías irte a casa. Le dije a mamá que vendrías y se enfadó conmigo por avisarte.

Sophia sonrió.

— En este caso, debe ser mucho mejor.

Paulina sonrió con picardía.

— ¿Quieres que te traiga un café? Supongo que quieres hablar con ella a solas un momento, ¿no?

— Quiero hablar con los dos, así que vuelvan enseguida.

Paulina salió de la habitación y Sophia se acercó a la cama de su madre.

Alicia Watts estaba pálida y fatigada, pero sus ojos eran tan agudos como siempre.

— Le dije a Paulina que no te pidiera que vinieras — protestó Margarita.

Sophia se inclinó para besar a su madre en la mejilla y luego se sentó en la silla que había dejado libre su hermana.

— Me alegro de que lo hicieras. Tengo noticias para ti.

— ¿Buenas noticias? — preguntó su madre.

— La mejor, — contestó Sophia, cogiendo la mano de su madre y apretándola.

— Bueno, ¿me he perdido algo? — preguntó Paulina, que venía con el café.

— Nada, querida — le aseguró Alicia — . Sophia me estaba diciendo que tiene buenas noticias para nosotros.

Sophia se humedeció los labios. Durante el vuelo había preparado lo que iba a decir y ahora esperaba conseguir el objetivo que se había propuesto.

— Bueno, no quería decirte esto antes de irme. De todos modos, con el último trabajo que tuve y algo de dinero extra que me dieron.... ¡La noticia es que podrás operarte muy pronto, mamá! — anunció Sophia, y la expresión de su madre fue recompensa más que suficiente.

— ¡Oh, Sophia! — exclamó Margarita en un tono casi reverencial, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

— ¿Eres feliz?

Alicia entrelazó sus dedos con los de su hija.

— Claro que sí, pero sobre todo por tu bien. Has trabajado tanto y nunca me pareció correcto pedirte tanto, niña. Soñaba con el momento en que pudiera levantarme y ayudar. ¡Me sentía tan inútil! Ahora puedes dejar de preocuparte por mí y vivir tu vida.

— Y ahora viene la otra noticia — añadió rápidamente Sophia — . Me voy a casar — . Margarita no cabía en sí de gozo.

— ¿Te vas a casar? Sophia, eso es maravilloso. ¿Con quién? ¿Le conozco?

— Se llama Jaeden, mamá. Jaeden Townsend IV, para ser exactos. No le conoces, pero pronto le conocerás.

Los ojos de su madre se abrieron de par en par.

— Dios del cielo, con un nombre así parece una persona muy importante. Sophia se echó a reír.

— Su familia posee la mayor cadena hotelera de Estados Unidos.

— ¿Lo quieres, Sophia? — preguntó Alicia en voz baja.

En ese momento, la mente de Sophia conjuró la imagen de dos ojos intensamente azules, pero la rechazó al instante. Esos ojos no eran para ella, no podía permitírselos.

— Sí, le quiero. Jaeden es un hombre maravilloso.

— Bueno, ¿cuándo es la boda? — preguntó Paulina, sonriendo con picardía.

— Aún no lo hemos decidido. De hecho, Jaeden aún no sabe que he aceptado su propuesta.

Al ver la expresión de las caras de su madre y su hermana, se apresuró a añadir:

— Verás, me pidió que me casara con él en Nueva York, justo antes de que me fuera a hacer este último trabajo. Y antes de contestarle, quería hablar contigo de ello, así que le dije que esperara a que yo volviera. En fin, ahora vuelvo a Nueva York para darle la buena noticia. ¿Qué te parece?

— ¡Vosotros, los jóvenes de hoy, hacéis cosas tan raras! — Y ahora quiero que me cuentes todo sobre él.

Sophia tuvo que obedecer y contarle a su madre, con todo el entusiasmo posible, lo de Jaeden. Tal vez, como se repetía a sí misma que sería feliz con él, acabaría creyéndoselo.

Capítulo 3

Sophia regresó a Nueva York a mediados de la semana siguiente. Cuando llegó a su piso, no perdió el tiempo. Se dio una ducha rápida y se vistió a la moda: una falda corta negra y una chaqueta amarilla. También se maquilló, como para disimular sus sentimientos. Por último, un poco de perfume y ya estaba lista para ir en busca de Jaeden, sabiendo que cuanto antes lo hiciera, mejor. Tenía que ser sincera con él sobre su madre, que ya le había dado permiso para contarle a su novio lo de su enfermedad.

Como había supuesto, Jaeden estaba en la oficina del hotel familiar. No la estaba esperando, pero el placer que mostró su rostro al verla fue suficiente para aliviar el dolor que sentía Sophia.

— Hola, Jaeden. Espero no molestarle con mi visita — se excusó al entrar en el despacho.

Jaeden se levantó y se unió a ella en medio de la habitación.

— Te doy permiso para interrumpirme cuando quieras, cariño. Me gusta verte en cualquier momento y lo sabes. Dios mío, eres preciosa, ¡tengo que besarte! — declaró antes de continuar.

Sophia le devolvió el beso con más cariño que nunca; aunque, a juzgar por la expresión de Jaeden, él no la entendía.

— ¿Sophia?

Se rió.

— Sí, Jaeden. Vine a responder y la respuesta es sí, me casaré contigo.

La incertidumbre se convirtió en alegría cuando Jaeden la estrechó entre sus brazos con tanta fuerza que casi la dejó sin aliento.

— Nunca te arrepentirás, cariño, nunca. Sé que no estás enamorada de mí, pero es sólo cuestión de tiempo. Te querré tanto que no podrás evitarlo.

Sophia rió con cierta desesperación y los ojos empañados.

— ¡Sí, Jaeden, por favor, hazlo! Y te prometo que seré una buena esposa. Seremos felices, ¿verdad? — fue un grito de desesperación que brotó de lo más profundo de su ser.

— Inmensamente feliz.

Jaeden la soltó y, con el entusiasmo de un niño, se dirigió a su escritorio y llamó a su secretaria por teléfono.

— Lexie, manda una botella del mejor champán y dos copas, por favor. Y también llama a mi joyero y pídele que te traiga unos anillos de compromiso. Sophia se va a casar conmigo.

Sophia no oyó las palabras de Lexie, pero a Jaeden le gustó y se rió, frotándose las manos. Luego sacudió la cabeza, sonriendo como si no se creyera su suerte.

— ¿Te das cuenta de que se lo contará a todos los huéspedes del hotel? — preguntó Sophia.

— ¿Qué más da? Soy el hombre más feliz del mundo y quiero que todos lo sepan. Y

pensándolo bien, mejor se lo digo también a mi familia. Sería un lío si se enteraran por otra persona. ¿Y tu familia? Si quieres, puedes llamarles desde aquí.

Este era el momento que Sophia había temido.

— Ya sabes. Antes de volver a New York, fui a Inglaterra porque mi madre estaba enferma.

Jaeden se puso inmediatamente a su lado, la condujo a un sofá de cuero y se sentó a su lado.

— Espero que no sea nada grave.

— Sí, es cierto. Mi madre necesita desde hace tiempo una operación que sólo se realiza en un hospital de este país y, como puede imaginar, cuesta una fortuna. Por eso siempre acepto cualquier trabajo que me ofrecen. Estoy ahorrando para pagar la operación.

Sophia dejó escapar un suspiro.

— Oh, Jaeden, no podría hacerlo. Además, mi madre no lo aceptaría.

— No seas tonta, tu madre no debe saberlo. Y ahora no voy a discutir contigo, Sophia. El dinero de la operación es tuyo. Sólo tienes que decirme cuándo pagar y te haré un cheque. Puedes decirle a tu madre lo que quieras, guardaremos el secreto, ¿vale?

— Si lo acepto, es con la condición de que aceptes devolverlo. Jaeden esboza una amplia sonrisa.

— Todo lo que quieras, cariño, todo lo que quieras — contestó.

En ese momento llamaron a la puerta e Lexie entró con una bandeja que contenía una botella de champán y dos copas.

— Enhorabuena, señor Townsend y señorita Watts. Espero que sean muy felices — dijo la secretaria sonriendo — . Ah, y los joyeros dijeron que llegarían pronto.

La secretaria se marchó y Sophia miró a Jaeden mientras servía el champán, sabiendo que había ganado una victoria moral. Le pagaría por la operación, sólo así podría vivir en paz consigo misma. Y también sería una buena esposa para Jaeden.

Jaeden volvió a su lado y brindaron.

— Para nosotros — , propuso.

— Para nosotros — repitió Sophia.

Apoyándose en el respaldo del sofá, Jaeden le pasó el brazo por los hombros y tiró de ella hacia sí.

— No sé tú, cariño, pero yo no quiero esperar demasiado para casarme. Sophia estuvo totalmente de acuerdo. No serviría de nada esperar.

— Por lo que a mí respecta, cuanto antes mejor.

— Eso es genial. En mi opinión, si tu madre tiene que venir de todas formas, podríamos casarnos aquí en Estados Unidos. Aunque... ¿qué pasa con el resto de tu familia? ¿Qué pasa con el resto de tu familia? ¿Vas a invitar a tus parientes?

— Sólo somos cuatro: mi madre, mi hermana, mi hermano y yo. No tenemos más parientes... que yo sepa.

— ¡Qué suerte! El clan Townsend puede llenar un pequeño estadio, y lo peor es que tengo que invitarlos a todos. Se ofenderían si no — . A pesar de sus palabras, Jaeden parecía complacido; sin embargo, tras unos segundos, su rostro se ensombreció. Lo que significa que también tendré que invitar a Matthew.

Ese nombre hizo que a Sophia se le encogiera el corazón. Debía de haberlo oído mal. Al fin y al cabo, no era un nombre tan inusual y, además, podría haber sido su apellido;

a los hombres se les solía llamar por sus apellidos. Pero, ¿y si...? ¿Y si...? Tenía que saberlo, tenía que averiguar si sus temores eran fundados.

— ¿Invitar a quién?

— Matthew Bennett, mi primo. No lo conoces. No nos llevamos bien, pero... es de la familia, así que tengo que invitarlo también. Además, si le queda algo de vergüenza, rechazará la invitación.

El nombre era el mismo, pero tenía que ser otra persona. Su Matthew no podía tener nada que ver con la rica familia Townsend.... ¿o sí?

— ¿A qué se dedica tu primo?

Jaeden emitió un gruñido.

— Lo llama — salir con barcos — . Los diseña y los construye.

Sophia se quedó mirando la copa de champán con expresión inexpresiva. No, no se equivocaba, Matthew era el primo de Jaeden. Después de todo lo que había hecho para mantenerlo alejado de su vida, ¡estaba a punto de casarse con su primo! Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no ponerse histérica. Jaeden acababa de decirle que él y su primo no se llevaban bien. Quizá eso significaba que no se veían nunca. Al fin y al cabo, construir barcos no era lo mismo que dirigir una cadena de hoteles.

— ¿Le ves a menudo?

— ¡Demasiado para mi gusto! — responde Jaeden con un bufido. Tiene acciones en hoteles y forma parte de algunos consejos de administración, lo que significa que es demasiado importante para ser ignorado. ¿Has oído hablar de Bahía Negra Marine? Bueno, la heredó de su padre y la convirtió en una empresa multimillonaria. No es el tipo de pariente al que se pueda ignorar en público, aunque se haga en privado.

¡Un negocio multimillonario! Sophia se rió. O rió, o gritó. Matthew, que la había amado, también podría haberla ayudado. Pero ahora no había esperanza; si hubiera acudido a él, Matthew habría pensado que lo hacía porque se había enterado de que era rico y quería su dinero.

¿Por qué Matthew no se lo había dicho antes de destruirlo todo? ¿Por qué le había mentido Matthew?

No sabía si podría soportar encontrarse cara a cara con él cuando llegara el momento, pero rezaba por encontrar el valor.

— Cara, ¿estás bien? La pregunta preocupada de Jaeden la sacó de su ensueño.

— Lo siento, creo que es el champán. Estoy tan preocupada por mi madre que.... En fin, son los nervios — Sophia se sorprendió de lo fácil que le resultaba mentir últimamente.

Jaeden le quitó inmediatamente la taza.

— En ese caso, será mejor que no bebas más. Y yo mejor me callo y dejo de hablarte de Matthew; él no cuenta nada en nuestras vidas, no necesitamos su permiso para ser felices.

Mentalmente agotada, Sophia se apoyó en su hombro. Por el bien de su madre, tuvo que fingir que estaba enamorada de Jaeden y se dio cuenta de lo importante que era que Jaeden nunca se enterara de lo que había pasado entre ella y Matthew.

— Te invito a cenar esta noche y será la mejor cena de tu vida — dijo Jaeden — . Y otra cosa, acabo de recordar que me voy a la isla a pasar el fin de semana con mi madre, así que iremos los dos juntos y te presentaré a los miembros más importantes de mi familia.

— Excelente.

El viernes por la mañana, a las diez y media, Sophia fue a abrir la puerta. Antes de abrir se miró en el espejo del recibidor: su blusa de seda rosa y sus pantalones grises no sólo eran cómodos, sino también elegantes, y su maquillaje era perfecto. El pelo le caía en ondas sobre los hombros, como le gustaba a Jaeden.

Satisfecha con su aspecto físico, abrió la puerta, consciente de que Jaeden estaba al otro lado. Su sonrisa era genuina, su afecto por Jaeden era real; sólo esperaba que fuera suficiente.

Ese día, su prometido estaba muy guapo con ese traje gris.

— Hola, cariño, — dijo suavemente mientras la estrechaba entre sus brazos.

Obedientemente, Sophia acercó sus labios a los de él para aceptar su prolongado beso. Se sentía tan bien entre sus brazos, se dijo a sí misma, siempre le había gustado que la besaran. En este caso, como su corazón parecía no latir, lo besó con más entusiasmo que de costumbre para tranquilizar su conciencia.

— Lo siento por lo de anoche — dijo con pesar.

La noche anterior, Jaeden había querido pasarla con ella, pero a Sophia le había resultado imposible llegar tan lejos. Jaeden había aceptado amablemente su negativa, pero Sophia seguía sintiéndose culpable y repitiéndose a sí misma que con el tiempo, cuando se casaran, sería diferente. Necesitaba creerlo.

— Yo también lo siento. No debería haberte presionado como lo hice. Es que te quiero mucho, Sophia....

— Acordaste esperar hasta el matrimonio, — le recordó ella.

Jaeden emitió un gruñido.

— Lo sé, pero no sería un hombre si no intentara hacerte cambiar de opinión de vez en cuando, ¿verdad?

Claro que no. Jaeden era un hombre, un hombre con necesidades, un hombre que la quería. Sophia lo abrazó y suspiró: ¿cómo iba a decirle que sólo quería a un hombre y que lo había perdido para siempre?

— Lo siento, Jaeden, pero esta espera significa mucho para mí; además, no será por mucho tiempo — le prometió.

Abrazándola con fuerza, Jaeden escondió su cara en el cuello de Sophia.

— Espero que sí, aunque no conozcas la Townsend cuando haya una boda en la familia. ¡Sólo los preparativos de la boda llevará un mes!

Sophia odiaba sentirse aliviada, pero lo estaba, no podía negarlo. ¿Qué esperaba conseguir en un mes, que ocurriera un milagro?

— Pensaba que nos casaríamos en un par de semanas, tres como mucho. Jaeden la miró, sonriendo.

— Me temo que la familia Townsend necesita que todo se desarrolle según las más estrictas reglas sociales. En mi familia no hay matrimonios rápidos, es una cuestión de dignidad.

Sophia sonrió.

Parece un poco anticuado. Jaeden le devolvió la sonrisa.

— Sí, tienes razón, pero no quisiera ofender a mi pueblo. Mi madre es la cabeza de familia e insiste en que debemos hacer honor a nuestro nombre. Y como futura señora Townsend, más le vale estar preparada para seguir las tradiciones familiares y hacer que nuestros hijos también las sigan. Sé que lo hará estupendamente. Y por cierto,

estás preciosa. De hecho, puedes comer. Mi familia te adorará.

Sophia se rió.

— Jaeden, me casaré contigo, no con tu familia.

— Lo siento, cariño, pero al aceptarme a mí, aceptaste a todo el grupo — bromeó.

¿Incluso Matthew? La idea de encontrarse accidentalmente con Matthew la había conmovido.

— ¿Por qué no nos fuéramos y nos casamos? — sugirió con toda seriedad.

Cualquier cosa con tal de evitar un futuro amenazador.

Jaeden se rió y volvió a abrazarla.

— Eso es lo que me gusta de ti, Sophia, tu sentido del humor. Pero no olvides que tu madre estará bien para la boda y estará encantada de asistir.

Sophia le cogió la cara entre las manos.

— Sabes, cuando dices cosas así es cuando me doy cuenta de que he tomado la decisión correcta.

Jaeden le sonrió con ternura y la besó profundamente.

— Me alegro. De todos modos, ¿estás listo? El avión sale en dos horas y el tráfico es terrible hoy.

Cuando por fin se acercaron a la isla tras horas de viaje, el sol se estaba poniendo en el horizonte de la isla caribeña perteneciente a la familia Townsend. Fue un espectáculo impresionante, indescriptible e inolvidable que, según Sophia, hizo que la espera del barco mereciera la pena.

Le hubiera gustado que Jaeden compartiera su entusiasmo, pero había resultado ser un mal marinero y se había mareado. Ella, por su parte, seguía en cubierta, disfrutando de la fresca brisa.

Al oír unos pasos, giró la cabeza y vio a Jaeden caminando hacia ella. Su rostro había recuperado el color y, comprendiéndolo, le sonrió.

— ¿Te sientes mejor?

Jaeden le rodeó la cintura con los brazos.

— Sí, he mejorado desde que puedo ver la costa —respondió irónicamente.

Sophia le miró con expresión interrogante.

De repente, le sorprendió la tensión que vio en Jaeden.

— No todo. Fue, pero ahora el suroeste pertenece a — otra persona.

— ¿Cómo es?

— Por capricho de mi abuelo. Es algo de lo que a mi madre no le gusta hablar, así que, por favor, no lo menciones.

Sophia se quedó mirando el horizonte.

— Si no quieres a esa persona ahí, ¿por qué no la compras?

Cuando Jaeden se rió, a Sophia no le pareció un sonido especialmente agradable.

— ¿Crees que no lo intentamos? Ese bribón no venderá.

Sophia se estremeció, preguntándose quién era el que amargaba tanto a Jaeden.

Por fin se acercaron a la isla tropical de exuberante vegetación. Hermosas colinas se alzaban en un extremo; al frente, además de varios edificios, había un robusto embarcadero.

— ¿Quién vive en esas casitas? — preguntó Sophia, dándose cuenta de que su llegada había atraído la atención de un grupo de niños que los saludaban.

Riendo abiertamente, Sophia les saludó.

— Tesoro, no los animes, son un incordio. Si lo haces, siempre los tendremos cerca — se quejó Jaeden.

— Sólo son niños, — protestó, sin poder evitar responder a las caras sonrientes. ¿De quién son?

— Son los hijos de los criados y éstas son sus casas. Nos parece más apropiado que no vivan en nuestra casa, sobre todo porque lleva mucho tiempo cerrada. Tienen tierras que cultivar y barcos para ir a otras islas. Son felices así, no necesitan nada más', explicó Jaeden.

Cuando atracaron en el muelle, había varios adultos con niños que les ayudaron a bajar del yate. Sophia se vio inmediatamente rodeada por las simpáticas criaturas, pero Jaeden las apartó de inmediato.

— Adiós, hasta luego — dijo Sophia a los niños. Jaeden era duro con ella.

— Por el amor de Dios, Sophia, estás actuando como Matthew. ¡Mi primo hasta juega con ellos!

Sophia estaba encantada. Desde que lo había conocido, su instinto le había dicho que Matthew sería un buen padre. Por otra parte, Jaeden...

— Pensé que querías tener hijos.

— Y así son, pero no salvajes como estos. Los nuestros serán correctos y educados. Sophia pensó que era cierto que los niños a veces se comportaban como salvajes, aunque no creía que los niños que acababa de ver lo fueran.

— Maldita sea, ¿adónde ha ido Jeffery? — El tono petulante de Jaeden atrae la atención de Sophia.

— ¿Quién?

— El conductor — respondió Jaeden, molesto — . Debería esperarnos en el coche.

Uno de los hombres, que estaba guardando equipaje en el vehículo, respondió:

— Jeffery está en tierra firme, jefe. La Srta. Townsend dijo que usted debería conducir.

— ¡Esto es genial! — ¡No sé por qué pago a alguien para que conduzca si al final tengo que hacerlo yo!

Una vez en el coche, Jaeden se disculpó por su pérdida de control y se marchó. Cinco minutos más tarde, Jaeden detuvo el coche y volvió a coger la chaqueta que había dejado en el asiento trasero. De su bolsillo sacó un pequeño paquete envuelto en papel de regalo.

— Esto es para ti.

Desde que se comprometió, a Sophia le había resultado difícil rechazar los regalos que él le hacía continuamente, a pesar de que no los necesitaba y de que la hacían sentir incómoda. Sin embargo, sonreía porque sabía que a Jaeden le hacía ilusión hacerle regalos.

— Me mimas demasiado — protestó.

Cuando abrió la caja, encontró un reloj con incrustaciones de diamantes.

— ¡Oh, Jaeden! — exclamó mirando su reloj con expresión atónita.

Rápidamente, el novio se quitó el reloj de pulsera y lo sustituyó por el nuevo.

— ¿Te gusta?

— No estoy hecha para esto — , pensó Sophia desesperada.

— Me encanta. Gracias, querida.

Jaeden la besó y ella no pudo rechazarlo. Sophia se sintió aliviada cuando por fin le dejó marchar.

— ¿Sabes por qué te hago tantos regalos, Sophia?

Sophia sólo quería que arrancara el coche y se fueran.

— ¿Porque eres el hombre más generoso que conozco?

— La generosidad no tiene nada que ver. Te doy regalos porque me gusta ver el brillo de tus ojos cuando te los doy — , dijo con voz febril.

Sophia suspiró sorprendida por su capacidad para mentir.

— Sé que te gusta hacerme regalos, pero no tienes por qué. Jaeden la miró con nostalgia.

— Eres muy guapa, elegante y distante. Casi no puedo creer que haya conseguido conquistarte. Cariño, estoy locamente enamorado de ti, tengo miedo de perderte.

Por unos instantes Sophia temió que la histeria se apoderara de ella, pero logró controlarse.

— No tienes que comprarme cosas para mantenerme a tu lado, Jaeden. Prometí casarme contigo y no me echaré atrás.

Jaeden se rió alegremente y arrancó el motor.

— Lo sé, pero no descansaré hasta que hayamos sido bendecidos.

Cuando el coche volvió a ponerse en marcha, Sophia se reclinó en el asiento y miró por la ventanilla, de modo que Jaeden no pudo ver la expresión de sus ojos:

— Nunca me perderás, Jaeden.

Capítulo 4

Lo primero que pensó Sophia al entrar en el comedor de la casa, agarrada del brazo de Jaeden, fue que la señora Townsend era el epítome de una matriarca. Elegantemente vestida y peinada a pesar de la humedad, su aspecto era altivo y distante. Al sentir la mirada crítica de la mujer, Sophia se sintió satisfecha con la elección de su atuendo: un vestido negro ajustado, un modelo exclusivo, que, aunque ceñido al cuerpo, le cubría las rodillas.

La Sra. Townsend esboza entonces una sonrisa encantadora y abre los brazos a su hijo.

— ¡Jaeden!

Había auténtico afecto en su voz y Sophia sintió que su nerviosismo disminuía. Retrocedió un paso cuando madre e hijo se abrazaron y avanzó cuando la llamaron por su nombre.

— Querida, déjame presentarte a mi madre.

— Encantada de conocerla, Sra. Townsend. Esto le valió una cálida sonrisa.

— ¿Así que usted es la joven con la que mi hijo me dijo que quería casarse? Perdone que me sorprenda un poco, señorita Watts, pero no sabíamos nada hasta ayer, cuando Jaeden nos llamó para decirnos que venía con usted — explicó la señora Townsend, después de estrechar la mano de Sophia.

Seguramente por eso Jaeden estaba un poco raro. Era un momento importante para él y, naturalmente, quería que su familia aprobara su elección. Sophia le cogió del brazo y le dedicó una sonrisa alentadora.

— Por favor, llámeme Sophia, Sra. Townsend. Espero que podamos ser amigas cuando se haya recuperado de su sorpresa.

La madre de Jaeden volvió a sonreír.

— Estoy seguro. Y ahora basta de ceremonias. Pónganse cómodos.

Jaeden respiró aliviado.

— ¿No te dije que era maravillosa, mamá? — dijo, orgulloso de sí mismo. La señora Townsend le dio un beso en la mejilla y sonrió.

— Eso es encantador, Jaeden. Y ahora, ¿te importaría servirnos un jerez, hijo?

Jaeden se dispuso de inmediato a obedecer a su madre y la señora Townsend se volvió hacia Sophia con una sonrisa cómplice.

— Siempre me gusta tomar una copa de jerez antes de cenar; aunque, en esta ocasión, es una excusa para pasar unos momentos a solas contigo. Y ahora, querida, no te lo tomes a mal, pero espero que no te precipites. Siempre he admirado la idea del noviazgo, porque te da tiempo a darte cuenta de tus errores antes de que el daño sea irreparable. Es más fácil empezar un matrimonio que salir de él.

Sophia agradeció la preocupación de la Sra. Townsend. Sabía que, cuando fuera madre, probablemente sentiría lo mismo.

— El sentido común no me ofende, señora Townsend — replicó Sophia y observó cómo la otra mujer se relajaba.

— Y no parece que te falte de nada. Eso me gusta. ¿Hace mucho que conoces a mi hijo?

— ...unos meses. Suficiente para saber que podemos ser felices juntos.

— ¿Y qué piensan tus padres?

Sophia sonrió al darse cuenta de que era posible que aquella mujer le gustara.

— Mi padre murió cuando yo era pequeña, pero mi madre es muy feliz. Mi madre sólo quiere que yo sea feliz. Jaeden y yo somos dos personas adultas, señora Townsend, y estoy segura de que comprenderá que no queremos esperar más para casarnos.

La Sra. Townsend asintió con simpatía.

— Sí, lo entiendo. Creo que me doy cuenta más de lo que piensas. No olvides que yo también era joven. Ah, creo que no conoces a mi hija, Maliyah — añadió la madre de Jaeden, señalando a una joven que acababa de entrar en la habitación.

Maliyah Townsend podría haber sido la hermana gemela de Jaeden si no hubiera sido varios años más joven. Era extremadamente guapa, aunque su sonrisa no le llegaba a los ojos. Cuando estrechó la mano de Sophia, ésta notó la tensión.

— Jaeden dijo que eras modelo — comentó Maliyah sin mirar a su madre.

Algo estaba pasando y Sophia esbozó una sonrisa amistosa para tranquilizar a la joven.

— Sí, es cierto.

— Yo también quería ser modelo, pero al hacerme mayor lo dejé. Sophia se echó a reír.

— Hay que ser alto, sí, pero no creas que es tan divertido como puede parecer desde lejos. La mayor parte del tiempo es un trabajo muy duro y no se gana mucho. Sería mejor hacer otras cosas.

Durante unos instantes, Maliyah se permitió relajarse.

— Esto es lo que me dije a mí mismo. Ahora estoy estudiando historia, ¡pero a mamá no le gusta! — dijo la joven, aunque miró con cariño a su madre, por lo que Sophia comprendió que no era ése el motivo de la tensión.

La Sra. Townsend hizo una mueca.

— Me niego a discutir esta noche, Maliyah. Ve a ver si Jaeden necesita tu ayuda — aconsejó la señora Townsend antes de volverse hacia Sophia con un suspiro — . ¿Nos sentamos?

La Sra. Townsend señaló un sofá detrás de ella.

— Sophia... es un nombre bonito. Creo que no lo había oído antes. ¿Es tu nombre real o tu nombre profesional?

Así comenzó una conversación sobre la carrera de Sophia y su familia que duró hasta que se sentaron a comer. La cena fue excelente y la señora Townsend demostró ser una anfitriona extraordinaria. Maliyah también se tranquilizó, aunque hacia el final volvió a ponerse tensa.

En ese momento, Sophia estaba segura de haber causado una buena impresión y Jaeden parecía pensar lo mismo, porque le tendió la mano.

— ¿Qué te dije, querida? ¿Cómo puede no gustarte mi madre?

Sonrió.

— A mí también me gusta tu madre.

Al otro lado de la mesa, Maliyah se aclaró la garganta.

— Por cierto, mamá, quería decirte que invité a Carol a venir mañana, — declaró

bruscamente Maliyah.

Sophia ahogó una mueca cuando Jaeden le apretó la mano con fuerza e inmediatamente supo que iba a haber problemas.

La Sra. Townsend se llevó la mano a la garganta.

— ¡Maliyah! — miró a su hijo con expresión angustiada. Madre e hijo intercambiaron miradas tensas.

— ¿Quién es Carol? — preguntó Sophia.

— Carol Stone — respondió Maliyah, tomando el toro por los cuernos — , fuimos juntas a la escuela. Acaba de llegar de Europa y la he invitado a visitarnos.

Sophia no se lo creía, ni tampoco los demás comensales, aunque todos reaccionaron de forma diferente.

Jaeden volvió a relajarse y sonrió a su hermana.

— Es natural que la invitaras, pero no fue lo mejor, ya que Carol y yo no nos llevamos bien — comentó Jaeden con voz tranquila.

Maliyah levantó la barbilla con expresión acusadora.

— Bueno, solía serlo.

— Pero ya no. Llámale y dile que venga en otro momento — ordenó Jaeden.

Sin embargo, la hermana negó obstinadamente con la cabeza.

— ¡No lo haré!

— ¡Ya basta! — Interviene severamente la señora Townsend. Si Maliyah invitó a Carol, debemos recibirla y espero que todos se comporten.

¿Fue una coincidencia que, al pronunciar la última frase, sus ojos estuvieran fijos en su hijo?

— Y ahora, por favor, que alguien toque el timbre para que traigan el champán que he preparado para brindar por Sophia — añadió la señora Townsend, dando por terminada la discusión.

¿Por qué tanto alboroto? Evidentemente, Carol era la manzana de la discordia entre Maliyah y su hermano, pero... ¿por qué? ¿Qué había hecho Carol Stone?

El incidente se olvidó cuando se sirvió el champán. La señora Townsend propuso un brindis y estaba bebiendo cuando, de repente, Sophia tuvo la sensación de que alguien la observaba por detrás.

Cuando levantó la cabeza, sus ojos dorados se encontraron con unos azules profundos, unos ojos que le llegaban a lo más hondo. ¡Matthew!

Estaba en la terraza, justo delante de la puerta abierta. Llevaba más o menos la misma ropa que el día que lo conoció: vaqueros desgastados y camiseta de tirantes. Era una presencia extremadamente poderosa y el cuerpo de Sophia no pudo evitar responder a un nivel muy primario. La fuente de su felicidad y su desgracia estaba delante de sus ojos.

Pero... ¿qué hacía ella allí? ¿Qué hacía él allí, si la había seguido, y qué haría Matthew? Había estado tan preocupada cuando se enteró de que podría encontrarse con él, que no se le había ocurrido que Matthew podría destruirlo todo.

— ¿Sophia? Cariño, ¿estás bien? — preguntó Jaeden en tono preocupado.

Sophia no tuvo que contestar porque, en ese momento, Matthew se movió, atrayendo la atención de todos los presentes. Hubo un momento de absoluto silencio; entonces Jaeden se levantó y, accidentalmente, su vaso cayó al suelo sin que nadie se diera cuenta.

— ¿Qué demonios haces aquí, Matthew? — preguntó en tono irritado.

Matthew, en cambio, estaba muy tranquilo.

— He oído que recibes a un nuevo miembro de la familia — dijo con cinismo.

Sophia se estremeció y su miedo aumentó. ¿Qué estaba tramando Matthew? De repente se dio cuenta de que Matthew sabía lo que ella pensaba, lo que temía. Sólo necesitaba unas palabras para destruirla.

— ¿Es esa mujer? — preguntó Matthew.

Jaeden aprieta los puños.

— Aléjate de ella, ¿me oyes, Matthew?

— Sí, claro que te oigo, prima, — contestó Matthew, y volvió a mirarla. ¿Sophia? Extraño nombre, un nombre que recuerda pasiones ardientes y sangre caliente.

¡Y qué ojos! Cualquiera podría sumergirse en ellos.

Sophia sufrió una agonía extrema. Matthew quería atormentarla haciéndola recordar. Quería gritar, hacer cualquier cosa, pero sólo podía permanecer quieta, impotente, mientras le veía entrar en la habitación y avanzar hacia ella.

De repente, la señora Townsend encontró su voz, aunque entrecortada, lo que sorprendió a Sophia.

— ¡Matthew, tu presencia no es bienvenida en esta casa!

Se rió, había lástima en la mirada que dirigió a la mujer.

— ¿Crees que no lo sé, tía Helena? No te preocupes, me iré en cuanto me despida de mi nueva prima.

Sophia no podía creer lo que había hecho. Estaba a punto de vengarse de ella delante de todos, sin que nadie lo supiera. Por miedo, Sophia no intentó detenerle y Matthew lo sabía y se aprovechó de ello. Sophia sintió que su cuerpo absorbía su calor mientras él se inclinaba sobre ella.

— Bienvenida a la familia, Sophia — dijo Matthew con voz áspera.

Y antes de que tuviera tiempo de evitarlo, le tapó la boca con la suya.

Sin querer, Sophia cerró los ojos mientras él, con increíble arrogancia, la besaba. Cuando le acarició los labios con la lengua, Sophia jadeó y, tras jadear, Matthew la penetró con la lengua, acariciándole el paladar.

Entonces todo terminó. Matthew se alejó de ella, dejándola vacía y sola. Se rió de ella.

Jaeden puso la mano en el hombro de Matthew, obligándole a darse la vuelta.

— ¡Debería romperte la cara por lo que hiciste!

— Pruébalo si quieres — dijo Matthew, arqueando las cejas con ironía.

Los ojos dorados de Sophia se abrieron alarmados ante la idea de una pelea; tenía que detenerla. No podía permitir que Matthew hiciera daño a Jaeden por algo de lo que ella era responsable. Con un valor que no sentía, se puso delante de Jaeden para protegerle.

— ¡Déjalo en paz!

Matthew se permitió el lujo de mirarla de arriba abajo.

— Cómodo. Debes quererle mucho para defenderle así.

— ¡Fuera de aquí!

Matthew no dijo nada, no tenía nada que decir. Con un movimiento de cabeza, se marchó porque era lo que quería, no porque ella se lo hubiera ordenado.

Cuando llegaron a la puerta, Matthew se detuvo y giró la cabeza. Con expresión seria, miró a su tía.

— Quería avisaros de que va a haber tormenta dentro de unos días y parece que va a ser fuerte. Si necesitas ayuda, ya sabes dónde encontrarme...

La Sra. Townsend se recompuso.

— Gracias, Matthew, pero creo que podemos hacerlo.

Matthew se encogió de hombros como si esperara esa respuesta.

— La oferta sigue en pie. Buenas noches.

Desapareció, dejando una terrible tensión. En ese momento, las piernas de Sophia cedieron y se habría caído de no ser por Jaeden.

— Sophia, querida, ¿estás bien? — le preguntó mientras la conducía a una silla y se arrodillaba frente a ella. Maldito Matthew, ¡lo mataré si te hace daño!

Sophia pensó que nunca volvería a sentirse bien.

— No me ha hecho daño — mintió.

Sí, la había herido tanto que tal vez tardaría toda una vida en curarse. De repente miró a su alrededor y se vio rodeada. Se dio cuenta de que tenía que decir algo.

— ¿Le has llamado Matthew?

— Matthew Bennett es mi sobrino, la oveja negra de la familia. Es el dueño de la finca que hay en el otro extremo de la isla', informó la señora Townsend con voz gélida. 'Lamento que hayas sido víctima de su... extraño sentido del humor. Sabe que no nos gusta su presencia, pero hace estas cosas para molestarnos.

Sophia no dudaba de que había algo más, pero el estado en el que se encontraba no le permitía investigar. Necesitaba encontrar un lugar tranquilo para asimilar lo que le había ocurrido aquella noche. Necesitaba estar sola.

— Lo siento, pero... ¿Le importa si me voy a mi habitación? — preguntó, mirando a la señora Townsend y viendo que la miraba con preocupación.

— En absoluto, querida. Debe haber sido muy desagradable para ti. Jaeden te acompañará. Buenas noches, Sophia, intenta dormir. Y Jaeden, cuando salgas, ven a la biblioteca, tenemos que hablar.

— Muy bien, mamá.

A mitad de la escalera que conducía al piso superior, Sophia se sintió mejor y se atrevió a hacer una pregunta.

— Matthew es el hombre del que me hablaste, ¿no? El dueño de parte de la isla, ¿no? ¿Por qué no me lo dijiste?

— Porque esperaba que no estuviera aquí — replicó Jaeden, apretando la mandíbula.

— . Con Matthew nunca se sabe, va y viene a su antojo. Hacemos lo posible por ignorarlo. Cuando pienso en él besándote.... ¡!

Sophia sintió un nudo en la garganta, ella tampoco podía olvidarle, pero por otros motivos.

— Preferiría no hablar de ello.

— Estoy orgulloso de la forma en que lo trataste, Sophia. Estoy orgulloso de la forma en que lo trataste, Sophia; sin embargo, preferiría que te mantuvieras alejada de su lado de la isla. No me gustaría que te encontraras con él a solas.

Jaeden hablaba de él como si fuera un criminal, y tuvo que reprimir el impulso de decirle que Matthew no era así. Aquella noche había sido cruel, pero tenía sus razones. Normalmente era un hombre encantador, cariñoso y comprensivo.

— No creo que sea peligroso — fue todo lo que pudo decir en su defensa.

— No, pero has visto que no respeta ni a las personas ni a la propiedad.

En ese momento llegaron a la puerta del dormitorio: Sophia la abrió, pero mantuvo la mano en el picaporte, no quería que entrara Jaeden.

— Lamento haber arruinado la velada.

— Fue Matthew quien lo hizo — declaró Jaeden con severidad.

Matthew hizo ademán de besarla en los labios, pero Sophia consiguió girar la cara para que él la besara en la mejilla. Ya la habían besado bastante aquella noche.

— No sé cómo lo hace, pero siempre lo estropea todo. Duerme bien, te veré en el desayuno.

Jaeden se dio la vuelta y Sophia entró en su habitación, cerró la puerta y echó el pestillo.

El sol estaba alto cuando Sophia se despertó a la mañana siguiente.

El ambiente era pesado, opresivo y muy húmedo. Sophia se duchó y se sintió un poco mejor, aunque pronto su piel se cubrió de sudor. Tras decidirse a ponerse la ropa imprescindible, eligió una camiseta de tirantes de algodón turquesa y unos pantalones cortos blancos. No se maquilló, simplemente se cepilló el pelo y se lo dejó suelto. Si Matthew tenía razón y se avecinaba una tormenta, rezó para que llegara pronto y aliviara la tensión que la ponía tan nerviosa.

Al pensar en él, sintió la necesidad de volver a verlo. Pero tenía que irse,

¿Qué excusa podría haber dado para salir de casa? Si la descubrían, su plan podría haberse venido abajo sin que Matthew moviera un dedo. A pesar del peligro, no tenía elección. Que no hubiera dicho nada la noche anterior no significaba que se callaría. Tenía que saber si él se quitaría la máscara.

Cuando bajó a desayunar, se encontró con que sólo la señora Townsend estaba sentada en la mesa de la terraza a la que la había conducido la camarera. La madre de Jaeden la saludó con una agradable sonrisa.

— Buenos días, Sophia, ¿ya te encuentras mejor?

— Mucho mejor, gracias.

— Me alegro. Venga, sírvase. Hay croissants y fruta. Pediré café recién hecho, ¿a menos que prefieras té?

— No, el café está bien — dijo Sophia, tomando asiento.

— No sé cómo disculparme por lo que hizo Matthew anoche. Sophia no pudo evitar ponerse rígida.

— Por favor, no te preocupes más. Ya lo he olvidado — mintió Sophia con diplomacia

— . No creo que nos veamos mucho.

La Sra. Townsend sonrió irónicamente.

— No lo conoces, querida. Viene a molestarnos. Es un joven muy desagradable. Una vez más, Sophia tuvo que fingir que no le conocía, aunque su corazón quería protestar. Sin embargo, no tenía otra alternativa.

Cogió un melocotón del frutero y lo mordió, mirando a su alrededor. Las flores eran un derroche de colores y aromas exóticos que bordeaban la pradera de hierba que se alzaba hasta la arboleda. A través de los árboles se vislumbraban las aguas azules del océano.

— Tiene unas vistas maravillosas.

— Este sitio es uno de mis favoritos, y el de Jaeden también.

— ¿Sigue en la cama? — preguntó Sophia, consciente de que sería muy extraño que no preguntara por su novio.

La Sra. Townsend miró su reloj.

— No, querida. Desayunó hace horas. Está en camino.

— ¿De camino? — repitió Sophia sorprendida.

— Oh, lo siento. Esta mañana, con las prisas, decidimos que tenía que recoger a Carol. Debía ir Maliyah, pero desgraciadamente tuvo uno de sus dolores de cabeza, así que tuvo que ir Jaeden — explicó tranquilamente la señora Townsend.

— Pensaba que no se llevaban bien — observó un rubor en las mejillas de la otra mujer.

Discutieron, pero somos gente educada. Alguien tenía que recogerla y, piense lo que piense mi hijo de Carol, le pedí que la recogiera y lo hizo. Sabíamos que a ella no le importaría.

Sophia pensó que era demasiado tarde para preocuparse por ello, aunque lo hiciera.

— No, claro que no — responde ella con una sonrisa seca — . Tendré tiempo de explorar la isla sola, a Jaeden no le gusta andar.

La sonrisa de la Sra. Townsend se ensanchó.

— En este caso, todos estamos contentos. Y ahora, discúlpenme, tengo que ir a escribir unas cartas. El almuerzo es a la una y es muy informal.

Sophia la vio desaparecer en el interior de la casa y la oyó hablar con el ama de llaves antes de que todo volviera a quedar en silencio.

De repente surgió la oportunidad de llamar al hospital para pedir noticias de su madre y hacer los preparativos para la operación. Luego iría en busca de Matthew.

Capítulo 5

Media hora más tarde, Sophia salió de casa. No sabía exactamente dónde vivía Matthew y no podía preguntar a nadie; pero en una isla de ese tamaño, tarde o temprano habría tropezado con su casa.

Respiró hondo y se dirigió hacia un camino que era más un sendero que una carretera. Los árboles hacían más agradable el paseo, protegiéndola del sol.

No había ido muy lejos cuando llegó a una encrucijada, donde uno de los caminos llevaba a las casas cercanas al muelle donde vivían los trabajadores. El otro camino, recto, estaba casi cubierto por la vegetación.

Tomó esta última, que se torció tanto que, al poco tiempo, Sophia se encontró completamente desorientada. Empezaba a creerse perdida cuando, tras un recodo, se topó con un edificio. No era como las casas cercanas al embarcadero, ni como la casa blanca de dos plantas de la familia Townsend. Era una casa al final del camino, parecía un gran cobertizo y estaba pidiendo reparaciones. Estaba al pie de una colina y a Sophia le pareció abandonada.

Lo primero que pensó fue que Matthew no podía vivir allí, pero decidió ir para asegurarse. A un lado había una terraza con vistas al mar, que crujió ruidosamente cuando Sophia la pisó.

— ¿Buscas algo? — dijo una voz burlona a sus espaldas. Tomada por sorpresa, Sophia soltó un grito ahogado.

— Qué pulmones, Sophia. Es una pena que no haya nadie que te oiga — declaró aquella misma voz inolvidable.

En cuestión de segundos, pasó de estar asustado a ser extremadamente consciente de la persona que estaba allí.

Cuando se dio la vuelta, encontró a Matthew de pie al pie de la vieja escalera, mirándola fijamente. Llevaba los mismos vaqueros que la noche anterior, pero nada más. Sus pies, al igual que su imponente torso, estaban desnudos. Una fina capa de sudor le cubría la piel y su pelo mojado le decía que acababa de darse un chapuzón en el mar.

— Matthew... — Decir ese nombre era una tortura y un placer, una mezcla de gemidos y gruñidos.

Como la noche anterior, no podía apartar los ojos de él. Este hombre era tan importante para ella como respirar. Su mera visión hacía que su existencia tomara otro color. Su corazón nunca podría olvidarle, por mucho que su cabeza insistiera en que lo hiciera.

Matthew se acercó a ella y Sophia sintió que los poros de su piel cobraban una nueva vida. Olió su perfume masculino y la sal del mar. Lo que más deseaba en el mundo era arrojarle a sus brazos y apoyar la cabeza en el hombro de Matthew... volver a casa.

— No esperaba encontrar a nadie aquí.

— ¿No te han dicho dónde vivo, ojos de tigre? — preguntó en voz baja, acariciándole la mejilla con el aliento.

— Me dijeron que... vivía al otro lado de la isla, en el sur.

La suave risa de Matthew atrajo la atención de Sophia hacia sus labios. Inmediatamente recordó el beso que le había dado la noche anterior y su piel se estremeció. ¿Se daba cuenta Matthew de la reacción que estaba provocando en ella a pesar de no haberla tocado? Dejó escapar un gemido y sus ojos se clavaron en los de él. Los de Matthew eran tan azules.... tan fríos... tan fríos... Lo sabía, ¡sabía exactamente lo que le estaba haciendo! Por eso se había acercado tanto a ella. Inmediatamente Sophia se sintió avergonzada de haber actuado como una adolescente enamorada, un libro abierto para ser leído.

— No tienes sentido de la orientación. Eso es el sur, ojos de tigre. Tan al sur como puedas en esta isla antes de golpear el mar. ¿Puede un buen marinero como tú estar tan equivocado? — Al ver que ella se ruborizaba, él se echó a reír. No importa, sabía que vendrías tarde o temprano.

— ¡Ni siquiera tú puedes tener tanta confianza! — exclamó indignada.

Matthew levantó una mano y le acarició los labios; involuntariamente, Sophia cerró los ojos.

— Te besé... ¿recuerdas?

Las dulces palabras le hicieron abrir los ojos y el instinto de protección la sacó del trance en el que había caído.

Se separó bruscamente de Matthew: ¿en qué había estado pensando, cómo se había puesto en una situación tan vulnerable? El orgullo herido acudió en su ayuda, aunque demasiado tarde.

— ¿Cómo te atreves a presumir de que tus besos son irresistibles? Pues te diré una cosa: son repugnantes. ¡Monstruosos!

Sophia no podía soportar la forma en que aquellos ojos azules la miraban sin vacilar, diciendo: — Te he visto, te conozco — .

— Si fueran tan repulsivas y monstruosas, las habrías evitado — replicó Matthew en tono firme, recordándole que las había aceptado.

Las mejillas de Sophia se ensancharon aún más.

— ¡Lo habría hecho si no me hubiera pillado por sorpresa!

— ¿En serio? Me cuesta creerlo. Sophia se llevó una mano a la garganta.

— Bueno, te digo que me has sorprendido, ¡no esperaba volver a verte en mi vida!

Matthew dio un paso hacia ella, provocando una tensión inmediata en Sophia, pero sonrió.

— Sí, lo sé, ojos de tigre. Yo también me sorprendí al verte, pero no tanto como para no darme cuenta de que, en lugar de miedo, lo que vi en tus ojos fue deseo.

En esto Matthew se equivocaba. Sophia había sentido deseo, pero no deseo sexual, aunque era evidente que lo deseaba. Había sentido deseo por su amor y Matthew no lo había visto: ¡sólo había notado la atracción sexual!

— Así que le has echado el guante al primo Jaeden, ¿eh? ¿Sabe que sólo te casas con él por dinero?

Las palabras de Matthew la devolvieron a la realidad, a por qué había ido allí. ¿Era una amenaza?

— ¡Jaeden me quiere!

— Probablemente se lo pensará, pero... ¿Sabe él que tú no quieres eso? El amor, como ambos sabemos, no entra en sus planes.

Esas palabras desencadenaron recuerdos dolorosos.

— Me voy, no voy a escuchar más gilipolleces — gritó, dando un paso hacia la escalera.

— ¿Salir, Sophia? No creo que sea prudente. Podría hacer lo que no quieres que haga. Sophia le miró fijamente mientras palidecía.

— ¿Qué?

— Dile a Jaeden que eres una cazafortunas. Que tú también me tiraste los tejos cuando creías que tenía dinero — replicó Matthew con una sonrisa perezosa.

Sophia cerró los ojos, incapaz de ver la expresión burlona de Matthew. El dolor casi le impedía respirar. El dolor casi le impedía respirar.

— ¿Por qué no me dijiste que tenías dinero? Matthew rió irónicamente.

— ¿Qué esperabas que te dijera que era rico después de confesarme que buscabas un marido con dinero?

Un profundo dolor la golpeó.

— ¿Qué pasa con el yate? ¿No crees que es seguro contármelo todo?

— Lo llevé allí como un favor a un amigo después de hacer algunas reparaciones. Sabía que ese amigo se lo prestaría a su agencia, aunque no se me había ocurrido ofrecerle mis servicios. Algo me hizo cambiar de idea — , concluyó cínicamente.

No algo, sino alguien.

— Entiendo.

— ¿En serio? Te he estado esperando toda mi vida, ojos de tigre. Todo lo que hice fue alejarme de las mujeres que sólo me querían por mi dinero. Entonces apareciste tú y pensé que eras la mujer que podría amarme por mí mismo. Casi caigo en el engaño, pero logré escapar por los pelos.

— ¿Vas a hacerlo?

Los ojos azules de Matthew centellearon con picardía.

— ¿Qué? ¿Se lo dices a Jaeden? Aún no lo he decidido. Quizá si te quedas a charlar puedas ayudarme a decidir, sea lo que sea.

Matthew sabía tan bien como ella que quedarse era lo último que Sophia quería, pero la amenaza no le dejaba otra opción.

— No sabía que eras pariente de Jaeden hasta hace unos días — explicó, con la intención de romper el silencio.

Matthew se rió.

— Te creo. Si lo hubieras sabido, no habrías acudido a él.

Ella le miró enfadada.

— ¿Podrías dejar de decir cosas así? Jaeden no es una presa.

Matthew arqueó las cejas.

— ¿Entonces qué es? ¿El amor de tu vida? No, no, tonto... ¡Tu presa era yo!

Sophia respiró hondo. Por dentro, estaba llorando.

— Nunca quise hacerte daño — dijo Sophia en voz baja. Pero Matthew la interrumpió.

— No, sólo querías mi dinero. Cuando pensaste que no tenía nada, enseguida te olvidaste de mí — dijo mirándola con expresión gélida.

— ¡Eso no es cierto! — protestó Sophia, traicionándose a sí misma, pero él no parecía darse cuenta.

— Es extraño, no te vi correr detrás de mí para expresarme tu amor. Aunque, de haberlo hecho, no te habría creído, como no te creo ahora. Creo recordar que te dije

que no sabías lo que era el amor, y creo que aún no lo has descubierto.

Si la intención de Matthew era herirla, lo estaba consiguiendo.

— ¡Castellano!

Sus ojos brillaban con el placer de la victoria.

— ¿Pensaste que te amaría por el resto de mi vida, Sophia?

— ¿Por qué no? Siempre te querré — .

Pero en lugar de decírselo, Sophia sacudió la cabeza y trató de mantener la calma aparente.

— ¡No has tardado mucho en olvidarme!

Algo en su expresión le dijo que no le gustaría la respuesta.

— Tal vez sea por algo que dijiste, ojos de tigre.

Sophia bajó los párpados.

— Debes odiarme de verdad.

— ¿Odiarte? Soy demasiado indiferente para odiarte, Sophia — respondió con voz tranquila.

Para no echarse a llorar, Sophia levantó la barbilla desafiante.

— ¿Es eso lo que quieres, venganza?

— Podría vengarme diciéndole a Jaeden quién y qué eres, ¿no crees?

Sophia apretó los dientes.

— Te lo estás pasando muy bien, ¿verdad?

— Tengo que admitir que es gracioso.

— ¡Dios mío, eres insoportable! Vas a alargarlo todo lo posible, ¿verdad?

Los blanquísimos dientes de Matthew brillaron mientras sonreía con picardía.

— Me fascina la idea de que un cazador intente atrapar a otro.

Sophia cerró la mano en un puño, impotente, como si se diera cuenta de lo fácil que sería odiarle. Tal vez fuera lo correcto. Pero no pudo y se defendió lo mejor que supo.

— ¡Entiendo por qué no le caes bien a tu familia!

Matthew arqueó las cejas.

— Sus motivos son muy diferentes de los tuyos y dudo mucho que te los hayan revelado.

— Y ya entiendo por qué no se molestan en hablar de ti — replicó, provocando la risa de Matthew.

— Es su forma de olvidarse de que existo mientras intentan encontrar la manera de deshacerse de mí.

Al ver la expresión de incredulidad de Sophia, Matthew añadió:

— No permanentemente, sólo de la isla. Soy demasiado importante para ellos — en otro lugar.

En un intento de enmascarar su reacción al creer por un momento que la familia Townsend podría querer hacerle daño físico, Sophia miró a su alrededor. Los signos de degradación que vio a su alrededor le dieron una oportunidad.

— ¡No puedes vivir aquí, es peor que una choza! — No lo era, pero parecía un lugar peligroso.

— La belleza depende de los ojos con que se mire. Para mí es un lugar perfecto. Es mi herencia. Fui concebida aquí y mi abuelo me lo dejó cuando murió. Le habría gustado dejárselo a mi madre, pero ella llevaba años muerta antes de que mi padre pudiera casarse con ella.... si es que alguna vez pensó en hacerlo. Siempre le di el beneficio de

la duda. Mi madre era hermana del padre de Jaeden, y por eso no se lo perdonaron. Aunque los hijos bastardos están socialmente aceptados, mi familia no quería tener uno en su bando.

Sophia estuvo a punto de decirle que no le importaba, pero se dio cuenta de que a Matthew no le importaría.

— Quizá no les importe que ordene un poco.

— ¿Quieres decir ponerlo al estilo de esa monstruosidad colonial en la que vive mi familia? Por supuesto que no, me gusta así. Además, he vivido en lugares peores.

Sophia arruga la nariz.

— Es difícil imaginar un lugar peor que éste — declaró indignado — . Ninguna mujer en su sano juicio se plantearía seriamente venir a vivir aquí contigo.

— Lo haría si me amara.

La respuesta la sorprendió y la respuesta, a su vez, fue un puro reflejo.

— ¡Nunca mendigaré amor!

Cuando se dio cuenta del significado de sus propias palabras, miró a Matthew con expresión perpleja. Vio que sus ojos se habían endurecido drásticamente.

— No, pero no te importa prostituirte por dinero, ¿verdad, Sophia?

— ¡No lo haré!

— ¿No? No vendiste tu corazón, pero vendiste tu cuerpo. Diste tu cuerpo a cambio de la riqueza de Jaeden. Puedes llamarlo como quieras, pero yo lo llamo prostitución.

Las palabras de Matthew la sobresaltaron, dejándola perdida en el mar de su desprecio. Eso era exactamente lo que Sophia estaba haciendo, prostituirse. Sin embargo, no lo hacía por codicia, sino por necesidad. Aunque intentara explicárselo, ¿de qué serviría? No habría recuperado su amor ni habría impedido su matrimonio con Jaeden. Había dado su palabra y Jaeden no merecía que le hicieran daño.

Se sorprendió al sentir los dedos de Matthew en sus brazos. Se asustó.

— Tienes la piel muy suave, pero el corazón de piedra, — dijo insolente, en un tono que decía que podía tocarla cuando le apeteciera.

Sophia trató inmediatamente de apartarse, pero Matthew se lo impidió cogiéndole la mano. La levantó y vio el anillo.

— Debes haber hecho algo espectacular para ganártelo.

Sophia contuvo la respiración tras semejante insulto.

— ¡Me gustaría matarte, Matthew, sabes muy bien que ese es mi anillo de compromiso!

— Esta vez consiguió soltarlo.

Matthew sonrió con picardía, como un lobo.

— No seas tan modesto, ojos de tigre, sé... lo espectacular que puedes llegar a ser — dijo burlonamente.

Los esfuerzos de Matthew por destruirla la hicieron reaccionar, contraatacar.

— Nunca lo había considerado desde este punto de vista, pero creo que tienes razón. Es un anillo precioso.

— No es sólo porque sea una gran roca por lo que es hermosa — dijo Matthew, ya sin humor.

— Dices eso porque es el anillo de Jaeden, no el tuyo, — dijo ella.

Matthew negó con la cabeza.

— Nunca regalaría un anillo así a una mujer, porque no necesitaría saber a quién pertenece. Le daría amor, la joya más preciada. Lo único que dice ese anillo es: —

¡Mira cuánto dinero tengo! — .

Los ojos de Sophia se volvieron felinos.

— ¡En mi opinión, este anillo dice que Jaeden me quiere!

De repente, Matthew no pudo ocultar su furia.

— ¿Cuánto valen estos pendientes, en términos de afecto?

Matthew le tocó la oreja, recordándole los diamantes que llevaba.

— ¡No me toques!

— ¿Quieres decir que si no pago no te tocaré, ojos de tigre? Jaeden no tiene ni idea de lo que le espera. Una esposa fiel, mientras siga recibiendo regalos, ¿no? — Matthew se apresuró a agarrarla por los hombros. No sabes lo que es el amor. Todo lo que sabes es esto...

Sophia intentó apartarse de él, pero Matthew era mucho más fuerte. Se apoderó de su boca, se apoderó de sus labios con una maestría que Sophia no había olvidado. Pero donde antes había ternura, ahora sólo había amargura. Como conocía su sabor, lo utilizó para debilitarla, mordiéndola con los dientes y acariciándola con la lengua, haciéndola temblar.

Sophia intentó resistirse, pero estaba perdida. No tenía defensa contra el cuerpo duro y viril que la sujetaba. Empezó a sentir un cosquilleo en el vientre y la angustia le hizo un nudo en la garganta. Matthew era como una parte de ella y quería entregarse a ese deseo.

Cuando Matthew interrumpió el beso, Sophia echó la cabeza hacia atrás, permitiéndole acceder a su garganta, mientras sus manos retiraban la tela de algodón que la cubría para acariciar la suavidad de sus pechos. Instintivamente, Sophia se arqueó, luego le agarró la cabeza y tiró de ella hacia sí, para que la boca de Matthew pudiera agarrar sus pezones.

La lengua de Matthew en sus pechos la hizo gritar de placer. Estaba en su poder, había perdido la voluntad.

Matthew separó la cabeza y la miró con nostalgia.

— No sé lo que te dará mi primo, pero no satisfará a este cuerpo tuyo. Sus mejillas enrojecieron de ira.

— ¡Maldita sea! — murmuró, cubriéndose de nuevo los pechos con la blusa — . Te equivocas, Jaeden me da toda la pasión que necesito.

— Mientes, ojos de tigre. Olvidas que anoche, cuando me viste, tus ojos no pudieron ocultarme el deseo que sentías. El dinero es un pobre sustituto de la pasión, Sophia.

— Quizás, pero me casaré con él.

Matthew se enderezó.

— Si pensabas que te obligaría a casarte con mi prima, te equivocabas — observó Matthew con frialdad.

Esta afirmación casi la deja sin aliento.

— ¿Qué quieres decir?

Matthew sonrió.

— ¿Qué crees que quise decir? Por muy mal que nos llevemos, Jaeden es mi primo. Si crees que me voy a quedar mirando cómo lo destruyes, es que no me conoces.

Presa del pánico, Sophia tragó saliva con dificultad.

— ¿Qué vas a hacer?

— Exactamente lo que crees que voy a hacer. Sophia tenía que proteger a su madre a

toda costa.

— ¿No podríamos llegar a un acuerdo? — preguntó con voz ronca.

La expresión de Matthew era de absoluto desprecio.

— ¿Tratas de sobornarme, Sophia? ¿Me estás ofreciendo tus favores a cambio de mi silencio? Debes de estar muy desesperada.

Sophia nunca se había sentido tan humillada.

— ¡Maldito Matthew! — gritó con voz ahogada.

Inmediatamente se dirigió hacia los escalones. Al llegar al último escalón, giró la cabeza y vio que él la observaba con ojos depredadores.

— No te he dicho que me alegro de volver a verte, ¿verdad, Ojos de Tigre?

— ¡No te creo!

Una pequeña sonrisa curvó los labios de Matthew.

— Antes no tenías este carácter, Sophia. ¿Es por tu frustración?

Sophia no contestó. Salió corriendo de allí como si la persiguiera el mismísimo diablo.

Matthew la vio desaparecer. Luego miró el objeto que tenía en la mano: un pequeño pendiente de diamantes.

Capítulo 6

Sophia volvió a casa con la respiración agitada y el pelo revuelto... y con el recuerdo de su encuentro con Matthew. Sólo quería retirarse a su habitación a lamerse las heridas. Sin embargo, al cruzar el pasillo, oyó que la llamaban por su nombre. Dejó escapar un suspiro y se dirigió al salón.

Cuatro cabezas se volvieron en su dirección, cada una con una reacción diferente. Jaeden parecía sorprendido; Maliyah, perpleja; la señora Townsend apenas arqueaba las cejas; el cuarto miembro del grupo tenía expresión de preocupación.

— Dios mío, Sophia, ¿qué has hecho? ¡Estás hecha un desastre! — declaró Jaeden horrorizado.

Su huida, que no podía describirse de otro modo, había sido bastante accidentada, incluso se había caído al suelo y su ropa seguía cubierta de polvo.

— ¡No seas ridículo, Jaeden! — exclamó el nuevo anfitrión con una voz tan suave como fría — . Es evidente que se ha caído. ¿Se ha hecho daño?

Sophia miró a la hermosa joven que debía de ser Carol. Sólo estaba segura de una cosa: que la preocupación de la nueva invitada no era fingida. Por lo tanto, ella no era la causa de ningún problema entre Carol y Jaeden. Aliviada, Sophia se sacudió los calzoncillos.

— No mucho. Fui a dar un paseo, pero me caí. Lo único que se dañó fue mi orgullo — explicó Sophia, invitando a Carol a reírse con ella, lo que hizo de inmediato.

— ¡Dejemos a un lado nuestro orgullo, aunque sólo sea por una vez! Yo también he recibido algunos golpes en mi vida. Es extraño que la gente reaccione de formas tan diferentes, ¿verdad, Jaeden?

En la ventana, Jaeden se tensó.

— ¿A qué te refieres exactamente? — preguntó Jaeden mientras, para sorpresa de Sophia, ella se ruborizaba.

Su verdugo se encogió de hombros.

— Nada, a menos que uno pueda encontrarle sentido.

Al ver que empezaba la batalla, Maliyah decidió poner remedio a la situación.

— Has estado fuera durante horas, Sophia. Te esperábamos para comer.

Sophia frunció el ceño; se había olvidado temporalmente de sus problemas. Era obvio que algo había ocurrido en el pasado entre Carol y Jaeden. Sin embargo, como Maliyah lo sabía, había sido ella quien invitó a la otra mujer y ahora trataba de apaciguar la situación.

— Lo siento. Tenía la impresión de que Jaeden estaría fuera la mayor parte del día — replicó Sophia, recibiendo una sonrisa de disculpa de la señora Townsend que parecía sincera.

— Volvieron mucho antes de lo que esperaba, querida. Jaeden suele almorzar antes de volver.

— Tenía prisa por volver contigo, ¿verdad, Jaeden? — añadió el recién llegado con voz suave.

Jaeden apretó la mandíbula.

— ¡Te lo advierto, Carol, cállate!

Carol estalló en carcajadas, aunque Sophia notó que la risa no le llegaba a los ojos.

— Ven a conocer a Carol, Sophia — dijo la señora Townsend.

Carol Stone se levantó para saludar a Sophia con una sonrisa amistosa. Era joven, de unos veinte años, y poseía el tipo de encanto que, con la madurez, se convertiría en verdadera belleza. Sus ojos eran amables y a Sophia le cayó bien de inmediato.

— Jaeden tenía razón, eres muy guapa — dijo Carol, sonriendo — . Me alegro de que te cases.

Instintivamente, Sophia miró a Jaeden para ver su reacción y no se sorprendió al verle sonrojarse. ¿Qué le pasaba?

— Tú también eres guapa, Carol — dijo cariñosamente la señora Townsend — . ¿No te parece, Jaeden?

Jaeden no contestó y Carol se rió antes de comentar:

— El problema con Jaeden es que no puede dejar de verme como una colegiala tonta que le mira — bromeó Carol, mirando a Sophia — . No le gustó que creciera y dejara de adorarlo como a un héroe.

Entonces... ¿era así? ¿Era así? ¿Carol había crecido y descubierto a otros hombres y Jaeden se sentía ofendido?

— He oído que estabas en Europa — comentó Sophia en un intento de entablar conversación.

Carol sonrió con picardía.

— Mi madre pensaba que los franceses tenían mucho estilo.

— También dicen que son los amantes perfectos, ¿o no nos lo cuentas, Carol? — preguntó Jaeden con picardía.

Las cuatro mujeres le miraron fijamente. Carol fue la primera en reaccionar.

— Nunca beso y cuento, Jaeden. Si empiezo, puede que nunca termine.

— Sophia, querida, ¿quieres que te pida algo de comer? Debes de tener hambre — , se apresura a decir la señora Townsend.

Sophia sacudió la cabeza, confusa por lo que estaba ocurriendo.

— No te molestes. Prefiero ir a mi habitación a lavarme y cambiarme. Jaeden tenía razón, estoy horrible.

— Como quieras, querida; no obstante, haré que te preparen bocadillos y café — decidió la señora Townsend.

— Voy contigo, Sophia — dijo enseguida Carol — . Tengo que ir a buscar algo a mi habitación.

Sophia se dio cuenta de que era una excusa, pero no descartó a la joven. Habría sido interesante escuchar lo que tenía que decir. Cruzaron el pasillo y, al subir las escaleras, Carol carraspeó por fin.

— Me gusta tu nombre. Es bastante exótico, como tú — dijo con voz nerviosa.

— Quizás no soy tan exótica como parezco.

Carol le puso la mano en el brazo y ambos se detuvieron. Su hermoso rostro había adoptado una expresión seria.

— ¿Conoces a Jaeden desde hace tiempo?

Sophia frunció ligeramente el ceño.

— Lo conocí hace unos meses, ¿por qué?

La otra mujer parece dudar antes de continuar.

— Es más difícil de lo que pensaba. Bueno, qué diablos, lo que quiero saber es si estás

enamorada de Jaeden.

Sophia no se lo esperaba y dudó antes de contestar.

— Tengo que serlo... ya que voy a casarme con él — respondió torpemente. Carol soltó una carcajada irónica.

— Piensas que estoy celoso, ¿verdad, Sophia? Pero no pienses eso, cada vez me gustas más. Sólo quería decirte que... no te dejes engañar por el encanto de Jaeden. Si estás segura de que quieres casarte con él, quítate las orejeras. De verdad, espero que seas feliz, de verdad.

Luego se dio la vuelta, subió corriendo los escalones que quedaban y desapareció en el pasillo.

Sophia frunció el ceño: ¡justo lo que necesitaba! Primero Matthew le había dicho que no se casaría con Jaeden, y ahora esta joven le hacía una advertencia velada.

Cuando entró en su habitación, cerró la puerta y suspiró. Todo estaba saliendo mal. Qué estúpida había sido al pensar que Matthew la dejaría en paz. No se le había ocurrido que él trataría de impedir su matrimonio... y ella tendría que impedirselo. Ya había dicho que sí a los preparativos para la operación de su madre, sólo era cuestión de semanas. ¿Qué habría hecho si...?

No, tenía que dejar de pensar en ello por el momento. Se acercó a la cómoda para quitarse los pendientes antes de ducharse. Se llevó la mano a la oreja y...

Se dejó caer en el sillón. Le faltaba un pendiente. Matthew le había tocado la oreja para mirárselos y...

En ese mismo momento llamaron a la puerta. Antes de que tuviera tiempo de contestar, Jaeden entró en la habitación y cerró rápidamente la puerta. No le gustó la intrusión, pero recordó que pronto Jaeden tendría derecho a hacer eso y más. La idea la hizo estremecerse. Sólo se lo había concedido a un hombre y, por absurdo que sonara, se sentía como si lo traicionara dejando que Jaeden ocupara su lugar.

En consecuencia, sus palabras eran frías.

— Estaba a punto de ir al baño a ducharme, Jaeden — le informó ella mientras se levantaba.

— No te interrumpiré por mucho tiempo. Sólo quería disculparme por haber sido tan brusco — Jaeden hizo ademán de abrazarla, pero ella lo esquivó — ¿Seguro que no te has hecho daño?

— Me siento perfectamente bien. Sólo necesito una ducha.

— Eso es genial, cariño. — Mmmm. Yo, uh... ¿Tú y Carol hablasteis?

— Algo — admitió.

— ¿Qué ha dicho? — preguntó acercándose a la ventana.

— ¿Qué crees que me habrá dicho, Jaeden? — le interpeló en voz baja.

Pero vio que su cuerpo se tensaba.

— Nada — respondió él con una risa nerviosa — . Es sólo que Carol a veces tiende a exagerar. No es aconsejable creer siempre lo que nos dicen.

— Lo tendré en cuenta — contestó Sophia, aun dándose cuenta de que volvía a sonrojarse.

Como si se diera cuenta de que había cometido un error táctico, Jaeden se pasó una mano por el pelo.

— No deberías haberla invitado — dijo irritado — . Si me hubieras consultado antes, ¡no estaría aquí!

Sophia no dudó ni un instante. La pregunta era: ¿por qué?

— Es amiga de Maliyah, así que dudo que la veas muy a menudo. Con un profundo suspiro, Jaeden se acercó a ella y la abrazó.

— Tienes razón, querida. Tu sentido común nunca falla. No me extraña que te quiera tanto.

Luego la besó apasionadamente, pero no la excitó como el beso de Matthew, y Sophia tuvo que luchar contra el recuerdo. Afortunadamente, Jaeden no pareció darse cuenta porque, cuando se separó de ella, sonrió.

— Eres maravillosa. En fin, será mejor que te deje ducharte — dijo, dirigiéndose a la puerta — . Por cierto, no conociste a nadie en tu paseo, ¿verdad?

— No, sólo con mariposas y pájaros. Jaeden asintió.

— De acuerdo. En ese caso, nos vemos dentro de un rato — prometió, y desapareció de la habitación.

Sophia se quedó mirando la puerta con expresión inexpresiva. ¿Qué había pasado entre Jaeden y Carol? ¿Y por qué ella misma se sentía alarmada? Se avecinaban problemas por todas partes.

Hacía calor y era tarde, pero Sophia ni siquiera pensó en irse a la cama. Hacía demasiado calor para dormir. Después de aquella extraña velada, en la que todos habían tenido algo que ver, subió a su habitación. Jaeden había permanecido a su lado, pero no había dejado de mirar a Carol.

Cuando salió del baño tras una ducha fría, se secó y se puso un delicado camisón de seda y encaje, aunque Sophia no tenía nada que celebrar. No podía olvidar la amenaza de Matthew, ni a su novio que cada vez se comportaba de forma más extraña. Para colmo, empezaba a dolerle la cabeza. Con un suspiro, apagó la luz, salió al dormitorio y detuvo bruscamente sus pasos.

Sentada en la cama, los ojos de Matthew recorrieron su cuerpo y Sophia no pudo hacer nada para evitar responder a tan sensual examen.

— Eres muy hermosa — murmuró en voz baja.

— ¿Qué haces aquí, Matthew? — preguntó en tono exigente, aunque le temblaba la voz.

Iba vestido con sus inseparables vaqueros, pero esta vez llevaba una camiseta negra sin mangas.

Matthew sonrió con picardía.

— Estoy disfrutando de la vista ahora mismo. Es un placer observarte, Sophia.

— Sólo tengo que gritar para que venga toda la familia. ¿Qué crees que harían si te encontraran en mi habitación?

Matthew se echó a reír.

— Si crees que Jaeden viene a defender tu honor, ojos de tigre, te llevarás un chasco. Además, los dos sabemos que no te pondrás a gritar.

— ¿Estás tan seguro?

— Adelante, no te lo impediré. Veamos qué dirán el primo Jaeden y la tía Helena cuando les diga que he venido a devolverte esto — dijo, mostrando el pendiente con un brillo — . Claro que querrán saber cómo lo conseguí. Sin embargo, si ya les has dicho que me has visitado esta mañana, no tienes de qué preocuparte.

Sus ojos la clavaron, desafiándola.

Sophia le miró fijamente todo el tiempo que pudo, pero finalmente bajó los párpados.

— ¡Maldita sea!

— ¿Por qué no vienes aquí y te sientas cómodamente mientras charlamos? — Sugirió Matthew, palmeando la cama.

Sophia estaba a punto de perder los nervios. ¿Sentarse en la cama a su lado?

¡Estás de broma! Sería como autodestruirse.

— Si has venido a devolverme el pendiente, dámelo y vete. No tenemos nada de qué hablar.

Matthew arqueó las cejas.

— ¿Has olvidado el asunto de tu matrimonio con Jaeden?

— No, no lo he olvidado. He tenido tiempo de pensar y sé que no dirás nada porque, aunque fueras un cazatalentos, Jaeden no creería ni una palabra de lo que dijeras — replicó triunfante.

— ¿Estás dispuesta a correr el riesgo? A Sophia le dio un vuelco el corazón.

— ¡Conozco a Jaeden! — exclamó, olvidando sus dudas sobre él.

Matthew se levantó de la cama con un movimiento felino y se acercó a ella.

— Eso es genial. En ese caso, ya sabes cómo reaccionará cuando le diga que fuimos amantes. Y también le contaré esto... — . — dijo Matthew, poniéndole la mano en el muslo izquierdo. Un lugar muy interesante para tener un lunar.

Sophia soltó un gemido.

— ¡Tú nunca harías una cosa así! — exclamó débilmente. Matthew sonrió.

— No, tienes razón, no lo haré. No te preocupes, ojos de tigre, no le diré nada a Jaeden. Lo harás por tu cuenta.

Sophia palideció al instante.

— ¿Qué?

— Es muy sencillo: o le dices lo tuyo, o yo le digo lo mío. Tú quedarías bien si le dijeras que has cambiado de opinión; pero si me lo dejas a mí, yo le hablaré de lo nuestro.

En cualquier caso, Sophia estaba perdida.

— ¡No puedes hablar en serio! ¡No me das otra opción!

La expresión de Matthew se endureció, se volvió ilegible.

— Piensa lo que quieras, pero decídetelo. No te casarás con Jaeden.

Sophia no podía creer que hubiera llegado a esto.

— ¿Cómo me enamoré de ti?

No se dio cuenta de lo que acababa de decir hasta que Matthew le respondió con voz firme.

— Nunca me quisiste, Sophia, te enamoraste de lo que creías que yo tenía. No debiste jugar conmigo, ojos de tigre, y no debiste volver a acercarte a mí. Todo se paga en esta vida... de una forma u otra — le dijo fríamente.

A Sophia se le heló la sangre.

— Estás decidido a coleccionar algo, ¿verdad?

Matthew se rió.

— Ánimo, querida, todo tiene sus ventajas.

Ella le miró con expresión incrédula.

— ¿Qué... qué quieres decir?

— Me quedaré contigo.

Por un momento Sophia pensó que se desmayaría.

— ¿Qué has dicho? — preguntó automáticamente en busca de tiempo para recomponerse, aunque había oído perfectamente.

— He dicho que me quedaré contigo. No sólo tú sentiste deseo anoche, ojos de tigre. Nadie saciará su deseo contigo hasta que yo lo haga, hasta que yo me sacie contigo. Quiero tenerte de nuevo en mi cama y estoy dispuesto a pagar por ese privilegio. No con el matrimonio, pero puedo darte todo el dinero que tu codicia necesite.

¿No había límites para el daño que quería infligirle? Con un gruñido de decepción, Sophia se apartó de él.

— ¡No pretenderás que acepte ser tu amante!

— Esta es mi oferta, tómala o déjala.

— ¡Antes no eras tan cruel!

Sus labios se curvaron en una sonrisa cínica.

— No he tenido el placer de conocerla. Se dice que las mujeres pueden cambiar a los hombres; por supuesto, las malas mujeres pueden hacer milagros.

— ¡No soy mala! — protestó Sophia con voz entrecortada.

— Eres muy bueno en ciertas cosas. Por eso no entiendo qué te pasa, disfrutaste haciéndome el amor.

— Lo que me propones no sería amor, ¡sino sexo! Matthew se acercó a ella y le pasó las yemas de los dedos por la cara.

— Llámalo como quieras, el resultado es el mismo. ¿O lo has olvidado? Quizá debería recordártelo — , dijo mientras le acariciaba la garganta.

— ¡No!

Esto fue todo lo que Sophia consiguió decir antes de verse sumergida en el mundo de los sentidos al que Matthew la arrastró con su beso.

Bastó que él la tocara para que Sophia ardiera de pasión. Ningún hombre había provocado en ella una reacción semejante. Mientras la lengua de Matthew continuaba su danza erótica, los pechos de Sophia buscaban sus caricias.

Finalmente, con un gemido de placer, Sophia sintió las manos de Matthew sobre sus turgentes pechos, moldeándolos, acariciándolos... Simultáneamente, la boca de Matthew abandonó la suya y la miró a los ojos.

Esa mirada de desafío la hizo apartarse de él hacia su libertad.

— ¡Suéltame!

Pero Matthew la siguió.

— No querrás decir eso.

— ¡Sí, hablo en serio!

Enfadada, Sophia quiso huir, pero Matthew la sujetó con fuerza, apretándola contra él, con la espalda contra su pecho.

— No, no lo hace. Tu cuerpo te lo niega. Todo lo que tengo que hacer es tocarte y

Cogió uno de los pechos de Sophia con la mano y lo acarició circularmente. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

— Y tú eres mía, — declaró, acariciándole la nuca.

Sophia cerró los ojos, incapaz de negarlo. Matthew la conocía, no podía esconderse de él.

— Suéltame, Matthew — susurró Sophia con voz quebrada.

— Todavía tienes que responder sí o no.

En ese momento, Matthew la soltó y ella se volvió hacia él.

— No importa cuánto daño te haya hecho, Matthew, no merezco que me trates así — declaró con toda la dignidad posible.

Matthew arqueó una ceja mientras se alejaba de ella.

— ¿Me dolió? Sólo me ha herido el orgullo. No estoy acostumbrado a ser rechazado; no creo que ningún hombre esté acostumbrado a eso.

— Dada la opinión que tienes de mí, habría pensado que te alegrarías de que huyera — dijo con amargura.

— Me alegro de haber escapado de tus garras. Pero seguimos queriéndonos, Sophia, como antes. No intentes hacerme creer que te resultaría difícil acostarte conmigo.

Sophia no necesitaba que le recordaran que su lenta atracción por él era demasiado fuerte para resistirse. No podía negar que lo deseaba, pero también que lo amaba.

Ella le miró, sin darse cuenta de la profunda tristeza que había en sus ojos.

— Has cambiado, Matthew.

— Deberías estar orgullosa de lo que has conseguido, Sophia. Ahora hay un ingenuo menos en el mundo.

— Será mejor que te vayas.

Sonrió.

— Sí, me voy, pero volveré. No olvides lo que te he dicho. Te doy treinta y seis horas para contestarme; luego iré a hablar con Jaeden.

Capítulo 7

¿Por qué no le decimos a Jacob que prepare el yate? Estaremos mucho más seguros en el mar — , dijo Maliyah a la mañana siguiente durante el desayuno.

Aunque era temprano, el ambiente de la isla parecía el de una sauna.

— Es una gran idea. Tú también vienes, ¿verdad Sophia? — dijo inmediatamente Carol.

Sophia tuvo que admitir que un día en el mar era perfecto para ella. Necesitaba alejarse de la isla y de la posibilidad de encontrarse con Matthew. Él le había dado treinta y seis horas y ella las necesitaba para tomar una decisión. También se le ocurriría algo para evitar el desastre.

— Me encantaría — respondió sin vacilar.

— ¿Y tú, Jaeden? — preguntó Maliyah, volviéndose hacia su hermano.

— Al sargento no le gusta navegar — contestó Carol por él .

A Sophia se le encogió el corazón, sabía que debería haberse quedado con Jaeden. Pero Jaeden sonrió y, sorprendentemente, contestó:

— Si a Sophia le apetece navegar, iré con ella — declaró, cogiéndole la mano y estrechándosela.

Carol echó la cabeza hacia atrás y se rió.

— ¿No es increíble lo que puede hacer el amor? Él nunca habría sido tan valiente conmigo.

No, pensó Sophia, preguntándose por qué Jaeden había decidido acompañarla. De pronto le asaltó una sospecha: Jaeden no había subido al barco porque quisiera acompañarla, sino porque no quería perder de vista a Carol. Inmediatamente, le pareció injusto pensar eso. Jaeden no era responsable del lío en el que ella estaba metida y, mientras ella no rompiera el compromiso, Jaeden seguía siendo su novio y merecía su lealtad.

En ese momento, Jaeden se levantó.

— No quiero perder el tiempo aquí.

— ¿Vienes con nosotros, tía Helena? — preguntó Carol.

— No, querida. Los jóvenes estaréis mejor sin mí. Además, tendré tiempo para mis cosas. Os tendré preparado el almuerzo, así podréis pasar el día paseando.

Todos se levantan de la mesa y se dirigen a sus habitaciones para prepararse.

Sophia no tardó en ponerse el biquini bajo los pantalones cortos y la camiseta, luego cogió su bolso y metió en él el resto de sus cosas. Estaba a punto de salir de su habitación cuando oyó un grito seguido del ruido de alguien que se caía. Llegó a tiempo para ver a Maliyah en el suelo al pie de las escaleras.

— Aguanta, ahora mismo te ayudo — gritó Sophia mientras bajaba corriendo las escaleras — . ¿Se ha hecho daño?

— El tobillo. Me torcí el tobillo, aunque sólo me caí en los tres últimos escalones — , explicó Maliyah mientras se quejaba de dolor.

Sophia la ayudó a sentarse en la silla más cercana y se arrodilló para examinarle el

tobillo. Ya estaba hinchado.

— Creo que se lo dislocó.

— Maldita sea. Eso significa que no puedo navegar hoy. Carol llegó con ellos en ese momento.

— No te preocupes, nos quedaremos contigo. Aún quedan muchos días para zarpar, ¿no crees, Sophia?

Antes de que Sophia pudiera responder, Maliyah la interrumpió.

— No seas tonto. Tienes que irte. No tiene sentido que te quedes aquí sólo porque fui tan tonta como para caerme y torcerme un tobillo. Yo leeré y ustedes dos irán a pasear en bote.

Maliyah no cedió y, al final, Sophia y Carol cedieron y Jaeden las llevó al muelle.

A pesar del mal comienzo, Sophia estaba entusiasmada con la idea de pasar un día en el mar. No había navegado desde... rápidamente, se negaba a recordar. No quería pensar en Matthew y su ultimátum.

— Chicas, id delante mientras traigo la cesta de la comida — sugirió Jaeden cuando llegaron.

Al acercarse al yate, vieron a un hombre a bordo. Su tamaño y su figura hicieron pensar a Sophia: ¡no podía ser! En ese momento, Matthew levantó la cabeza y les saludó. Sin embargo, con Jaeden ya detrás de él, tuvo que seguir avanzando. A su lado, Carol lanzó un grito de placer y corrió hacia el barco.

— ¡Matthew! ¿Qué haces aquí?

Matthew saltó al muelle y los dos se abrazaron, riendo de alegría. Sophia no pudo contener unos celos, seguidos de desesperación. Parecían felices juntos.

A sus espaldas, la reacción de Jaeden la coge por sorpresa.

— ¿Qué demonios está pasando aquí? ¡Bájala, Matthew! ¡Parece que no puedes mantener tus manos fuera de lo que no te pertenece!

Carol parece a punto de contestar, pero Matthew la agarra del brazo y, cuando la suelta, avanza hacia Jaeden.

— Sólo puedes ser novio de una mujer, primo; y que yo sepa, esa mujer es Sophia — señaló burlonamente, mirando a Sophia, que estaba paralizada.

Inmediatamente Sophia sintió una mezcla de angustia y rabia: ¿qué hacía Matthew allí? Le había dado treinta y seis horas.

— ¡Carol es nuestra invitada y está bajo mi protección! — respondió Jaeden irritado. Matthew le miró pensativo.

— ¡Sé lo protectora que puedes ser!

Sophia vio palidecer a Jaeden en un instante.

— ¿Qué demonios estás haciendo aquí, Matthew? ¿Y qué estabas haciendo en mi barco?

Como si esperara estas preguntas, Matthew sonrió.

— Estoy preparando las velas para navegar. ¿No es eso lo que querías?

Jaeden se sonrojó.

— ¿Dónde está Jacob?

— Jacob tiene una herida en la mano y no puede arriesgarse a que se le infecte. Y como yo no tenía nada que hacer hoy, me ofrecí voluntaria para sustituirle. Así que... ¿quieres seguir perdiendo el tiempo o quieres subir a bordo?

Carol miró a su alrededor y luego cogió la mano de Matthew.

— Por supuesto que nos estamos subiendo a bordo, y lo estamos haciendo ahora mismo.

En cuestión de segundos, Carol estaba en la cubierta del barco. Sophia miró a Matthew con furiosa impotencia.

— ¿Y bien? — preguntó Matthew, mirando a Jaeden.

— Toma esto y déjame subir a bordo, — replicó Jaeden molesto.

Matthew, desnudo de cintura para arriba y descalzo, recogió la cesta de comida que le había dado su primo y saltó a la barca sin esfuerzo. Sus ojos azules se clavaron en Sophia, que estaba de pie en el muelle.

— ¿Vienes?

Tras dar un paso al frente, Sophia aceptó la mano tendida.

— Si naufragamos, te denunciaré — dijo.

— ¿Conoces a Matthew? — le preguntó Carol, sacándola de su ensoñación.

Sophia se sonrojó al instante.

— ¿Matthew?

— Sí, Matthew. Le mirabas de forma muy extraña. Pensé que tal vez lo conocías.

Sophia consiguió encogerse de hombros.

— Lo vi la otra noche, aunque no fue un placer.

Carol parecía divertida.

— Te tiraría los tejos, aunque eso disgustara a Jaeden.

Sophia soltó una carcajada forzada.

— Parece que Matthew te tiene mucho cariño — comentó recordando el encuentro.

La expresión de Carol mostraba ternura.

— Lo conozco desde que era niño. Matthew es un gran tipo, el tipo de persona que siempre te ayuda cuando tienes problemas. Algo que no hace mucha gente.

— Carol miró en dirección a donde estaba Jaeden, que ahora había desaparecido en la cabina.

Sophia se sintió como si fuera la única en la oscuridad. Matthew también parecía saber lo que pasaba, y estaba claro de qué lado estaba.

— ¿Por qué no te gusta Jaeden?

Carol se puso rígida.

— No importa por qué no me gusta, mientras te guste a ti — respondió ella.

— ¿Por qué Jaeden no quiere que Matthew te toque?

Carol recogió la bolsa y esbozó una sonrisa formal.

— Tendrás que preguntárselo a él. Bueno, voy a la cabaña a cambiarme. ¿Vienes?

La conversación terminó, dejando a Sophia insatisfecha. Sin embargo, ella tenía sus propios problemas en los que pensar.

— Ahora bajo.

Cuando se quedó sola, se dirigió al timón, donde estaba Matthew.

— ¡Por fin! — exclamó, sonriendo con picardía.

— ¿A qué estás jugando? Me diste treinta y seis horas, ¿o es que te has olvidado?

— Nada. Sólo estoy haciendo lo mío, ojos de tigre.

— ¡Esto no te concierne!

— otra vez — le recordó, y se rió al verla palidecer — . Será mejor que vayas a ver a tu novio, se ha puesto verde.

Matthew volvió inmediatamente al trabajo que había interrumpido y Sophia, tras emitir

un gruñido de desesperación, se alejó.

Se encontró con Carol de camino a la cabaña, la joven llevaba ahora un bikini amarillo, era muy guapa.

— ¿Estás bien? — preguntó Carol, tropezando con un escalón.

— Sí, estoy bien. Sólo que aún no tengo piernas para navegar. ¿Has visto a Jaeden?

— Está en la cama, muriéndose. Dijo que no quiere volver a la vida hasta que lleguemos a tierra firme. No sé por qué se molestó en venir.

Las palabras de Carol hicieron que Sophia la mirara con frialdad.

— Supongo que quería evitar que me contaras algún secreto.

— En ese caso, no me conoces — contuvo la respiración Carol al darse cuenta de lo que acababa de revelar.

— Así que hay algo, ¿eh? ¿Estás enamorada de Jaeden?

Carol rió y su tono no dejó lugar a dudas sobre su negativa.

— Hubo un tiempo en que pensé que sí, pero afortunadamente eso ya pasó. Si quieres saber qué pasó, me temo que tendrás que preguntárselo a él. Puede que te diga la verdad, aunque lo dudo. Todo depende de cómo crea que vas a reaccionar. A Jaeden le gusta manipular a la gente.

Sophia frunció el ceño.

— ¿En qué sentido?

— ¿Todavía no te has dado cuenta de que Jaeden siempre quiere hacer sus cosas? — preguntó Carol antes de empezar a subir las escaleras.

Sophia se encontró sola en cuestión de segundos y más confusa que nunca. No entendía la descripción que Carol hacía de Jaeden; él nunca había intentado obligarla a hacer nada que ella no quisiera. Era un hombre generoso que no se merecía el dolor que Matthew quería hacerle sentir. Sin embargo, no tenía intención de seguir pensando en él ese día.

Siguió hasta la habitación donde estaba Jaeden, pero su llamada quedó sin respuesta, así que lo dejó y se fue a la habitación contigua. Se desnudó y se quedó en el bikini negro que había elegido. Luego se arrepintió de haber elegido aquella diminuta prenda porque Matthew estaría a bordo. Suspiró, cogió la crema solar y fue a reunirse con Carol y Matthew.

Carol charlaba con Matthew mientras éste le daba clases de conducir. El rostro de Sophia se ensombreció de irritación al verlos y les dio la espalda. Puso una toalla en el suelo, se tumbó e hizo todo lo posible por ignorarlos.

— Te vas a quemar. Deja que te ponga un poco de crema — declaró Matthew secamente.

Sophia abrió los ojos y sacudió la cabeza.

— No lo necesito. Además, tú estás al timón.

— Carol está bien, no me necesita — se puso en cuclillas junto a ella, cogió el tubo de crema y la miró fijamente — . No me tienes miedo, ¿verdad, Sophia?

El gesto que hizo bastó para provocar la risa de Matthew; luego esperó el contacto de aquellas manos sobre su cuerpo. Y fue una tortura, pero extremadamente suave. Matthew utilizó la crema para acariciar todas las curvas del cuerpo de Sophia y le desabrochó la parte de arriba del bikini para tener una mano libre hasta sus diminutas bragas.

Sophia se mordió los labios para contener un gemido de placer, pero le resultó

imposible no mover el cuerpo. Finalmente, jadeó cuando los dedos de Matthew acariciaron los costados de sus pechos y se retorció cuando él utilizó la misma técnica en sus piernas.

De repente, todo había terminado, las manos de Matthew ya no la tocaban, dejándola sexualmente excitada y frustrada. El sentido común le decía que debía estar contenta, pero le resultaba muy difícil no perder el sentido común.

— No te quedes mucho tiempo al sol — la amonestó Matthew con tensión en la voz antes de alejarse de ella.

Sophia no sabe cuánto tiempo permaneció allí; pero cuando por fin salió de la especie de trance en que la había dejado Matthew, descubrió que Jaeden se había aventurado a subir a cubierta. Matthew estaba de nuevo al timón y Carol a su lado. Sophia se levantó, se acercó a Jaeden y le dirigió una mirada comprensiva.

— Hola, ya estás mejor. ¿Adónde vamos?

— A una de esas islas — respondió Jaeden, señalando un grupo de tres o cuatro islas al que se acercaban lentamente.

Quince minutos después, anclaron el yate en la bahía de un paraíso tropical.

Llevaron la cesta de comida al suelo y la dejaron a la sombra de unas palmeras.

Jaeden, de nuevo dueño de sí mismo en el suelo, se pone las gafas de sol y se quita la camiseta.

— Está bien, Matthew, ya basta. Puedes recogernos dentro de una hora — dijo Jaeden en tono insultante.

Carol soltó un gruñido y Sophia contuvo automáticamente la respiración, consciente de que a Matthew no le gustaría aquel comentario.

— No soy tu sirviente, primo. Te estoy haciendo un favor, y más vale que no lo olvides. Que yo sepa, esta isla no es tuya y tengo todo el derecho a sentarme donde quiera. Claro, puedes intentar echarme.

— Deja de ser un aguafiestas, Jaeden — interviene Carol — . Hay comida de sobra para todos y deberías darle las gracias por traerla.

— ¿Quieres agradecerle personalmente tus servicios? — preguntó Jaeden con picardía.

— Retira lo que has dicho antes de que te parta la cara, primo — dijo Matthew en tono amenazador.

Jaeden dio un paso atrás, sin dudar de que Matthew cumpliría su amenaza.

— Está bien, está bien... Siento lo que he dicho — respondió Jaeden rápidamente, retrocediendo.

Matthew esbozó una sonrisa desdeñosa.

— Una actitud sabia. Y ahora voy a nadar. ¿Alguien quiere venir conmigo?

No es que Sophia quisiera bañarse con él, sino meterse en el agua para olvidar la desagradable escena que acababa de desarrollarse. Ignorando a los demás, corrió hacia la arena y se zambulló en la primera ola.

Cuando levantó la cabeza hacia la superficie, vio a otro a su lado.

— Jaeden no debería habértelo dicho. Matthew soltó una carcajada seca. — Jaeden no debería haber dicho muchas cosas. — Me alegro de que defendieras a Carol.

Matthew sonrió.

— No tienes por qué estar celosa, ojos de tigre. Carol es como una hermana para mí, pero contigo es diferente. Una mujer como tú hace que un hombre pierda el sueño. De

todos modos, hay un buen remedio para eso — que te agradeceré cuando te decidas.

— Estás seguro de que aceptaré lo que quieras, ¿verdad?

— ¿No es así?

— ¡Hay veces en que te detesto, Matthew Bennett! — gritó, antes de empezar a nadar apresuradamente hacia la playa.

Matthew la siguió.

Cuando Sophia salió del agua, se acercó inmediatamente a Jaeden.

— El agua está muy buena, deberías darte un baño — le dijo a su novio, aceptando la toalla que le ofrecía.

— No parece que hayas echado de menos mi compañía — comentó Jaeden, indicando a Matthew, que ahora estaba con Carol, con un movimiento de cabeza.

— Claro que te he echado de menos, cariño — dijo Sophia, inclinándose para besarle.

La respuesta de Jaeden la cogió por sorpresa. La cogió en brazos, la tiró sobre la arena, se colocó encima de ella y la besó con una tenacidad que debería haberla excitado, pero que la dejó petrificada.

Pero Jaeden no pareció darse cuenta. Cuando levantó la cabeza y le miró, sus ojos brillaron de satisfacción.

— ¡Esto le servirá de lección! — murmuró con voz ronca. Pero por si acaso llegamos a un callejón sin salida....

Bajó la cabeza y volvió a besarla; esta vez, sin embargo, Sophia estaba furiosa por haber sido utilizada de esa manera y utilizó todas sus fuerzas para apartarlo.

— ¡No quiero que me utilices para apostar tanto por ti, Jaeden! Jaeden se disculpó inmediatamente.

— Lo siento, querida, pero no soporto a esos dos. ¿Me perdonas?

— No.

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Das la impresión de estar celoso, de que no te gusta que Carol prefiera a Matthew antes que a ti!

Jaeden se quedó mirándola como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

— ¡Te arrepentirás de lo que has dicho! — dijo antes de levantarse y alejarse de Sophia.

Cuando se quedó sola, apoyó la cabeza en los brazos y sintió un inmenso alivio. Había cosas de Jaeden que no había entendido hasta ese momento, cosas que no le gustaban. Jaeden no tenía derecho a utilizarla así.

— El almuerzo está listo — gritó Carol.

Pero Sophia había perdido el apetito. Fingió estar dormida, pero en la paz y el calor del lugar se quedó realmente dormida. Cuando se despertó, el lugar estaba tan tranquilo que pensó que se había quedado sola. Pronto descubrió que Matthew estaba bajo una palmera, aparentemente dormido. Jaeden y Carol no estaban. Sophia frunció el ceño y se sorprendió al oír la voz de Matthew.

— Carol volvió al barco y Jaeden no regresó.

— ¿Qué?

— Ya me has oído.

— ¿Jaeden no ha vuelto? ¿De dónde?

— Se fue hace un par de horas. No te preocupes, estará en alguna parte maldiciendo su suerte. ¿Qué le has dicho para que se enfade tanto?

— No es asunto tuyo — dijo.

— Me lo imagino.

En ese momento, Matthew se acercó a ella, hasta tumbarse a su lado.

— ¿Te romperá el corazón dejarlo? — preguntó Matthew en tono burlón.

Sophia se sintió como si la hubieran apuñalado.

— ¡Castellano!

Sus ojos brillaron con un destello de advertencia.

— Soy lo que tú me hiciste ser, cariño; y sea lo que sea, es lo que tú quieres, — levantó una mano y le acarició los labios con la yema de un dedo. Lo has pasado mal sin mí?

Sophia cerró los ojos con dolor. Sí, lo había pasado mal sin él.

— ¡No seas tan engreído!

— No lo soy, es la verdad.

— ¡Maldito Matthew!

Pero a pesar de aquellas palabras, Sophia acogió su beso con un suspiro de satisfacción, dejándose acariciar por todo su cuerpo, hundiéndose en aquel placer incomparable...

Capítulo 8

Aún era muy temprano. Después de dar vueltas en la cama toda la noche sin poder conciliar el sueño, Sophia se vistió y bajó a la playa. Miró a lo lejos y se fijó en las nubes cumuliformes del este. Tenía que ser la tormenta de la que había hablado Matthew. Lo deseó con toda su alma, cualquier cosa que interrumpiera el agobiante calor era bienvenida.

Dejó escapar un suspiro y siguió caminando lentamente. Con razón no había podido dormir: era hora de tomar una decisión. Después de aquellos momentos en la playa el día anterior, esperaba que Matthew fuera a verla por la noche. Cuando no lo hizo, no supo si alegrarse o lamentarse. Si venía a verla, ¿le permitiría que le hiciera el amor?

Pero él no se había ido y ella aún no se había decidido. No sabía qué decirle. No, no lo sabía. Sabía lo que debía responderle, pero aún se aferraba a un hilo de esperanza.

Se hizo daño en el pie con una roca y volvió dolorosamente a la realidad. Junto a la playa había rocas que de vez en cuando formaban pequeñas ensenadas. Estaba indecisa entre cruzar a continuación o volver a la casa, cuando se le unió el sonido de unas voces. Se detuvo inmediatamente al reconocerlas. Eran Jaeden y Carol. En lugar de retroceder, avanzó en silencio hasta que pudo oírlos con claridad.

— Oh, eres tú. ¿Qué quieres, Jaeden? — dijo Carol para despedirse, con decepción. La risa de Jaeden fue igualmente desdeñosa.

— Quiero tener una charla privada contigo.

— Por lo que a mí respecta, no tenemos nada que decirnos — replicó Carol.

— Quiero saber por qué estás aquí — dijo Jaeden en tono irritado.

— Me di cuenta de que lo que pasó no fue culpa mía. Te desprecio, Jaeden, y vine a tu casa para decírtelo. Maliyah es mi amiga y no dejaré que destruyas nuestra amistad.

— ¿Es esa la única razón por la que has venido?

— ¿Qué otra razón podría haber?

— Si vas a hablarle a Sophia de nosotros, olvídalo; si no, haré que te arrepientas — dijo Jaeden en tono amenazador.

La risa de Carol indicaba que no estaba alarmada por su agresividad.

— Lamento haberte conocido. Escucha, asqueroso, puede que en el pasado estuviera tan ciega como para enamorarme de ti, pero me curé cuando descubrí que me engañabas a mis espaldas mientras intentabas ponerme el anillo en el dedo.

— Yo rompí con esa mujer hace meses, tal y como te dije — replicó enfadado.

— ¡Y yo te dije que no podías ser fiel a una sola mujer y que no tardarías en traicionarme con otra! — ¡Dios mío, incluso lo negaste, hasta que te dije que lo había visto con mis propios ojos!

— ¡Nunca te habrías enterado si Matthew no te lo hubiera dicho!

— y le estoy eternamente agradecida. Si Matthew no me hubiera dicho que me eras infiel con una doncella, habría cometido el error de casarme contigo.

Eso es lo que era! pensó Sophia, desconcertada. Jaeden y Carol estaban saliendo, pero él tenía una aventura con una camarera. Cuando Carol se enteró, rompieron el

compromiso. Sophia no podía creer que supiera tan poco del hombre con el que pensaba casarse.

— Sabes que te encuentro más atractiva que nunca. Si aún fueras mía, creo que no volvería a hacer lo que hice. Los dos somos adultos y tú me querías antes. Todavía te quiero, Carol.

Sophia apenas podía creer lo que oía.

— ¡Eres un sinvergüenza! ¡Eres el novio de Sophia y te vas a casar con ella!

— No puede hacerle daño si no se entera. Si somos discretos, puedo acabar con los dos.

Sophia no se quedó a escuchar el resto, ya había oído más que suficiente.

El desayuno estaba servido en la terraza de la casa, pero no había nadie sentado a la mesa. No entendía cómo todo podía parecer tan normal cuando acababa de descubrir que el hombre con el que planeaba casarse era un completo desconocido.

— Buenos días, querida, — dijo la señora Townsend, sacándola de su ensueño.

Sophia se volvió de repente, sin haber oído acercarse a la otra mujer.

— Buenos días.

— ¿Te pasa algo, Sophia? Estás un poco pálida.

Entonces Sophia miró su anillo de compromiso y, nerviosa, empezó a darle vueltas alrededor del dedo.

— Estoy bien... Bueno, en realidad no. Ahora que estás aquí... aunque no sea lo correcto... Verás, he decidido no casarme con Jaeden.

Sophia miró a la señora Townsend, que ni se inmutó.

— No parece sorprendido.

La Sra. Townsend dejó escapar un leve suspiro.

— No, no me sorprende, aunque es una pena. Creo que habrías sido una buena esposa para mi hijo, y créeme, él necesita una buena esposa. ¿Puede decirme por qué?

Sophia se mordió el labio.

— Es un asunto personal — respondió finalmente.

— No estoy ciego, querida. Conozco los defectos de mi hijo. Esperaba que le hicieras cambiar; sin embargo, si no es el hombre adecuado para ti, creo que lo correcto es que no te cases con él. Nunca te cases por interés propio, Sophia. Yo me casé por seguridad y estatus social. Quiero a mis hijos, pero nunca quise a su padre. Por eso la posición de nuestra familia es tan importante para mí. Es lo único que tengo.

Aquella mañana se aclaraban muchas cosas.

— ¿Es por eso que no perdonas a Matthew, por tomar parte en la herencia?

La otra mujer la miró con respeto.

— Eres lista, Sophia. Sí, por eso. Matthew heredó unas tierras que yo quería para Jaeden.

Sophia frunció el ceño.

— Sin embargo, Matthew no parece tener nada contra ella.

— Es natural. Matthew tiene tierras valiosas que no está dispuesto a vendernos. Me temo, querida, que no serás capaz de persuadirme para que vea con buenos ojos a Matthew.

Sophia se dio cuenta de que Helena Townsend nunca cambiaría de opinión sobre Matthew. No le gustaba la injusticia que la mujer estaba cometiendo, pero tenía otros

problemas en ese momento.

— ¿Puedo usar el teléfono?

— Por supuesto, querida. Y si veo a Jaeden, le diré que quieres hablar con él.

Sophia se puso tensa. Jaeden era la última persona a la que quería ver, pero tenía que hacerlo.

— Sí, gracias. Y gracias por su comprensión. Sé que es una situación delicada.

— Sobreviviré — una repentina ráfaga de aire hizo que Helena ladease la cabeza — . La tormenta llegará pronto, Matthew tenía razón.

Sophia se quedó mirando las nubes que avanzaban. Después de excusarse, fue a hacer una llamada. Había un problema de huso horario, pero la llamada no podía esperar.

— ¿Sí? — respondió una voz somnolienta.

— Me llamo Sophia Watts, doctor. Siento llamarle tan temprano, pero me ha surgido algo y necesito saber cómo va la operación — dijo Sophia disculpándose.

— Oh, sí, Sophia. Estaba a punto de ponerte en contacto contigo. Todo va según lo previsto. Ya hemos reservado el vuelo y esperan a tu madre en el hospital dentro de diez días. Todo lo que tiene que hacer es enviar el cheque, que tiene que llegar a finales de esta semana. ¿Puede hacerlo?

Sophia cerró los ojos. Era la mejor noticia, pero también la peor.

— Sí, por supuesto. El dinero estará allí e iré al aeropuerto. Gracias por todo, doctor.

— Es un placer, Sophia. Buenas noches, Sophia.

— Buenas noches — respondió Sophia antes de colgar.

Tenía que conseguir el dinero a toda costa. Tenía dos opciones y eligió la que le causaría menos dolor.

Se levantó y fue en busca de Jaeden. Lo encontró en su dormitorio.

— Perdona, querida, ¿me buscabas? Estaba a punto de ir a preguntarte si querías ir a nadar conmigo — dijo Jaeden en tono animado, avanzando hacia ella con los brazos extendidos.

Sophia levantó la mano para detenerle. Si él la hubiera tocado, ella podría haberle abofeteado.

— Sí, estaba buscando que me lo devolvieras, — ella le mostró el anillo de compromiso que se había quitado del dedo. No me casaré contigo, Jaeden.

Se quedó perplejo, mirando el anillo como si fuera una serpiente venenosa. Sin embargo, al cabo de unos segundos, su expresión cambió a una de furia.

— ¿Cómo que no quieres casarte conmigo? — preguntó irritado. — Es por Carol, ¿no? Ella te lo dijo, ¡maldita sea!

— Carol no tiene nada que ver. La verdad es que pensé que podría casarme contigo, pero no fue así. No te quiero, Jaeden. No te quiero, Jaeden. Pensé que podría amarte, pero sé que no puedo.

No se refería sólo a eso, pero aún tenía que pedir un favor y no podía permitirse rechazarlo. Por lo tanto, no comentó lo que había oído aquella mañana en la playa.

— ¡Pero si te quiero! — Exclamó Jaeden, agarrándola por los hombros.

— Lo siento.

Entonces Jaeden la apartó de un empujón.

— ¿Para qué lo necesito si te importa?

Sophia se mordió el labio.

— Mejor oírlo ahora que después.

— ¡Ahórrate tus divagaciones! Si ya has dicho lo que tenías que decir, será mejor que te vayas.

— Todavía hay algo que me gustaría preguntarte.

Jaeden la miró largo rato antes de reírse.

— ¡Tengo un as en la manga y no me había dado cuenta!

La sonrisa de Jaeden la hizo estremecerse.

— ¿Qué quieres decir?

— Todavía necesitas dinero, ¿verdad, cariño?

— Sabes que sí. Dijiste que me ayudarías — le recordó.

— Claro que te lo he dicho — volvió a reír Jaeden — . Pero te deseaba y habría dicho que sí a cualquier cosa con tal de tenerte. ¿De verdad crees que te habría dado ese dinero a cambio de nada?

— Me has mentido — dijo Sophia con incredulidad.

— No necesariamente. Después de todo, todavía te quiero y todavía necesitas dinero. Lo tendrás si te casas conmigo.

— Carol tenía razón, ¡eres un canalla!

Jaeden estaba furioso.

— ¡Lo sabía, te lo ha contado todo!

Ahora Sophia sonreía.

— No, te he oído hablar sin que te dieras cuenta. Pues déjame decirte algo, Jaeden: puede que necesite ese dinero, pero no aceptaré chantajes. Así que ya sabes lo que puedes hacer con tu dinero.

Sophia giró sobre sus talones y salió de la habitación dando un portazo.

En su habitación, sacó una silla de la terraza y se sentó en ella. Jaeden era odioso. Ahora, sin embargo, sólo le quedaba una opción. Matthew. Ya no podía destruir su relación con Jaeden, pero él le había hecho una oferta que se vio obligada a considerar. Matthew la quería y pagaría por ella. Al menos era un trato y no un chantaje. Si ella no lo amaba, sería mucho más fácil lidiar con el odio de Matthew hacia ella.

De repente, el viento empezó a soplar con fuerza. Sophia levantó la vista y vio nubes negras en el horizonte, pero mucho más cerca que antes.

Cuando bajó a comer, el viento era violento. No le sorprendió encontrar a todo el mundo en la terraza con los ojos fijos en el cielo.

— Venía a buscarte — comentó Maliyah, apoyándose en su bastón.

Sophia apartó inmediatamente una silla de la mesa y la ayudó a sentarse.

— ¿Sí?

— La tormenta será fuerte y no sabía si estabas preparado.

— Yo no. Odio las tormentas — admitió Sophia, temblando.

Carol se unió a ellos.

— Jaeden debería hacer algo — dijo, y luego frunció el ceño al comprobar que Sophia no llevaba anillo de compromiso en el dedo — . ¿Dónde está tu anillo?

— El sargento y yo hemos decidido no casarnos — respondió brevemente, mirándole a él, que estaba junto a su madre.

En ese momento, los ojos de todos se fijaron en el hombre que acababa de doblar la esquina de la casa.

— Sabía que os encontraría aquí jugando a la familia feliz en lugar de hacer lo que deberíais estar haciendo — dijo Matthew con reproche — . ¡Ni siquiera se te ocurrió cerrar las persianas!

— Matthew, en serio, ¡te tomas demasiadas libertades! — se quejó la señora Townsend.

— Hace días te dije que se avecinaba una tormenta y que tenías tiempo de sobra para prepararte. La tormenta no esperará a que estés preparado, ya lo sabes.

Ahora nos caerá encima y ¡será de verdad!

Jaeden, enfadado, se acercó a él.

— Hay tiempo de sobra. Los criados saben lo que hay que hacer. Matthew sonrió cínicamente.

— Por supuesto que lo saben y lo hacen. Antes de venir aquí, los mandaba a casa a cuidar de sus familias.

La Sra. Townsend se quedó boquiabierta.

— ¡No tenías derecho a hacer eso!

— Tienes razón, porque esto es algo que deberías haber hecho tú mismo en lugar de quedarte aquí mirando el panorama.

Dolida por el tono de Matthew, la tía reacciona.

— Para tu información, no estábamos pensando en nada. De hecho, Jaeden estaba decidiendo qué hacer.

— ¡Qué bien! Desgraciadamente es un poco tarde para eso. En mi opinión, tenéis una hora y media, dos como mucho, para cerrar la casa antes de que estalle la tormenta. Tía Helena, tú y Maliyah entren en la casa y comiencen a cerrar todas las ventanas. Jaeden puede ayudarme con las persianas.

Por primera vez, nadie contradijo su derecho a dar órdenes.

— ¿Qué podemos hacer? — preguntó Carol. Matthew miró a su alrededor antes de contestar.

— Hay demasiados muebles desparramados para mi gusto. Trae todo lo que puedas.

— ¿Y yo? — preguntó Sophia mientras Carol se apresuraba a cumplir las órdenes de Matthew.

— Ven conmigo para ayudar con las persianas también.

Trabajaron en equipo. Las primeras gotas de lluvia cayeron mientras miraban los últimos postigos; en pocos minutos llovía torrencialmente. Cuando por fin llegaron a la seguridad del vestíbulo de la casa, la ropa se les pegaba al cuerpo.

— ¿Estás bien? — preguntó Matthew, viéndola limpiarse la cara.

— Estoy un poco mojado. En realidad es bastante refrescante. Matthew se echa el pelo hacia atrás y se echa a reír.

— Si llevaras media hora ahí fuera, no pensarías eso. De todos modos, aquí estarás relativamente a salvo — le aseguró Matthew.

Matthew había trabajado como un demonio para ayudar a una familia que no le había expresado su gratitud. Pero Sophia no tenía intención de rendirse.

— Gracias por tu ayuda. No podríamos haberlo hecho sin ti, ¿verdad, Jaeden? dijo Sophia mirando a su ex novio.

— No te entretengas por nosotros, Matthew. Debes estar ansioso por volver a tu guarida.

Sophia no daba crédito a lo que oía.

— ¡Si le pasa algo por echarlo de aquí, Jaeden, te aseguro que te arrepentirás!
No sólo eres desagradecido, ¡eres un desagradecido!

Antes de que Jaeden pudiera responder, lo hizo Matthew.

— Bueno, no pensaba quedarme. No te preocupes, estarás a salvo. Y no salgas a menos que sea absolutamente necesario. Hasta pronto.

Sophia se quedó mirando la puerta cuando Matthew se marchó.

— ¿Cómo has podido echarle así? — preguntó enfadado.

Jaeden se encogió de hombros.

— No soy responsable de lo que le ocurra.

— ¡Él no viene a ti! Pero aún así vino a ayudarnos. ¿Cómo pudiste hacer algo así?
¡Cualquier cosa puede pasarle ahí fuera!

Hubo un breve silencio; luego Jaeden adoptó una expresión de burla.

— Tengo la impresión de que te preocupas demasiado por este pariente mío. ¿Cuál es el problema, Sophia?

Inmediatamente, Sophia bajó los párpados para ocultar la expresión de sus ojos.

— No tiene nada de malo, salvo la preocupación natural por otro ser humano. Sean cuales sean tus sentimientos hacia él, no deberías haberle echado de casa.

— Bueno, yo no voy a salir para traerlo de vuelta, ¡y tú tampoco! Además, ya le has oído, aunque le hubiera dicho que se quedara no lo habría hecho.

Pensando con lógica, Sophia sabía que la tormenta estaba empezando, lo que daba a Matthew tiempo suficiente para refugiarse en el interior. Matthew sabía lo que hacía. Estaría a salvo.

Sin embargo, si algo le hubiera ocurrido a Matthew, no lo habría soportado. Sólo podría soportar seguir en el mundo si Matthew estaba allí, vivo. En ese instante, supo que tenía que llegar hasta él. Su miedo a las tormentas no era nada comparado con otras terribles posibilidades. Tenía que saber que él estaba bien... o estar con él si algo le ocurría.

Corrió a la cocina, encontró una linterna y un mackintosh en un armario. Luego, antes de que los presentes pudieran sospechar lo que pretendía, salió por la puerta trasera.

La fuerza de la tormenta la golpeó en cuanto abandonó el refugio del porche. Entonces el viento la sacudió de tal manera que apenas podía mantener los pies en el suelo. Doblando el cuerpo, se dirigió hacia el sendero.

La oscuridad era casi total y la antorcha la iluminaba. Cada vez que algo se rompía en la arboleda, se asustaba; y cuando una palmera caía delante de ella, soltaba un grito.

El viaje fue una pesadilla, pero se negó a dar marcha atrás mientras sorteaba los árboles caídos e ignoraba los arañazos y las heridas en las piernas. Sólo sabía que tenía que llegar hasta Matthew. No sabía cuánto tiempo le había llevado, pero cuando llegó a la cuesta que conducía a su casa, estaba agotada. En cualquier caso, el edificio parecía intacto. Lo único que la preocupaba era que no podía ver la luz a través de los huecos de las contraventanas.

Se le encogió el corazón: ¿dónde estaba Matthew, no había llegado? Conteniendo el miedo, se dirigió al porche. Cuando la puerta no se abrió, dio un portazo con todas sus fuerzas.

— ¡Matthew! ¡Maldita sea, Matthew, tienes que estar bien! ¡Matthew!

Sus gritos se ahogaron cuando la puerta se abrió y la luz del interior de la casa la cegó momentáneamente.

— ¿Qué demonios? — Matthew se interrumpió y la miró asombrado: — ¡No puede ser! Vamos, entra, ¡estás loca!

Irritado, tiró de ella hacia el interior de la casa y luego cerró la puerta. Sophia dio un paso temblorosa antes de caer de rodillas al suelo.

— Te dije que no salieras de casa. ¿Por qué demonios has venido aquí? — preguntó con fiereza, mientras se arrodillaba a su lado y le tiraba de la cara con expresión angustiada.

— ¡Y aparta esa luz, que me ciega!

— Estoy tratando de ver si estás bien.

— Por supuesto que estoy bien — dijo.

Pero hizo una mueca de dolor al apartarse un mechón de pelo de los ojos. Bajó la mano y vio que estaba manchada de sangre.

Matthew dejó escapar un suspiro.

— Sí, claro que estás bien. Estás dolorida y probablemente magullada, pero no, Sophia Watts está bien — dijo con sarcasmo mientras la levantaba del suelo.

Después de todo lo que le había costado llegar hasta allí, Sophia no estaba satisfecha con el recibimiento.

— ¡Deja de gritarme! — Y, para su sorpresa, rompió a llorar.

Matthew también se sorprendió; por un momento permaneció en silencio. Luego la condujo con cuidado al sillón más cercano.

— Estás loca, ¿lo sabes? — dijo con voz suave.

— Muchas gracias.

— Por el amor de Dios, Sophia, ¿no te das cuenta de que podrías haber muerto por nada? — preguntó Matthew mientras examinaba la herida de la cara de la mujer.

— ¡Y tú también, y para nada!

Sus ojos azules se fijaron en los dorados de Sophia.

— ¿Tanto interés en mí?

Ella le miró desafiante.

— Obviamente, desperdiciado. ¡Debería haberme dado cuenta de que esta ruina no puede caer sobre alguien como tú, Matthew Bennett!

— Aunque no lo parezca, la estructura es muy fuerte — le informó Matthew.

— De acuerdo. En ese caso, puedo volver, ahora que sé que estás bien.

— No vas a ninguna parte.

— ¡No podéis detenerme!

— ...que no puedo detenerte? Vamos, Sophia... Lo primero que tenemos que hacer es conseguirte ropa seca y luego examinaremos tus heridas. Ven conmigo.

Obedientemente, Sophia se levantó y le siguió.

Sabía que no iba a ir a ninguna parte, que se iba a quedar allí y eso era lo que quería.

Capítulo 9

Matthew la llevó a otra habitación amueblada tan espartanamente como la primera. Era un dormitorio, pero la cama no tenía colchón.

¿Estaba Matthew durmiendo en sueños? Sin embargo, antes de que formulara la pregunta en voz alta, Matthew la condujo a un rincón de la habitación, abrió una trampilla y vio que había luz debajo.

Bajaron un tramo de escaleras hasta un sótano y Sophia miró a su alrededor, iluminado por la luz de dos lámparas sobre una mesa. En un momento descubrió el colchón que se le había escapado en la habitación de arriba y dos mantas.

— Una casa dentro de otra casa — , comentó secamente.

— Bienvenidos al sótano de tormentas. Mi abuelo debió de construirlo para estas ocasiones — contestó Matthew con una sonrisa maliciosa.

— Si estás tan seguro de que la casa es tan fuerte, ¿por qué has venido aquí?

— La casa, como cualquier otra, no se sostendría si le cayera un árbol encima — respondió razonablemente antes de volverse hacia una bota de la que sacó una camisa

— . Tendrás que conformarte con esto hasta que se seque tu ropa. No tengo mucha ropa aquí. Sécate primero con una de las mantas.

— ¿Qué quieres hacer, mira? Matthew le entregó la camisa.

— Has olvidado que ya te he visto desnuda — observó secamente — . No obstante, estoy dispuesta a darme la vuelta, pero tendrás que darte prisa.

— Gracias.

Mientras Sophia se secaba y se ponía la camisa, Matthew se sirvió dos tazas de café de un termo.

— Te queda mucho mejor que a mí — comentó Matthew cuando consiguió darse la vuelta.

— No sé qué aspecto tienes, sólo te he visto en vaqueros y camiseta de tirantes, — respondió ella.

— Sabes una cosa, ojos de tigre, te preocupan demasiado las apariencias, ¿verdad? Llevar vaqueros no significa que un hombre no pueda permitirse llevar otra cosa: ¡ni siquiera un millonario se pondría un traje de chaqueta para ir a navegar! Ahora siéntate y déjame examinar estas heridas.

Matthew tenía razón, había sacado demasiadas conclusiones sin fundamento; pero eso se debía a que sólo había mirado al hombre, no a sus bolsillos. Cuando lo conoció, no buscaba a un hombre rico; por lo tanto, no se le había ocurrido que Matthew pudiera serlo.

Desanimada, Sophia se sentó en el colchón y Matthew procedió a examinar la herida de la cabeza.

— Es superficial, sólo un rasguño. No te preocupes, no te impedirá ponerte delante de las cámaras — dijo finalmente Matthew — . Supongo que volverás a trabajar ahora que ya no eres la señora de Jaeden Townsend IV, ¿no?

Sophia le miró con expresión sorprendida.

— ¿Cómo lo sabes?

En respuesta, Matthew le agarró la mano donde llevaba el anillo y luego la soltó.

— ¿Quieres restregármelo por las narices?

— ¿Por qué iba a hacer algo así? — preguntó en voz baja, irritándola sobremanera.

— Porque ganaste.

— No lo dudé ni un momento. ¿Lo dudaste?

Esto dolió enormemente a Sophia, porque había luchado tanto para que las cosas fueran diferentes. Sin embargo, allí estaba, como al principio... sola sin lo que más quería en el mundo.

— ¿Quién te dijo que pensaba dejar mi trabajo después de casarme?

— Déjame ver tus piernas — ordenó; Sophia estiró la pierna y Matthew examinó los araños antes de empezar a limpiarlos con cuidado. A muchos hombres ricos no les gusta que sus mujeres trabajen. En mi opinión, Jaeden es uno de ellos.

Sophia tragó saliva para poder contestarle, porque tenía una de las manos de Matthew en el muslo y, con la otra, le estaba frotando un algodón en el muslo de tal manera que la hizo estremecerse.

— ¿Y tú? ¿Permitirías que tu... esposa... trabajara? — preguntó Sophia con voz temblorosa, el placer era demasiado intenso.

Matthew esbozó una sensual sonrisa mientras soltaba una pierna para agarrar la otra, lo que no ayudó a Sophia a calmarse.

— Si quisiera, claro que lo haría. La necesidad de trabajar no va necesariamente unida a la necesidad de ganar dinero, aunque ese sea el resultado. Muchos de nosotros necesitamos sentirnos útiles. Necesitamos hacer un esfuerzo físico y mental... para ayudar a los demás.

— Hay gente que diseña y construye barcos — añadió, recordándole lo que no le había dicho.

Matthew tiró el algodón usado, pero no le soltó la pierna. Al contrario, empezó a acariciarla, mirándola fijamente a los ojos.

— ¿Sigues regañándome, ojos de tigre? Me cuesta aceptar tus críticas. Dime, ¿qué te hizo dejar al pobre primo Jaeden? ¿Te preocupaba lo que pudiera decirle, o por fin te diste cuenta de que conmigo, además de dinero, también puedes obtener placer?

El dolor de esas palabras le estrujó el corazón.

— ¡Malditos sean! — gritó Sophia tratando de liberar su pierna, pero fue en vano.

— ¿Más lágrimas, ojos de tigre? ¿A quién quieres engañar? ¡No te engañes, esto es amor!

— ¡Está bien, no lo haré!

Antes de que Sophia pudiera reaccionar. Matthew la empujó sobre el colchón, inclinándose sobre ella. Se miraron fijamente a los ojos.

— Siempre acabamos peleándonos... cuando es lo último que me apetece hacer ahora mismo, — murmuró Matthew con voz ronca.

Matthew le acarició la cara y le apartó el pelo que se le había pegado a las mejillas.

— ¿Qué quieres hacer entonces? — preguntó en un susurro apenas audible, consciente de que ella le estaba invitando.

Matthew acarició sus labios con los suyos antes de profundizar el beso, sumergiéndola en un mundo de pasión embriagadora.

— ¿Qué quiero hacer? — dijo finalmente, levantando ligeramente la cara. Quiero

perderme dentro de ti. Quiero enterrarme muy dentro de ti, donde ningún otro hombre ha estado jamás.

Y de nuevo se apoderó de la boca de Sophia con erótica sensualidad.

Sophia le rodeó el cuello con los brazos, queriendo que supiera que ya estaba allí, muy dentro de él, y que siempre lo estaría. El amor que sentía por él la hacía suya, aunque Matthew no lo supiera.

Ella respondió a sus besos con la generosidad de su amor y sintió la sorpresa de Matthew cuando acarició su lengua con la suya. Matthew se separó de ella y frunció el ceño.

— ¿No resistirás?

Sophia se humedeció los labios, cada vez le costaba más respirar.

— Te deseo demasiado — respondió ella con sinceridad, dándole la única respuesta que Matthew podía entender.

Entonces Matthew le abrió la camisa para acariciarle los pechos excitados.

Sophia se estremeció sensualmente, sintiendo cómo su cuerpo se hinchaba bajo su ardiente mirada. Hundió los dedos en el pelo de Matthew y le besó con sexualidad instintiva, deseosa de darle placer porque su alma se lo pedía a gritos. Amaba a aquel hombre y nada de lo que hicieran sería sórdido. Le habría hecho el amor, lo supiera Matthew o no.

Matthew respondía a sus besos con ternura, con cariño. Sophia sabía que la deseaba, sentía la dureza de su erección a pesar de los pantalones, pero el control que tenía sobre sí mismo era asombroso. Matthew se movía con exquisita lentitud, llevándola al límite del control. Y cuando sus manos la acariciaron íntimamente, ella abrió las piernas con urgencia, con necesidad.

Finalmente, Sophia empezó a jadear su frustración, suplicando la satisfacción que Matthew seguía negándole, y vio sus ojos brillar de satisfacción. Entonces, sentándose, Matthew se desnudó rápidamente antes de tumbarse junto a ella. Matthew se ofreció a ella abiertamente, invitándola a hacerle lo que él acababa de hacerle a ella, y Sophia aceptó encantada. Lo torturó con la misma delicadeza con la que él la torturaba a ella y lo sintió estremecerse bajo sus caricias.

Su unión fue salvaje. Sophia sintió a Matthew entre sus muslos antes de sentirlo dentro de ella; cuando esto ocurrió, gritó de placer y rodeó su cuerpo con las piernas. Se movió con él, aferrándose a Matthew mientras la tensión crecía hasta que explotaron de placer. Ambos gritaron al unísono ante la intensidad de la sensación.

Entonces llegó la calma.

Sophia suspiró, se sentía tan cómoda que no quería abrir los ojos. Se sentía segura y sabía que se lo debía a los brazos que la rodeaban. Oyó su respiración rítmica y entonces recordó.

El sótano estaba igual, no había forma de saber si era de día o de noche o cuánto tiempo llevaba dormido. ¿Había cesado la tormenta?

Y también pensó que lo que había pasado entre ellos aquella noche no había cambiado mucho. Habían compartido pasión, no amor... o eso pensaba Matthew. No podía soportar la idea de que él no la amara. ¿Tenía que contárselo todo? Quería hacerlo con todo su corazón, quería contarle lo de su madre, pero dos cosas se lo impedían.

Alicia Watts era una mujer muy orgullosa a la que le molestaban la compasión y la

caridad. Había jurado a sus hijos guardar el secreto de su enfermedad. Sophia sólo había obtenido permiso para contárselo a Jaeden porque casi se había convertido en parte de la familia. No ocurría lo mismo con Matthew. Matthew no la quería, no tenían futuro. Por lo tanto, aunque le hubieran permitido contárselo, no lo habría hecho. Decírselo no habría hecho que se enamorara de ella milagrosamente. Habían pasado demasiadas cosas de las que Sophia no se sentía orgullosa. Tampoco quería su compasión.

Así que sólo quedaba una opción. A su lado, Matthew suspiró.

— ¿Por qué tan pensativo?

Sophia hizo un gesto de dolor, sin darse cuenta de que Matthew estaba despierto y la observaba.

— Es por la mañana — respondió simplemente, mientras cogía la camisa de Matthew, que se la puso inmediatamente.

Matthew se apoyó en un codo para incorporarse ligeramente y luego acarició el muslo de Sophia con la punta de los dedos.

— ¿No sabes que el mañana nunca llega?

Sophia soltó una carcajada cínica.

— Está llegando, créeme. Y otra cosa: creo que hicimos un trato, ¿no?

Matthew sonrió, continuando con sus caricias.

— Me gusta cómo manejas los negocios.

Sophia le dio una palmada en la mano porque, desgraciadamente, quería que continuara.

— ¡Hablo en serio, Matthew!

— Sí, ya lo veo. Tengo la impresión de que has aprendido la primera regla de los negocios, ojos de tigre. Me has bajado las defensas, así que será mejor que me digas lo que quieres ahora mismo. Sophia tragó con fuerza.

— Queréis seguir siendo amantes, ¿no?

Matthew se sentó hasta que estuvo demasiado cerca de ella para la comodidad de Sophia.

— Después de anoche, sé que tampoco te molesta la idea. En cierto modo, Matthew parecía más cálido que los últimos días.

— Ese no es el punto. La cuestión es que he cumplido mi parte del trato. Y ahora te toca a ti — , declaró con voz ronca.

Sophia sintió un cambio repentino en él, una tensión.

— ¿Qué quieres decir?

— La otra noche hablaste de... dinero.

Aquellas palabras quedaron suspendidas en el aire. Cuando Matthew habló por fin, lo hizo con voz gélida.

— ¿Y cuánto crees que vales?

Sophia quería llorar de desesperación, algo dentro de ella se estaba muriendo. Sin embargo, contestó con voz uniforme la cantidad de dinero necesaria para la operación de su madre. Matthew contuvo la respiración durante unos segundos y, cuando la obligó a mirarle, vio que apretaba con fuerza la mandíbula para contener la rabia.

Luego, cuando Matthew sonrió, fue como clavarle un cuchillo.

— Está bien, ojos de tigre, te haré un cheque por esa cantidad. Pero tenga la seguridad de que tengo la intención de conseguir mi dinero vale la pena.

Sus mejillas enrojecieron.

— Un acuerdo es un acuerdo.

Las palabras de Matthew bastaron para ponerla bruscamente de rodillas, luego la agarró por los hombros y la sacudió.

— Maldita sea, Sophia, ¿no puedes dejar de ser codiciosa por un momento?

No fue codicia, sino necesidad.

— ¡Son tus reglas!

— Es cierto, pero no creí que los siguiera tan de cerca.

— En este caso, te equivocaste.

— Parece que me he equivocado en muchas cosas — dijo con desprecio.

Inmediatamente Matthew se levantó, cogió su ropa y se la puso.

— Será mejor que te vistas. Voy a ver qué daños ha causado la tormenta.

Cuando Matthew se marchó, Sophia se vistió rápidamente. Había hecho lo que tenía que hacer y ya no importaba.

Cuando subió del sótano, el mundo estaba más o menos como lo había dejado, aunque un poco más frío. Matthew estaba en el porche, limpiándolo de ramas y maleza.

— La carretera debería estar bien, no ha habido muchos daños. Puede que se haya caído un árbol, pero deberíais poder llegar a la casa sin problemas. Tardaré un rato en organizar el transporte para salir, así que tienes unas dos horas para prepararte.

Le hablaba como si fuera una extraña y eso dolía a Sophia.

— ¿Adónde vamos?

Luego giró la cabeza y la miró con expresión irónica.

— ¡Pagaré tus favores! Esté listo en dos horas.

Sophia se llevó una mano a los labios para contener un sollozo.

— Matthew, por favor, no me trates así — suplicó ella con un suspiro entrecortado.

Pero Matthew se rió.

— Como usted ha dicho, son mis reglas. Es culpa mía por olvidar que sólo tenéis un Dios. Puedes estar seguro de que no volveré a cometer el mismo error.

Cuando Sophia llegó a la casa, vio que estaba intacta. Entró sin que nadie se diera cuenta. Dudaba que alguien se hubiera dado cuenta de su partida. En el dormitorio se dio un baño y preparó su equipaje.

Bajó las maletas y las dejó en el pasillo, junto a la puerta. Los buenos modales le obligaron a despedirse, aunque le hubiera costado un gran esfuerzo. Cuando salió a la terraza, se dio cuenta de que los criados hacía tiempo que habían vuelto a la casa. El desayuno estaba servido y habían empezado a abrir las contraventanas.

Sophia se sirvió una taza de café, pero no podía comer nada, así que se acercó a la barandilla para contemplar las vistas. El océano era gris, como su corazón.

Jaeden la encontró allí quince minutos después.

— Buenos días. La casa no parece haber sufrido ningún daño — dijo, decidida a ser cortés.

— ¿Cómo lo sabes? Cuando anoche entré en tu habitación, a la una y media para ser exactos, no estabas — comentó Jaeden con voz fría.

— ¿Qué haces en mi habitación?

— ¿Dónde estabas, Sophia?

Las buenas intenciones de Sophia la abandonan.

— ¿Te basta con saber que estuve con Matthew, o quieres que te cuente con precisión todos los detalles? — respondió en un tono igualmente frío.

Jaeden no tenía derecho a juzgarla, ya no eran novios. A Jaeden se le encendieron las mejillas.

— Dios mío, ¡hasta presumes de ello! — exclamó indignado. Sophia estaba indignada.

— No es asunto tuyo... en estas circunstancias.

— Me has estado engañando con él todo este tiempo, ¿verdad?

— Te fui completamente fiel cuando éramos novios; pero como ya no lo somos, no me avergüenza admitir que conocí a Matthew antes de aceptar casarme contigo. No sabía que era tu primo y, por supuesto, no esperaba volver a verle.

— Quieres decir que si hubieras sabido que Matthew tenía dinero, nunca habrías aceptado mi proposición de matrimonio — dijo Jaeden en tono acusador — . ¿Sabe mi primo que sólo le quieres por su dinero?

Sophia consiguió contener las lágrimas.

— Sí, pero me voy con él de todos modos. Por favor, despídete de tu madre por a mí.

Y tras esas palabras, Sophia dio el último paso hacia un futuro incierto.

Cuando Matthew le dijo que organizaría el transporte, Sophia no se había imaginado que saldría de la isla en helicóptero y luego subiría a un avión privado. Volvió a sentir los ojos de Matthew clavados en ella. La había estado observando durante todo el viaje en helicóptero y empezaba a ponerla nerviosa.

— Impresionante — comentó para entablar conversación.

— ¿Crees que podrás acostumbrarte a este estilo de vida? — preguntó Matthew cínicamente.

Sophia no pudo decir ni una palabra.

Apartó la vista de él y miró por la ventanilla del avión, preguntándose cuánto duraría el vuelo. Pero había dejado su reluciente reloj en casa de Jaeden y automáticamente se frotó la muñeca.

— ¿Perdiste tu reloj? En fin, tendré que comprarme otro. El comentario le hizo girar la cabeza.

— ¡No! Tengo un reloj fantástico en la maleta. Matthew arqueó las cejas.

— Quiero darte algunas cosas.

— ¡Y te los tiraré a la cara! — Pero se dio cuenta de que el comentario no se ajustaba a lo que debería ser. Es decir.

— ¿Cómo que ojos de tigre?

— Nada. Déjame en paz, Matthew, estoy cansada.

— No me extraña. De todos modos, voy a cambiarme. Ponte cómoda. Si necesitas algo, llama a Beth.

Sophia lo vio desaparecer por una puerta y, desolada, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. Era peor de lo que había imaginado. Matthew se comportaba de forma muy extraña y ella...

— ¿Quiere tomar algo? — preguntó Beth, la azafata.

Sophia estaba a punto de pedir un coñac cuando vio entrar a Matthew.

— ¿Qué te gustaría, Sophia? — preguntó; pero no hubo respuesta. Beth, por favor, tráenos dos brandys.

Cuando Beth se fue, Matthew se sentó frente a Sophia, cruzó las piernas y la miró con

expresión burlona.

— Bueno, ¿te gusta más mi aspecto? — preguntó Matthew, cogiendo las dos copas que le ofrecía Beth, que acababa de regresar.

Sophia cogió una de las gafas y se fijó en los gemelos de oro y el rolex de la muñeca de Matthew.

— Eres... diferente.

Parecía un extraño. Guapo, pero no el hombre que yo conocía. Era como si aquella ropa cara hubiera levantado una barrera entre los dos.

— ¿Cómo quieres que sea el dueño de Bahía Negra Marine, ojos de tigre? — preguntó con humor en los ojos mientras se llevaba la copa de brandy a los labios.

— ¿Por qué?

Esos ojos azules nunca la abandonaron.

— Pensé que te gustaría saber que realmente puedo permitirme comprarte. En fin, dime, ¿qué prefieres, un Porsche o un abrigo de visón? También podría comprarte un piso, pero tendría que estar en un lugar conveniente para mí. No me gustaría tener que viajar cada vez que quiero estar contigo. Una cosa más: tienes que decirme qué diseñadores te gustan. ¿Me olvido de algo?

Sophia se preguntaba si había un límite para el daño que se hacían mutuamente.

Matthew estaba destruyendo la poca dignidad que le quedaba.

— ¡Cállate, maldita sea!

— Sí. Pero primero... olvida esto.

Matthew se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un talonario y un bolígrafo. Luego empezó a rellenarlo.

— Esta es una suma de dinero bastante extraña. En realidad, parece una suma exacta. ¿Algún comentario?

— No.

— ¿Fue la primera figura que le vino a la mente?

— Sí.

Al final, Matthew rompió el cheque y se lo entregó.

— Muy interesante — dijo Matthew, poniéndose de pie — . En fin, disfrutad del resto del viaje. Aterrizaremos dentro de una hora.

Matthew se dio la vuelta y se dirigió hacia la cabaña. Sophia, ahora sola, no intentó contener las lágrimas.

Capítulo 10

El viernes siguiente Sophia recibió una llamada inesperada. Se había separado de Matthew en el aeropuerto a principios de semana y no sabía nada de él. Matthew había dicho que la llamaría, pero no lo había hecho y ella no sabía qué pensar. Por mucho que le disgustara la situación, estaba decidida a cumplir su parte del trato y no soportaba esperar.

Así que cuando sonó el teléfono aquella mañana, Sophia esperaba oír la voz de Matthew, pero resultó ser un empleado del banco.

— Me temo que el cheque que depositó recientemente en el banco ha sido anulado. No podemos ingresar el dinero en su cuenta. La suma de dinero es considerable y hemos considerado que era nuestro deber informarle para que pueda tomar las medidas oportunas.

A Sophia se le heló la sangre.

— Gracias — respondió automáticamente.

Cuando colgó, la sorpresa se convirtió en enfado.

Matthew había cancelado el cheque. No podía creerlo, pero sabía que era verdad.

Por qué, por qué, por qué, después de toda la humillación que había tenido que soportar, ¡ahora le hacía esto a ella! Tenía que vengarse.

La información facilitada por la compañía telefónica le dio el número de Bahía Negra Marine, que marcó.

— Quiero hablar con el señor Matthew Bennett — dijo en tono imperioso en cuanto una voz femenina respondió a la llamada.

— Lo siento, pero el Sr. Bennett no está aquí hoy.

— ¿Sabes dónde está? Necesito contactar con él.

— Lo siento, pero no puedo decírtelo. ¿Me darás tu nombre para que pueda decirle que te llame?

Sophia se dio cuenta de que se deshacían de ella con amabilidad.

— Escucha, esto es cuestión de vida o muerte, ¡tengo que ponerte en contacto con él ya! — declaró Sophia, sabiendo que no era mentira.

La voz de la otra mujer vaciló.

— Bueno, si es una emergencia....

— Sí, por supuesto que es una emergencia. Si no, no llamaría.

— Tengo una dirección, pero no un número de teléfono. Si puede esperar un momento, intentaré conseguir el número de teléfono....

— No, dame la dirección, con eso me basta.

Tras anotar la dirección, dio las gracias a la mujer y colgó. Matthew Bennett averiguaría quién era.

Era la dirección de una empresa de publicidad. Sophia tomó el ascensor hasta la decimoquinta planta a las diez y media de la mañana. Se alegró de haberse maquillado y vestido con aquellos pantalones color crema y una blusa de seda azul marino, porque tanto la ropa como la sonrisa de la secretaria estaban imaculadas.

— Esta es Sophia Watts. La reconocí inmediatamente. Pero hoy no tiene cita con nosotros, ¿verdad?

— No, yo no. Vine a ver a Matthew Bennett. Me dijeron que está acá — explicó Sophia en tono tenso.

La recepcionista parecía confusa.

— Sí, claro, está aquí. Está en la sala de reuniones — dijo señalando un pasillo alfombrado.

Sophia no necesitó más indicaciones, aunque los gritos de la recepcionista pidiéndole que volviera la siguieron.

No se molestó en llamar y estaba a punto de entrar cuando un joven sonriente abrió la puerta, casi tropezando con ella.

— Gracias — dijo Sophia al entrar en la habitación.

— ¿Puedo ayudarla? — preguntó el joven mientras intentaba detenerla.

Sophia no se molestó en volver la cabeza.

— No. Estoy buscando...

— Para mí — dijo Matthew, que en ese momento apareció en la puerta — . No te preocupes, yo me ocuparé de la señorita Watts.

— Está bien, Matthew. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme — dijo ella antes de marcharse.

Matthew cerró la puerta del salón, echó la llave y se la guardó en el bolsillo. Parecía perfectamente relajado.

— ¿A qué debo el placer de esta visita? — preguntó en tono ligero.

— ¡No juegues conmigo! ¡Sabes muy bien por qué estoy aquí! ¡Maldito seas Matthew, te mataría por lo que has hecho! — gritó furioso.

Sonrió débilmente mientras examinaba las puntas de sus zapatos.

— Has oído lo del cheque, ¿verdad?

El hecho de que él no lo negara la sorprendió.

— ¿Tanto me odias como para hacerme eso? — preguntó alzando la voz, dolida y enfadada.

Matthew se cruzó de brazos y la miró detenidamente.

— Si te odiara, te habría dejado cobrar el cheque.

Sophia parpadeó, sin entender las palabras de Matthew.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que estás haciendo demasiado alboroto por un cheque que te dieron por tus servicios — replicó Matthew, haciendo que las mejillas de Sophia se sonrojaran de inmediato.

— ¡Y tú también causarías problemas si necesitaras ese dinero! — Se abalanzó sobre él antes de darse cuenta de lo que acababa de decir. ¡Abre la puerta y déjame salir!

Matthew negó con la cabeza.

— ¿Para qué necesitas ese dinero, Sophia?

— No es asunto tuyo — replicó ella, levantando la barbilla — . ¡Déjame salir!

— No antes de que me digas para qué lo necesitas. Cruzándose de brazos desafiante, se negó a mirarle cuando él replicó. — Te he mentado.

— ¿Así que no te interesa la propuesta que quiero hacerte?

— ¿Otra? Dios mío, ¿nunca te rindes?

— Todavía no sabes cuál es la propuesta.

— Y no quiero saberlo — replicó ella, molesta.

De repente, se sorprendió al verlo a su lado, agarrándola por los hombros.

— Bueno, lo sentirás.

Sophia arqueó las cejas burlonamente.

— ¿En serio? De todos modos, la respuesta es no, así que... Yo no me preocuparía si fuera tú.

Matthew respiró hondo y le dirigió una mirada de advertencia.

— ¿Sabes qué? ¡Me encantaría darte unos buenos azotes!

— ¡Si me tocas con un dedo, te denuncio! Matthew sonrió antes de ponerle el dedo en el pecho y apartarla.

— Cállate y siéntate, Sophia. Nunca hay que rechazar una propuesta antes de saber lo que se ofrece.

— Está bien, te escucho — respondió ella, apartándole el dedo de un manotazo, y luego se sentó.

Matthew se sentó en la esquina del escritorio. Luego sacó dos hojas de papel del bolsillo interior de su chaqueta.

— Tengo aquí un cheque por un millón de dólares y una licencia de matrimonio. El dinero es tuyo... si te casas conmigo.

Erróneamente, Sophia creyó que ya nada podría sorprenderla, pero no fue así.

— ¿Qué?

Esbozó una leve sonrisa, pero sus ojos permanecieron ilegibles.

— Me has oído. Estoy dispuesto a darte todo lo que tu corazón desee. Dime que te casarás conmigo y llamaré al banco para que abran una cuenta a tu nombre con este dinero.

¿Un millón de dólares? Eso podría ser el sueño de cualquiera, pero no el de ella. Esa oferta demostraba lo que Matthew pensaba de ella. Sophia no quería su dinero, quería su amor. Aunque necesitaba desesperadamente el dinero, no podía aceptarlo porque quería demasiado a Matthew. Si lo hubiera aceptado, él siempre habría pensado que sólo quería su dinero, nunca habría creído que estaba enamorada de él. Y cuando la pasión se apagó....

Con las piernas temblorosas, Sophia se levantó y extendió una mano.

— Dame el cheque que me prometiste. No quiero un millón de dólares y no quiero casarme contigo. Sólo quiero que cumplas tu parte del trato.

¿Me darás el dinero?

El rostro de Matthew volvió a volverse ilegible. Luego rebuscó en el bolsillo, sacó la llave y se levantó.

— No, no te lo daré — respondió con voz tranquila.

— En ese caso, ¡maldito seas, Matthew! Rápidamente, fue a buscarle la llave. Pero, por desgracia, él fue más rápido.

— No vas a ninguna parte sin mí, ojos de tigre.

Y, cogiéndola del brazo, la condujo hasta la puerta.

— ¡Déjame! — gritó Sophia cuando Matthew abrió la puerta.

— ¡Nunca! — replicó Matthew, tirando de ella hacia el ascensor.

Cuando llamó al ascensor, ella le miró enfadada.

— ¡No quiero volver a verte en mi vida! ¿Me oyes? ¡Nunca!

El ascensor llegó y él lo empujó.

— Lo siento, porque te vas a quedar conmigo. Al menos durante las próximas dos horas. Después de eso, veremos si cambias de opinión.

En el garaje, Matthew la acompañó hasta una limusina. El conductor abrió la puerta y Sophia no tuvo más remedio que subir, seguida por Matthew.

— ¡Te odio! — dijo Sophia desde un lado del asiento.

Matthew cruzó las piernas y le lanzó una mirada burlona.

— Yo también te odio.

La indiferencia de Matthew la confunde aún más. — ¿A dónde me llevas?

— dar un paseo por el campo.

No me gusta que me invite gente con dos caras como tú.

— Y no me gusta invitar a mentirosos, ojos de tigre.

— ¡No soy un mentiroso!

— Seguro que no muy bien — dijo.

— ¡Teníamos un acuerdo! — le recordó con voz ronca.

— ¡Teníamos mucho más! — dijo Matthew con sentido.

— No sé de qué estás hablando.

— Decidir no saber de qué estoy hablando no te salvará. Tienes toda una cuenta que pagar, así que será mejor que empieces a pensar en cómo hacerlo.

Matthew le hablaba con acertijos y Sophia no sabía si tenía valor para averiguar el significado. En un intento de ignorarlo, miró por la ventana, observando el paisaje.

Había pasado una hora cuando vio el edificio al que se dirigían. Sophia se incorporó con expresión de asombro.

— ¡Este es el Hospital Chamberlain! — ¿Por qué hemos venido? — exclamó ella con voz débil. — Hemos venido de visita — le informó él secamente — . Te vas a portar bien o quieres que pida una camisa de fuerza?

Sophia estaba demasiado sorprendida para objetar.

— Seré bueno — respondió automáticamente.

¿Por qué estaban en ese hospital? El mismo hospital en el que estaría ahora su madre si Matthew hubiera cumplido su parte del trato. ¿Era sólo una coincidencia o...?

Decidió seguirle mansamente por los asépticos pasillos del hospital.

— ¿Venimos a visitar a alguien de tu familia? — preguntó Sophia cuando estuvieron arriba.

Matthew la condujo por un último pasillo, donde se detuvo frente a una puerta.

— Así lo espero, — contestó, abriendo la puerta; luego, sujetándola, dio paso a Sophia. Ve tú primero.

Sophia miró perpleja a la mujer que ocupaba la cama de la habitación.

— ¡Mamá!

Alicia Watts levantó la cabeza de la revista que leía y abrió los brazos, sonriendo a su hija. La niña se lanzó inmediatamente hacia su madre.

— ¡Sophia! No te esperaba hasta más tarde.

Tras asegurarse de que su madre era real y no producto de su imaginación, Sophia se incorporó y se secó las lágrimas que no había podido contener.

— ¡No puedo creerlo! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Dónde está Paulina?

Su madre se rió.

— No seas tonto, sabes muy bien lo que estoy haciendo aquí. En cuanto al cómo,

Matthew lo organizó todo. Hace dos días me recogió en persona y me trajo en avión. Le acompañaba su prima Lucy, que se quedará con Paulina y Christopher hasta que termine la operación.

Sophia no entendía nada.

— ¿Que Matthew arregló todo? Mamá, no lo entiendo... Alicia acarició la mano de su hija.

— Por supuesto que no, fue una sorpresa. Matthew me dijo que le pediste que se ocupara personalmente de los asuntos financieros; pero sabiendo lo mucho que trabajaste para ganar el dinero de la operación, quiso venir a buscarme él mismo, para darte una sorpresa y ahorrarte más preocupaciones. Al fin y al cabo, es casi de la familia.

Sophia se preguntó si se habría vuelto loca sin darse cuenta.

— ¿Parte de la familia? — repitió, mientras lo único que podía pensar era que Matthew lo sabía todo.

Y si su madre estaba allí, sólo podía significar una cosa: que el dinero ya había sido pagado. Lo que significaba que él les había pagado antes de que ella fuera a verle ese día. En ese caso, ¿qué sentido tenía la discusión que habían tenido en la sala de reuniones?

— Bueno, te casarás con él; eso es lo que lo convierte en un miembro de la familia — replicó Margarita — . Estoy muy contenta, hija. Matthew es un encanto. Me contó lo preocupada que estabas y me dijo que lo único que quería era distraerte de tus preocupaciones; y, ya ves, yo no iba a discutir por eso. Te quiere mucho.

Sophia se sonrojó al instante y palideció.

— ¿Matthew te dijo que nos íbamos a casar?

Alicia se rió.

— Cariño, tenía que presentarse, si no, ¿cómo iba a creerle? Me dijo que era primo de Jaeden y que rompisteis con Jaeden porque os enamorasteis nada más conoceros. ¡Qué romántico!

Sophia no sabía qué pensar.

— ¿Que Matthew te contó todo esto y tú le creíste? La sonrisa de la madre se desvaneció lentamente.

— No lo hice bien, ¿verdad? ¿No lo quieres?

Sophia sólo podía responder con la verdad.

— Sí, claro que sí, claro que le quiero, mamá, — admitió, aunque no pudo confirmar el matrimonio.

La Sra. Watts no lo considera necesario.

— Bueno, en ese caso, ya está. Paulina está deseando ser tu dama de honor.

Sophia no sabía qué creer: o Matthew estaba inventando una horrible mentira, o todo era verdad. No podía creer la primera hipótesis, pero en cuanto a la segunda... le parecía un milagro que estuviera enamorado de ella.

Y ¡cómo quería creerlo! Sin embargo, nada parecía tener sentido.

Finalmente, puso fin a la visita tras prometer a su madre que volvería dentro de algún tiempo.

Cuando salió de la habitación, no encontró a Matthew en el pasillo. Tampoco lo encontró en el vestíbulo del hospital y cuando se dirigió a la limusina, Matthew no estaba allí. Fue el conductor quien la dirigió.

— El Sr. Bennett se ha ido, señorita.
— ¿Qué desapareció?
— Sí, señorita. Se lo llevaron del helicóptero, pero dejó un mensaje para usted.
A Sophia se le encogió el corazón.
— De acuerdo, ¿qué mensaje?
— Me pidió que le dijera que si quería verle, sabía dónde encontrarle. Si no quería ir, me pidió que la llevara de vuelta a la ciudad.
El corazón de Sophia empezó a galopar: encontrarlo, ¿dónde? No sabía dónde vivía, aparte de... la isla. No, no podía ser la isla, estaba demasiado lejos. O... el yate. ¿El yate? ¡Eso era, el yate!
Sophia se volvió hacia el conductor.
— ¿Sabes dónde está Bahía Negra Marine?
— ¿La compañía? Está en la costa, señorita. Tenía razón. Sophia abrió la puerta del coche y se dispuso a subir.
— Llévame allí, por favor.
— Sí, señorita... pero llevará tiempo. Sophia sonrió.
— No me importa lo que tarde, mientras lleguemos.

Hizo que el chófer le acompañara frente a la obra. El lugar estaba desierto, los empleados ya se habían marchado; sin embargo, oyó el sonido rítmico de martillazos. Siguió el ruido y, al doblar una esquina del edificio, vio a Matthew en una escalera martillando en el tejado de un cobertizo nuevo. Se había cambiado de ropa y, con aquellos vaqueros cortos, era el hombre que ella conocía bien.

Creyó no oírla llegar, pero Matthew dejó de martillear y la miró.

— ¿Por qué has tardado tanto?

Sophia dejó el bolso y se puso las manos en la cadera.

— ¡Por qué no llevo un helicóptero en el bolso!

— En ese caso, o ahorras para comprarte uno o te casas con un hombre que tenga helicóptero — declaró Matthew mientras bajaba la escalera y se colocaba frente a ella.

— Según mi madre, eso es lo que haré... a menos que le hayas mentido.

— Nunca mentiría a tu madre — murmuró Matthew sin apartar los ojos de ella. Sophia sintió un cosquilleo de deseo en el estómago.

— ¿No se te ocurrió decírmelo antes?

— No. No te equivoques, ojos de tigre, te vas a casar conmigo. ¿Quieres una cerveza?

Sophia asintió y subió los escalones hasta el porche del cobertizo, mientras él desaparecía dentro. Matthew regresó con dos botellas. Le dio una, se apoyó en la barandilla del porche y se bebió un tercio de la botella de un trago. Sophia se quedó mirando los movimientos de la garganta de Matthew y se olvidó de respirar.

— Bueno, así que me encontraste. ¿Tuviste dificultades?

— No, cuando me paré a pensar. ¿Por qué dejaste el hospital? Debías saber que quería hablar contigo.

Matthew se echó a reír.

— Porque soy lo suficientemente humano como para querer que vengas a buscarme. Y aquí estás.

— Sí, estoy aquí — dijo en voz baja. Matthew bebió más cerveza.

— ¿Cómo está tu madre?

— Está bien. E'... Matthew, ¡esto es ridículo! ¿Por qué no me dijiste lo que querías

hacer en lugar de hacer esa jugada en la sala de juntas?

— Estaba a punto de hacerlo en la sala de reuniones, cuando me dijiste sin querer que necesitabas dinero.

— Pero... pero eso ya lo sabías. Matthew apretó la mandíbula.

— Aunque te cueste creerlo, ojos de tigre, necesitaba que confiaras en mí lo suficiente como para decírmelo en persona — replicó tenso.

— No lo entiendes. No podía hacer eso, era el secreto de mi madre. Por supuesto que confío en ti, Matthew, siempre he confiado en ti.

Matthew dejó escapar un suspiro.

— ¡Tienes una forma maravillosa de demostrarlo!

Sophia contuvo las lágrimas.

— Mi madre es una mujer muy orgullosa. No podía decírselo a nadie si ella no me daba permiso. Lo siento, no tuve elección.

La mirada de Matthew se suavizó.

— No, no tenías elección. Lo que me enfadó fue creer que lo habías hecho, y lo que me hizo volver contigo fue descubrir que no.

— No lo entiendo — dijo Sophia, mirándole confusa.

Matthew dejó la botella de cerveza y se acercó a Sophia. Luego le agarró la cara.

— Le dijiste a Jaeden que no tenías más remedio que aceptar casarte con él. En ese momento dejé de enfadarme y empecé a reflexionar sobre la situación. ¿Por qué no tuviste más remedio? me pregunté. Por qué pensabas que Jaeden tenía lo único que yo no tenía: dinero. Sin embargo, hasta nuestro último día juntos en el barco, el dinero no era importante para ti. Conocí a muchas mujeres que no querían nada más que mi dinero, y aprendí a distinguirlas. Cuando me confesaste que eras un cazatalentos, lograste confundirme, aunque no podía creer que me hubiera equivocado tanto contigo. Matthew hizo una pausa de unos segundos antes de continuar.

— Entonces os oí hablar a ti y a Jaeden y empecé a preguntarme si todo era una actuación. Me dio la impresión de que no querías el dinero, sino que lo necesitabas. Recordé algunas cosas que me habías contado, como que tu madre estaba enferma. Me costó muchas llamadas y varios días de infierno entender lo que estaba pasando. Ahora ya lo sé.

Sophia puso sus manos sobre las de él.

— ¿Qué sabes al respecto?

Acarició brevemente sus labios con los suyos.

— Primero, que te quiero y siempre te querré. Segundo, que si alguna vez tuviera que hacer algo para hacerte sufrir, haría todo lo posible para que me odiaras, para evitarte sufrimientos.

Sí, Matthew lo sabía todo. A Sophia se le llenaron los ojos de lágrimas.

— Por favor, créeme, no quería, pero... no vi otra salida.

Matthew apoyó la frente en la de Sophia.

— Deberías habérmelo dicho, Sophia.

— Quería, pero... ¡No sabes cuánto quería decírtelo! ¿Pero cómo podría, cuando pensé que no podrías ayudarme? De repente todo fue mal. Mamá empeoró y... Era ahora o nunca. No podía dejarla morir, así que tuve que renunciar a ti — , respondió Sophia con desesperación.

— No llores, ojos de tigre, me rompe el corazón verte llorar. No te he ayudado mucho,

¿verdad? Debería haberte dicho quién era desde el principio; si lo hubiera hecho, esta pesadilla no habría ocurrido. Era mi obsesión que me quisieran no por lo que soy, sino por mi dinero.

Después de tantos errores, Sophia no podía permitir que se culpara a sí mismo.

— Los dos cometimos un error, pero se acabó... gracias a ti, — susurró.

— Tu madre será operada y tú y yo nos tendremos el uno al otro. Eso es lo único que importa.

— Gracias por no decirle de dónde venía el dinero. Temía que, si se enteraba, se negara a aceptarlo.

Matthew se echó a reír.

— Sí, me di cuenta. De tal palo, tal astilla. Tu madre estaría orgullosa de ti si supiera lo que has hecho.

— No sé, no estoy orgulloso de muchas cosas que he hecho. Pero te quiero, Matthew. Y no te quiero por tu dinero, te quiero porque... no puedo evitarlo. Para mí, sólo eres tú. Sólo eres tú.

Matthew la besó, aceptando el amor de Sophia y dándole el suyo a cambio para el resto de sus vidas.

Fin